

LA CARTA DE LUTO.

EL 5 DE AGOSTO.

GRA un día lluvioso y triste de los que sólo se disfrutan en las montañas de Guipúzcoa. El cielo gris no tenía una sonrisa, los árboles soportaban resignados la húmeda neblina que los envolvía, agitándose de tarde en tarde con uno de esos perezosos movimientos del preso ó del enfermo que tan admirablemente expresan el hastío. Los bañistas de X..., terminadas ya las tareas medicinales, y abandonado el traje de mañana por otro más elegante ó cuándo ménos más pretencioso, iban reuniéndose en una de las habitaciones del establecimiento contigua al comedor, esperando oír la conventual campana que á la vez que reparo al estómago había de anunciarles una hora de ocupación, es decir, un siglo de felicidad.

Yo paseaba mi último vaso de agua, midiendo acompasadamente el salón de recreo, al propio tiempo que un comandante de caballería destrozaba con entusiasmo el piano, el *miserere* de *Il Trovatore* y mis oídos.

Sonó por fin la campana, el comandante se levantó apresuradamente terminando con un acorde en *sol mayor* el inspirado trozo que Verdi ha escrito en *la bemol* y yo, viendo que aún faltaban cinco minutos para cumplirse la hora de haber bebido el saludable aunque repugnante líquido, continué mis paseos, mis miradas de tedio á un alto pico que por las ventanas del salon se veía, y al que la niebla estaba adherida como una sospecha al alma de un celoso, arrojé al suelo el cigarro, mudo confidente y víctima de mis ocios balnearios, y volví á leer *La Correspondencia*, llegada una hora ántes con el correo.

Pasaron algunos minutos, volví á mirar la hora y me dirigí al comedor, para unirme á la colonia sulfurosa que ya empezaba á deglutir la inevitable sopa. Entré, saludé afectuosamente al médico, hice una reverencia á la marquesa de..., colgué mi gorra escocesa en la percha, y en tanto que apartaba la silla para sentarme, dí los buenos dias á mi vecina de enfrente... En aquel momento una detonacion conmovió los cristales del edificio y el rostro de todos los bañistas. El comandante se levantó vivamente exclamando:

—¡Eso ha sido un cañonazo!

La marquesa dió un grito y bebió un vaso de agua; yo, que soy muy nervioso, me quedé con la boca abierta, y una señorita que devoraba á mi lado se atragantó con una corteza de pan aún no bien dispuesta para la deglucion.

Mi vecina de enfrente se levantó como impulsada por una chispa eléctrica, volvió sus ojos extraviados á uno y otro lado y quiso decir algo que los latidos de su corazon detuvieron en la garganta.

¿Qué había sucedido?

Hé aquí lo que todos nos preguntábamos, sin lograr resolver el problema, hasta que la doncella de mi vecina de enfrente apareció pálida, azorada y descompuesta gritando:

—¡Señorita!... Señorita!... El señorito...

Mi vecina hizo un movimiento extraño, como si quisiera mirarse el fondo del alma ó mostrárselo á todos, y dando un grito, se lanzó corriendo hácia la escalera que conduce á las habitaciones de hospedaje. Tres ó cuatro la seguimos, pero no

pudimos alcanzarla. Cuando llegamos al piso segundo, donde ella y su marido tenían el aposento, la encontramos á la puerta de él, puestas entrambas manos en el cerco y luchando con la convulsion del terror que la impedía entrar. Nos acercamos. Tendido en el suelo, bañado en sangre, con una pistola al lado estaba un hombre, su marido. Ella al sentirnos llegar recobró la energía, saltó dentro del cuarto miró á su alrededor, sus ojos se fijaron en una carta abierta que se hallaba encima de una mesa, se apoderó de ella, se la acercó con mano convulsa, dió un grito desgarrador y cayó sin sentido sobre el cadáver, hundiendo sus hermosos cabellos negros en la roja sangre que encharcaba la habitacion.

ÉL.

Cuatro años ántes se repartían al mundo elegante de Madrid numerosos ejemplares de la siguiente tarjeta:

«D. FERNANDO MARÍA DE HERRERA Y CUEVAS

Y

DOÑA AMALIA GARCÍA DE CASTRO

participan á V. su efectuado enlace y le ofrecen su nueva habitacion, Florin.... principal.»

Fernando era un muchacho de veintidos años, agregado á la embajada de España en Roma, huérfano y dueño de una fortuna considerable.

Amalia era hija de un general, hombre político y por lo tanto poco cuidadoso de su hogar y su familia. Tenía veinte años, una cara graciosa y picaresca, imaginacion viva, educacion superficial é instintos frívolos, producto de la vida de sociedad, única que conocía; pero en cambio era elegante como ninguna, amable como la que más, cantaba con gusto y hablaba con gracejo, sobresaliendo en la habilísima táctica de *las relaciones* y en los exquisitos refinamientos de la coquetería. Una notabilidad, como dijo Breton de los Herreros. Fernando volvía á Es-

paña tras una larga ausencia; había dejado á Madrid niño aún y volvía ya hombre. La triste vida de Roma había desarrollado sus instintos de artista, y aquellos cinco años de permanencia en la capital del mundo habían sido un continuo éxtasis artístico que, ensanchándose los raudales del sentimiento en su alma, olvidada su inteligencia de la terrible ciencia de la vida práctica, habían dejado en su carácter esa tendencia á la admiración inerte, á la contemplación reposada de los solitarios de la India. Su alma se había elevado, pero perdiendo en fuerza viril y en juicio lo que en idealidad había ganado.

Al volver á Madrid, su carácter cambió completamente. Las antiguas amistades, la buena acogida que su nombre y su posición le proporcionaban en todas partes, hiciéronle lanzarse á la vida del gran mundo y de la sociedad, tanto más atractiva al principio cuanto hueca y cansada cuando llega el irremediable hastío. Los brillantes saraos, los ricos salones tachonados de luces y esmaltados de mujeres hermosas, las fáciles coquetterías, la hipócrita corrupción cubierta por el raso y los brillantes, le enloquecieron. En medio de aquel vértigo conoció á Amalia.

Sus aventuras de amor eran escasas. Sólo una mujer ántes que Amalia había despertado su afición. Cuatro meses invertidos en esas mil nimiedades con que se engalana el alma cuando busca otra gemela, paseos por el Retiro, miradas en el teatro y por fin una ruptura injustificada y fría, eran los capítulos de la historia. Aquel juego no había dejado en la vida de Fernando otra huella que un recuerdo agradable y tranquilo. Los dos grandes gérmenes del amor, la impureza y los celos, no habían fecundado con su calor terrible la primera pasión del jóven diplomático. El recuerdo de ella se había borrado de su mente, deslumbrada por el brillo fascinador de los talentos de Amalia. Otro peligroso consejero, el amor propio, púsose de parte de la encantadora mujer que todos solicitaban, cuya sonrisa era para cualquiera bastante premio de una noche de atenciones y obsequios, y Fernando entró á formar parte de la corte de aquella reina de la moda y del buen tono. Su posición hizo lo demás, y después de un año de amores se realizó el matrimonio con el fausto que correspondía á la belleza de la no-

via y á la renta del novio. *La Epoca* consagró un artículo al feliz acontecimiento, *El Siglo XIX* expuso en sus escaparates el riquísimo *trousseau* y *La Correspondencia* tomó á su cargo anunciar la salida para sus posesiones de Andalucía de la feliz pareja, que iba á gozar en calma de la luna de miel.

El padre de la novia les hizo conceder un título como regalo de boda.

Todo era felicidad en torno al nuevo matrimonio. Hasta los pretendientes derrotados tomaban parte en ella. ¡Extraños misterios de la naturaleza humana!

La esperanza es un arco íris que no desaparece jamás.

ELLA.

»Querida Anitina: Esta noche vamos á los Jardines. Si fueras tan buena que quisieras acompañarnos íriamos á buscarte papá y yo á las ocho y media. Un abrazo muy fuerte á tu mamá y mil para tí de tu amiga:—*María*.

Hablaremos de aquello.»

—¿Te parece bien, papá?

—Pero, hija mia, considera que la estacion está muy adelantada, que ya hace frio por las noches...

—¿Frio?... Si anteanoche no se podía resistir el calor en el circo del Príncipe Alfonso...

—Como quieras; de todos modos podemos volvernos á casa si la noche está desagradable.

¿Quieres decirme qué hace allí ese nardo seco y amarillo?

—¿Ese nardo?... Mira, papá, tú eres muy bueno y voy á contártelo todo. He reñido con Fernando.

—¿Y lo dices con esa frescura?...

—¡Eh! No será nada. Es muy caprichoso y le tengo mal acostumbrado. Siempre se sale con la suya, y eso no debe ser.

—Pero ¿qué ha ocurrido?

—Verás; la otra noche, en los Jardines, me regaló una vara de nardos, yo le dí uno y él se lo puso en el ojal de la levita; pero luégo, cuando veníamos á casa, se empeñó en que había de besar la flor.

—¡Chiquillo!

—No quise, y me la devolvió.

—¿Y por eso reñísteis?...

—¡Ya ves!... Pero ya lo tomará. Tú verás esta noche.

—Sí, como accedas á su capricho.

—¿Y qué he de hacer si se empeña?... ¡Le quiero tanto!... Bien lo sabes tú.

—Demasiado, hija mia.

—¡Ah! ¿Te incomodas?... Es envidia.

—No; pero temo por tí. He estudiado con el amor que te tengo tu carácter, y sé que bajo ese aspecto alegre y jovial ocultas un alma apasionada. Tú no eres capaz de resoluciones violentas ni de protestas vehementes, pero los afectos arraigan en tu corazón con tal fuerza que no mueren nunca. Y esto no debe ser así. Eres joven, empiezas á vivir, el amor á tus años es una aspiración, no una pasión real y verdadera, es el ensayo para otras luchas más grandes y debes mirarlo con desconfianza... Fernando es demasiado joven también para fijar su posición, y acaso su cariño no corresponde al que le tienes en profundidad, ni van por un camino sus esperanzas con las tuyas...

—Basta de sermón, papaito... ¿Irémos á los Jardines?...

—Sí.

A las cinco de la tarde una de esas violentas tempestades de otoño descargaba sobre la coronada villa con alegría de cocheros, maridos y padres y desesperación de muchos enamorados.

¡Quién sabe si algo de aquella lluvia evaporándose nuevamente iba á caer años después sobre los frondosos árboles que rodean el establecimiento de baños de X!

Pasaron días, el otoño se transformó en invierno, los Jardines del Buen Retiro habían pasado á recuerdo ó á esperanza. Las luces de gas no brillaban en la puerta como atractivo anuncio, los elegantes carruajes no se detenían en la entrada, las vaporosas mujeres no desaparecían en sus calles de árboles, los aficionados á las gangas no venían á ocultarse en el zócalo de la verja para oír gratis la banda de Maimó y recrear la vista á través de los tupidos arbustos con las luces del templete,

la brillante concurrencia ó los mimados de la fortuna que saciaban su estómago en las mesas al aire libre del *restaurant* ó en aquellos avaros cenadores, de los que en otros días se escapaban los bríndis mezclados con el ruido de las copas y las carcajadas de una digestion libertada de sus horrores por un baño de alcohol.

Madrid volvía al centro espantado del frío, el Prado estaba desierto, los coches del tramvía, reflejando sus luces en los charcos de la calle de Alcalá parecían deslizarse sobre una laguna y el anuncio de los Bufos Arderius ya no señalaba con su resplandor el punto de llegada á los que por cuatro cuartos corrían poco ántes ya en busca de una mujer, ya huyendo de un marido, ya deseosos de lucir el nítido chaleco blanco, el ceñido *chaquet* ó el atrevido sombrero de castor, adornado de negro lazo. Así pasan las glorias de este mundo.

Si el otoño no fuese triste por sí mismo, le harían aborrecible sus consecuencias; pero ese desmayo de la naturaleza contagiando las almas, enervando los pensamientos, baña la mente de una melancolía profunda y amable que incapacita para el furor y para los arrebatos.

El otoño es la piedra de toque de las pasiones. Amor que resiste á Octubre es verdadero amor. Durante el verano, el fácil contacto, las noches hermosas, los vientos cálidos, la libertad del cuerpo, la soltura de los vestidos, los cabellos entretejidos de flores, la vida al aire libre por las noches en que todas las ocupaciones cesan y todas las necesidades se suspenden, forman una atmósfera de confianza y voluptuosidad á la que sólo pueden escapar las almas privilegiadas, sacerdotisas del deber, héroes de la familia, patriarcas de la sociedad. Y aún éstas... ¿Quién puede saber los deseos que oculta una frente pura y una conducta sin tacha?

La tarde estaba templada, el sol había roto las nubes como un viajero que se aleja asoma la cabeza por la ventanilla del carruaje buscando una mirada amiga ó dirigiendo una muda despedida al lugar. María estaba al balcon con su amiga Anita. La conversacion era lánguida y se interrumpía á interva-

los. María estaba distraída; sus grandes ojos negros, siempre expresivos y cariñosos, se dirigían continuamente á uno y otro extremo de la calle con relámpagos de alegría y desfallecimientos de desengaño, y apénas si concedían un momento á la eterna sonrisa de su rubia amiga, que comprendiendo su intranquilidad excusaba con infinita delicadeza abordar la conversacion que una y otra deseaban y temían. Sólo una vez María volvió la cabeza para mirar dentro de la habitacion. Sus ojos fueron á fijarse en un juguete de *biscuit*, donde ya seco y casi negro se veía algo que debió ser una flor. Su padre, que fingía leer sentado en una mecedora, sorprendió la mirada y cerró los ojos como si le hiciera daño.

Pasaba mucha gente por la calle. De pronto María apoyó las manos en la barandilla del balcon, hízose hácia atras como si quisiera resistir á una atraccion poderosa, y abriendo con alegría aquellos hermosos ojos que el dolor había elegido para espejo, permaneció muda y anhelante algunos momentos. Luego sus ojos se cerraron, sus manos cayeron sobre la falda y apoyó la cabeza dolorida sobre el hinchado seno de donde subía el llanto como la avenida de un rio.

Su amiga la sostuvo abrazando su cintura, el padre corrió á ella, miró á la calle. Seguía pasando mucha gente.

Fernando había pasado tambien sin dirigir un saludo ni una mirada allí donde le esperaban, sin que nada le dijera que á tan poca distancia un alma impaciente y enamorada se estremecía al sentir su proximidad. No era extraño. Fernando acompañaba á una mujer.

El sol se puso.

Quince dias despues urgentes negocios obligaron á partir para Inglaterra y Bélgica al padre de María. Esta no puso inconveniente en abandonar Madrid, por el contrario, apresuró todos los preparativos y esperó con impaciencia el dia de la marcha. Sólo al poner el pié en la calle para subir al carruaje

que había de conducirla á la estación oprimió fuertemente contra su pecho un relicario que pendía de su cuello. Dentro de él estaba el nardo marchito.

¡El tren! Postrera esperanza del enfermo, último recurso del banquero, ideal de la mujer en Julio, espanto de la madre del soldado, hogar del comisionista, pájaro de la América, carreta de la España, yo te conozco bien.

Sé cuántos fantasmas flotan en su penacho de humo, amenazadoras para el que huye de un dolor, risueñas para el que corre tras de la mujer querida. Sé cuán duros son sus almohadones para el enfermo, cuán triste el brillo de sus macilentas luces para el desesperado, cuán lento su paso para el que desea llegar, cuán rápido su vuelo para el que no quisiera partir. Junto á tí he oído los gritos más desgarradores y los besos más ardientes. Al acercarse á tí he visto temblar muchos héroes y animarse muchos moribundos. Te he despedido con lágrimas y te he esperado con alegría. He visto asomar á tus ventanas las rubias cabezas de mis hijos enviándome su despedida con una sonrisa y un beso, y he visto aparecer en ellas la espantosa faz de un sér querido contraída por la angustia de la muerte.

El tren marchaba. María, sentada junto á una ventanilla del wagon, miraba tenazmente al horizonte en el que se extendía una niebla luminosa; bajo aquella niebla bullía Madrid.

Una lágrima, la primera que el desengaño hacía correr por aquel hermoso semblante, fué la despedida de la mujer enamorada, cuando las cortaduras del camino la ocultaron la brillante nubecilla.

Cerró los ojos y fingió dormir. El tren siguió marchando.

EL NÚMERO TRES.

Tenía pocos amigos. Un trabajo constante, una honradez inmaculada y una buena fe religiosa en los negocios, habíanle hecho el agente más solicitado y de mayor crédito en el co-

mercio. Su palabra era una escritura, su atención una promesa, su negativa una sentencia. Oía con calma y contestaba con brevedad. Puntual en cumplir, era inexorable para reclamar; el agio y la informalidad tenían en él su peor enemigo.

Una vez embargó á un deudor moroso. Este rogó, demostró su inculpabilidad, le hizo tocar su desesperada situación, todo fué en vano; llevó adelante el procedimiento, concurrió á la subasta de los bienes, los hizo suyos y luego los cedió al embargado.

Vivía solo con su ama de gobierno ochentona, sorda y mal humorada, que le respetaba como á un dios y le quería como un hijo, sin que esto fuera inconveniente para que una vez por lo ménos al día le hiciese escuchar esas extrañas pláticas de los viejos, en las que las frases de cariño se mezclan á los denuetos, y las máximas de la moral cristiana á las desconsoladoras advertencias del escepticismo que da la experiencia. Y esto, á propósito de un mueble comprado, de un cliente enfadoso ó de un cambio de horas en el régimen de la casa.

Contaba veintiocho años, era alto, moreno y de regulares carnes; su rostro no tenía nada de notable, á no ser el negro azulado de su barba espesa y rizada y las durísimas cejas que sombreaban sus ojos.

Su padre había sido comerciante: modelo de bondad y de honradez, vió desaparecer su fortuna comprometida en salvar á un amigo y en realizar negocios que recomendaba el corazón, no la cabeza. Todas las amarguras de la quiebra, todas las privaciones de la ruina habían pasado por aquella casa, feliz en otro tiempo; la opulencia se convirtió en miseria. En esta escuela se formó Valentin.

Vió cómo se alejaban los amigos, cómo le desconocían los parientes, cómo los que ántes respetaban á su padre se atrevían hasta á insultarle, y vió morir á aquel honrado anciano lleno de privaciones, sin otro compañero que su hijo, ni en el lecho ni en el camino del cementerio.

Valentin tenía entonces diez y nueve años.

Al volver de dar sepultura á su padre, la fe en la amistad y en la familia habían desaparecido para siempre de su alma. Se encontraba solo.

Reunió sus fuerzas y se preparó á la lucha. Fué recogiendo los despojos de aquel horrible naufragio, trabajó como una venganza, se hizo duro, inexorable y hasta cruel, pero sin poder sobreponerse á la honradez que como única herencia le había dejado su padre.

A los cinco años estaban pagados todos los acreedores de la quiebra, á los ocho Valentin vivía desahogadamente y hubiera podido descansar. Pero el trabajo era ya para él una necesidad, más aún, era la vida.

Y sin embargo, Valentin era un niño. Sólo conocía el mundo del comercio.

Las primeras lecciones de la vida, desconsoladoras y rudas para él, habían cubierto su alma con las sombras de un escepticismo apasionado y sombrío. El trato con las gentes de negocios completó la obra. Tenía del mundo una idea mucho peor que la realidad.

Veía en los hombres enemigos y creíase el único honrado y leal, suponiéndose acosado por ellos. El primer movimiento de su alma era la desconfianza. Más que tratar se defendía; pero se defendía con pena, pensaba con amargura cuán diferente sería la vida si los que se le acercaban fueran buenos. Lo deseaba, sentía en su alma impulsos de afecto, pero eran breves y fugaces como la luz de las estrellas errantes.

No sabía que en la tierra no hay nada bueno ni nada malo en absoluto, ignoraba esa constante movilidad del espíritu humano, solicitado sin descanso por opuestas atracciones, vencido unas veces, vencedor otras en la lucha con el mal, yunque donde la razón y el instinto forjan sus armas terribles para combatirse eternamente, pájaro enjaulado que mira al cielo á través de los hierros de su prision, y que cuando halla la puerta libre, vacila entre la hermosa libertad y los dulces regalos y el ocioso descanso de la esclavitud.

No eran sólo las desgracias y la vida las que así habían formado su conciencia. Había una razón anterior para ello. Valentin no conoció á su madre. Háiale faltado el dulce calor del regazo materno, el fresco rocío de los besos de unos labios amantes y puros, el contacto de esas manos que santifican lo que tocan, la luz de esos ojos que reprenden acariciando. El

poema de la naturaleza no se había desarrollado ante sus ojos, el germen del amor no había sido fecundado en su alma.

SOLEDAD DEL ALMA.

Hay en los grandes dolores un terrible egoismo. El alma no quiere ser consolada. Conviértese el dolor en religion y culto, más aún, en placer. Se le acaricia, se le irrita, se siente orgullo de poseerlo. Es algo inmaterial, como la esperanza y la ilusion, y el espíritu, eterno D. Quijote rodeado constantemente por lo grosero de la realidad, lo saborea y ama, porque no es materia.

Míranse las cuotidianas contrariedades de la vida con sereno desden y tranquila resignacion, como provocaciones de un enemigo débil que no nos dignamos combatir, puesta la voluntad en más altas empresas.

Nuestro sér, entregado á una perpetua somnolencia, busca el descanso, porque en él halla la actividad del pensamiento aguijada por los recuerdos, y se entrega á imposibles esperanzas. Se aguarda con afan la noche, eterna amiga de los tristes, porque el dolor tiene algo de silencio y de oscuridad, vive mejor en aquella atmósfera de misterio llena de terrores para el niño, de remordimientos para el hombre, de desvelos y reflexiones para el anciano.

El dolor vehemente es la embriaguez, el dolor profundo es la melancolía. Aquel pasa, éste vive eternamente; en aquel no hay esperanza, en éste se espera siempre. Por eso es más terrible.

María había vuelto á Madrid despues de dos años de continuos viajes, durante los que sólo su dolor había permanecido inalterable.

El amable trato de la sociedad francesa, la distincion del mundo inglés, la atmósfera de arte que envuelve la Italia, el desahogo de la vida práctica del Austria, los dramas de la naturaleza que llenan la Suiza, todo había dejado en aquel espíritu amable huellas inextinguibles.

Su rostro también había cambiado. Parecía que sus ojos negros y profundos se hubieran rasgado en fuerza de admirar, que su frente se hubiera inclinado bajo el peso de la reflexión, que sus labios hubieran adquirido una curvatura más graciosa, inexplicable sello que las almas soñadoras consiguen grabar en la rebelde materia.

Un tinte más oscuro y á la vez más pálido, un aplanamiento apenas perceptible de sus ántes redondas mejillas, una sombra azulada que parecía sostener sus ojos, idealizaban su gracioso semblante, enlutado por el abundoso cabello que, deslizándose desde la frente á las sienes, iba á caer sobre el cuello gentil y torneado.

Su carácter se había hecho más amable, más indulgente, más grave. Ya los caprichos de niña no esmaltaban aquella vida serena, ya las bullidoras alegrías y las profundas tristezas de la pubertad no alteraban el curso tranquilo de su existencia. No lloraba nunca, sonreía siempre.

En sus movimientos había algo de pereza, en su paso algo de cansancio.

Ni una queja, ni una lágrima delataban la angustia invariable de su alma; únicamente cuando en la soledad de la noche, arrodillada ante la imagen de la Madre de Jesús, buscaba consuelo en la oración, la fe vehemente de sus plegarias, la tiernísima mirada fija y suplicante, la fuerza con que sus manos entrelazadas oprimían el pecho virginal, descubrían algo de la excitación de la fiebre, de la pasión intensa. Otras veces, cuando lejos de todos se dejaba llevar en las alas doradas de la imaginación, sus ojos se cerraban lentamente como para acariciar quién sabe qué fantasma que cruzaba por su pensamiento, y sonreía, porque sus labios purísimos ignoraban aún la contracción del beso.

Pensaba en *él* con la doble atracción de la dicha pasada y de la esperanza en el porvenir. Imaginaba fantásticas historias para justificar su ausencia y su silencio. Llegaba hasta suponer que había muerto. Pero en todos estos sueños *él* la quería siempre y pensaba siempre en ella. Tal vez un amor liviano y pasajero le retenía lejos de ella, pero en el fondo del alma su primer amor vivía dormido.

¿Y cómo no, si ella le había querido tanto, si había sido tan buena para él, si le había entregado su alma entera como á dueño y señor?

Poco á poco la realidad cubría con su negro color aquellos cuadros sonrientes, y María tenía que confesarse que no era amada. Le había visto pasar indiferente, conversando con otra mujer... Con otra mujer á quien daría flores, á quien llamaría «vida mia» en apasionadas cartas, á quien preguntaría mil veces como á ella en otro tiempo: ¿Me quieres?

Al pensar esto, se levantaba como huyendo de sí misma y corría á buscar en el piano olvido de sus pensamientos. Gounod, Schubert, Espadero la ofrecían sus hermosas melodías en las que engolfaba su mente como el niño esconde la cabeza en el pecho de su madre cuando el temor le sobrecoge.

De esta lucha quedaban siempre huellas en su semblante, huellas perceptibles sólo para la mirada insistente y adivinadora de su padre, que la preguntaba en tono de triste reconcion:

—¿Has dormido poco esta noche?

—¿Has estado sola mucho tiempo?

Frases vulgares y sencillas, pero que eran expresion de un terrible drama íntimo, de una vida de angustias y recelos.

¡Qué hermoso es estar solo entre mucha gente, y qué triste estarlo al lado de las personas queridas!

EN EL COMEDOR.

—Muchas gracias, Valentin. El ramo es muy bonito.

—Siéntese V. y coma con nosotros.

—No puede ser, D. Antonio. Tengo costumbre de descansar un rato ántes de comer, y el dia de hoy ha sido muy ocupado.

—Pero ¿por qué trabaja V. tanto? Segun dice papá, V. ya no lo necesita.

—Señorita, es verdad que tengo lo bastante para mis humildes necesidades presentes, pero hay que pensar en el porvenir. Aún me queda algo que hacer en el mundo. ¡Quién sabe si mañana Dios querrá dejarme crear una familia! Y es preciso

preverlo todo. Si yo me caso ha de ser con una mujer á quien quiera mucho, y si es caprichosa y antojadiza ¿qué disculpa podré tener de haber abandonado con el trabajo el medio de hacerla feliz, cuando tengo salud y soy jóven? Por otra parte, ¿qué haría yo sin trabajar?

—Muy bien, Valentin. Ahí tienes, hija mia, un ejemplo de cómo se modifican las más arraigadas creencias. Hace un año Valentin se hubiera reído del que le hubiera hablado así.

—Verdad que ha cambiado mucho.

—No hay nada eterno en el mundo, créeme.

—¿Y quién es la novia?

—No estoy tan adelantado.

—Vamos, no es tiempo de saberlo aún. La pregunta de María ha sido algo indiscreta.

—Perdone V.

—Todo lo contrario. Yo les prometo á ustedes que serán los primeros en saber el nombre de la mujer que elija para compañera.

—Muchas gracias por la preferencia.

—Nada más justo. Aquí, en esta casa tranquila y honrada, viendo el amor que V. tiene á María y el que ella le tiene á V., contemplando la solicitud, las continuas atenciones del uno para el otro, la mutua abnegacion, he aprendido lo que es la familia. He pensado que un dia seré viejo y me hará falta alguien que me acompañe y sostenga, alguien en quien cifrar esperanzas, alguien por quien vivir. La felicidad de ustedes me ha dado envidia.

—¡Felicidad! No tanto, Valentin, no tanto. La felicidad no es cosa de este mundo.

—Pues yo me considero feliz, padre mio.

—Sí, es verdad. Tú...

—Precisamente V. no tiene voto en esta cuestion, María.

—Muchas gracias.

—Me explicaré. Usted no ha empezado á vivir. No conoce usted más que la parte buena de la vida.

—Es verdad.

—Hasta que fije V. su suerte, hasta que abandone V. este nido de su infancia para reinar en un hogar, cambiándolo todo,

áun el nombre, hasta que comparta V. las dulzuras y las contrariedades de un hombre que acaso hoy pasa por su lado sin que V. le conceda una mirada y que mañana ha de adorar como legítimo dueño, no puede V. hablar de la vida ni de la felicidad.

—Sí, tiene razon Valentin... Pero hablando de estas tonterías olvidamos el asunto que le trae á V.

—¿Negocios?... Vaya, papá, te serviré el café y les dejaré á ustedes solos. ¿Iremos á casa de Anita?

—Como quieras.

—Me vestiré. Adios, Valentin, y que sepamos pronto quién es ella.

Al salvar María el dintel de la puerta, dos miradas cariñosas la seguían: una llena de dolor, otra llena de esperanzas.

—¿Conque el señor conde insiste en el negocio?

—Desde luégo. La finca le conviene por tener ya una colindante. Pagará dos terceras partes en efectivo y la otra en bonos al precio de cotizacion.

—Esa condicion no me gusta.

—Desea tener una conferencia con V. sobre esto mismo.

—¿Le ha dicho V. mis horas?

—Desde luégo. Él, segun me dijo, conoce á V.

—¿Y es hombre formal?

—Casi un muchacho; sin embargo, su nombre tiene crédito y yo le creo digno de él.

—Eso es bastante.

—Realiza V. un buen negocio. En quince dias ese capital ha rendido un 13 por 100.

—Me extraña que no concurriera á la subasta.

—No estaba en Madrid. Graves disgustos de familia le han obligado á alejarse de aquí. Corre por ahí una historia, acaso falsa como la mayor parte...

—Hombre, cuente V. Es decir, si no es que es ya su hora de comer.

—No. He contado ya con retrasarla hoy, porque tengo que hablar á V. de un asunto de la mayor importancia.

—¡Ah! Pues dejémonos de historias. Lo primero es lo primero.

—De ningun modo. Miétras satisfago la curiosidad de usted cobraré ánimos para hablarle de mi pretension.

—¿Pretension? Concedida.... Pero ¿es cosa tan grave?

—V. juzgará. Vamos al cuento.

—¿No le parece á V. mejor que pasemos á mi despacho?

—Como V. quiera.

—Vamos, pues.

UN MATRIMONIO MAL AVENIDO.

La luna de miel, último y esplendoroso esfuerzo del amor, había concluido para aquella brillante pareja cuya union cantaron en sueltos y revistas los periódicos y aplaudió el mundo elegante.

La luna de miel es la cumbre, los treinta años de la pasion. Lo deseado se convierte en fácil, el crimen en deber, el rubor en orgullo. Falta, para que el amor viva, el misterio, lo imposible. Empiezan á mostrarse y crecer esos mil defectos de carácter que, como dice lord Byron, son la gota de agua que cayendo constantemente horada la piedra.

Los goces que imaginados parecían la última expresion de la felicidad, se aminoran y vulgarizan conseguidos, y la fiebre de las primeras satisfacciones anuncia con su calor el hielo del desencanto: es un estado fisiológico que no puede coexistir largo tiempo con el individuo; éste ó aquél han de sucumbir, y la naturaleza, madre previsora, sabe hacer llegar á tiempo el cansancio.

¿Cómo se puede desear lo que se posee?

No era, sin embargo, el cansancio lo que por primera vez había turbado la paz matrimonial de los condes de X.

Un defecto constitucional (si se permite la palabra), fundamental (aunque ésta no se permita), hacía imposible la buena armonía entre Fernando y Amalia. Realizada su union por

distintos intereses, lo que en él era amor había sido en ella ambición y orgullo, y la comedia de la pasión es más difícil de representar que lo que proclaman filósofos escépticos y viejos desilusionados; más difícil aún cuando lazos eternos aseguran la posesión de lo deseado.

El carácter soñador y ardiente de Fernando se veía siempre contrariado por los fútiles gustos y ligeras inclinaciones de su esposa. Él buscaba en la soledad de los campos, en el alejamiento de su encantado retiro la realización de un idilio; ella volvía siempre á Madrid los ojos como única escena digna de su triunfo. Él la amaba para sí, ella anhelaba lucir su corona de condesa y su espléndido ajuar. Hubiera comprendido la luna de miel en París, no la sentía en aquel valle sombrío y solitario sin más lujo que las flores, las noches de luna, las frescas mañanas, las melancólicas tardes; no quería gozarla, sino que se la envidiaran. Y estos deseos que al llegar á Andalucía, apenas realizado su matrimonio, eran como un presentimiento adormecido por las ardientes y desconocidas sensaciones de aquellos momentos, fueron tomando cuerpo y convirtiéndose en necesidad y constante pensamiento de la recién casada.

La vuelta á Madrid. Hé aquí la primera discusión de los nuevos cónyuges. Primer golpe de azada dado en el ancho foso que más tarde había de separarlos.

Volvieron por fin ántes del término fijado. La mujer vence siempre, aunque compra cara la victoria.

Una vez en Madrid, las costumbres de sociedad la atraieron con tanta más fuerza, cuanto que podía gozar de ellas libremente satisfaciendo todos sus caprichos, venciendo á todas sus rivales.

La coquetería, inseparable y tiránica compañera de la vida elegante, hizo presa también en Amalia. No había peligro en ello para la honra de su marido; en aquella naturaleza no cabía la pasión; era honrada, pero esto no es bastante. Fernando lo comprendió así al principio; pero solicitada siempre su atención, ya sobre uno, ya sobre otro, los celos empezaron á nacer, las relaciones conyugales se alteraron agriamente más de una vez, la cavilosa sospecha abultó las realidades, y unas ve-

ces temiendo, otras dudando, Fernando acabó por perder la estimacion que á su esposa tenía.

¿Cómo estimar á una mujer que en el más favorable juicio, siendo honrada, procuraba no parecerlo?

Comenzó el alejamiento, los viajes de Fernando se repitieron con extraordinaria frecuencia. Volvía siempre con la esperanza de hallar cambiada la conducta de Amalia. Por el contrario, no adquiría sino el triste convencimiento de que no era necesario en su hogar, siempre abandonado, sin que el dulce calor de un hijo le entibiara con sus gritos de alegría, sin que una mujer amante le adornara con su presencia. Se encontraba tan solo como ántes de su matrimonio, más solo aún, porque le faltaba la compañera que había elegido pensando hacer eterna su dicha.

Quiso buscar la compensacion. Los amores fáciles de esa turba de mujeres que pasean su deshonra en lujosos trenes adornados de ilustres escudos, gloria un dia de la patria y hoy padron de ignominia, no consiguieron vencer su hastío.

Intentó encontrar distraccion en los negocios, en el arte, en la caridad. Todo fué inútil. Una intranquilidad febril, un malestar inexplicable y constante le perseguía por todas partes. Su razon se ocupaba, su espíritu permanecía vagabundo buscando el objeto de desconocidos deseos.

Amalia, entre tanto, encontraba muy agradable aquella vida. Libre de la continua presencia de su marido, desembarazada de sus caricias y tranquila respecto de sus celos, continuaba gozando feliz y triunfante. Un acontecimiento inesperado vino á turbar su alegría.

Entre los muchos adoradores que la rodeaban, uno, ménos ducho en la escuela del mundo, más apasionado ó más pretencioso, se creyó dueño de derechos si no logrados, prometidos, y al convencerse de su error dió lugar á una escena violenta que, afortunadamente, vino á llenar un largo período de calma en la murmuracion de esos círculos del buen tono y de la sociedad distinguida, donde es crimen la virtud y cosa de juego la honra.

La publicidad de aquella escena fué tal que llegó á oídos de Fernando. Su primer pensamiento fué matar. La reflexion

dominó á la dignidad, y una separacion amistosa rompió el juramento hecho al pié del altar.

Esta fué la historia que Valentin contó al padre de María.

Aun hacía éste reflexiones sobre los peligros de los matrimonios poco meditados, cuando María se presentó en la puerta preguntando:

—¿Han acabado ustedes ya? Mira, papá, que es tarde.

—Un poco de paciencia, hija, nos queda lo principal.

—Bueno, esperaré.

—No, efectivamente es muy tarde y yo no he comido. Les dejen á ustedes.

—Pero ese asunto de tanta importancia...

—Mañana, otro dia, tengo áun algo que pensar.

—Hábleme V. de ello y lo pensaremos juntos.

—No; créame V. que en este momento me sería imposible.

Esa historia me ha distraído.

—No insisto.

—María...

—Saldremos juntos...

—Vaya, en marcha... Pero conste que me tiene V. intranquilo mientras no sepa lo que quiere.

—Será poco tiempo. ¿Quiere V. el brazo?

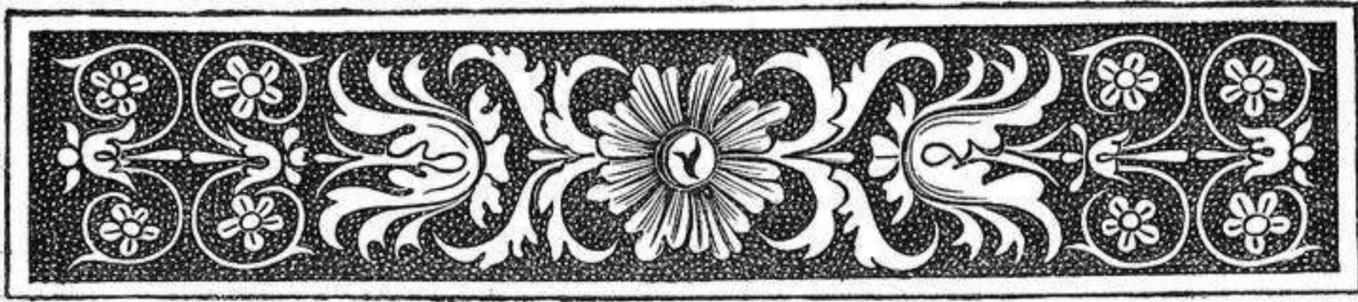
—Gracias.

Valentin cerró la portezuela del carruaje, saludó, y al verle partir, un movimiento de indecision en que se adivinaba el deseo de seguir el mismo camino, le hizo detenerse un momento. Luégo, tomando otra direccion, echó á andar.

J. CAMPO ARANA.

(Se continuará.)





LOS LÍMITES
DE LOS
CONOCIMIENTOS NATURALES

DISCURSO

PRONUNCIADO EN MÓNACO EN UNA SESION DE LA SOCIEDAD GERMÁNICA

POR EL PROFESOR

C. VON NAGELI

(Conclusion.)



UESTROS conocimientos causales llegarían á la perfeccion cuando consiguiéramos profetizar los acontecimientos futuros con la misma seguridad y exactitud con que los predicen los astrónomos en el dominio de la Astronomía.

Encontramos ya ciertos indicios de esto en la química de los compuestos y en la morfología orgánica, en donde es posible hacer deducciones de ciertos estados de desarrollo de un organismo con relacion á los estados anteriores ó sucesivos del mismo. Llegará una época en la que serán más investigadas las leyes orgánicas de la historia, jóven aún, del desarrollo del individuo y de la más jóven del desarrollo de la especie, y entónces no nos veremos obligados á presuponer la necesidad *ontogenética* y *filogenética*, sino que podremos saber la causa de esta necesidad.

Quizas puede objetarse que el saber causal consiste en comprender la idea de la necesidad, como acontece en la mecánica, pero que esto no se aplica á los dominios en que ocurre tomar por punto de partida los objetos compuestos y no investigados todavía. La mecánica celeste se halla basada en la gravitacion universal y en la fuerza centrífuga, y ambas son fuerzas sencillas que obran en línea recta. Pero debemos hacer notar que estas son hipótesis que descansan en nuestra experiencia y cuya razon ignoramos. La astronomía nos revela únicamente la necesidad de los fenómenos astronómicos, apoyándose en las suposiciones de los hechos que hemos experimentado; pero no nos revela la necesidad en sí misma. Si preguntásemos esto á nuestros conocimientos, el *por qué* sería claro, y no sucedería lo mismo para los conocimientos astronómicos y quizas para los físicos.

En los dominios orgánicos tienen derecho los conocimientos causales á la misma importancia de que gozan los conocimientos físicos en el campo inorgánico. Por medio de la experiencia nos es dable conocer un sistema de fuerzas y de movimientos, por ejemplo, la célula; adquirimos la certeza de tales hechos generales relativos á este sistema (lo mismo que hacemos para la gravitacion y las fuerzas centrífugas en los cielos), y nos servimos de ellos para ulteriores deducciones. Nuestra penetracion de la necesidad de cualquier proceso de evolucion consiste en reconocer este proceso como consecuencia forzosa de aquellos hechos generales.

Los conocimientos que poseemos de las cosas naturales dependen, pues, del estado en que nos hallemos para medirlas, ó por sí mismas ó una por otra. Otro método de observacion nos conduce á idénticos resultados. Comprendemos y somos enteramente dueños de alguna cosa, si nosotros la hemos creado, pues en este caso vemos su causa. En el dominio del saber, la única cosa que, basada sobre la percepcion de nuestros sentidos, podemos determinar, es la matemática. El espíritu de esta ciencia es clarísimo para nosotros, porque es producto de nuestra mente. Podemos, por tanto, comprender con seguridad las cosas reales, siempre que en ellas encontremos realizadas las ideas matemáticas, el número, la extension y todo lo

que de estos elementos deduce aquella ciencia. El saber natural consiste por esta razón en aplicar los métodos matemáticos á los fenómenos naturales; el comprender un suceso de esta índole no significa otra cosa que repetirlo con el pensamiento y reproducirlo en nuestra inteligencia.

Al designar nuestros conocimientos naturales como *matemáticos* y á la vez *relativos*, al decir que con ellos se juzgan las cosas con arreglo á una medida que se deduce de ellas mismas, me separo considerablemente de los puntos de vista de mi predecesor, M. Du Bois Raimond. Él asegura que es condición del saber natural que nosotros podamos reducir los cambios del mundo material á movimientos de átomos causados por sus fuerzas centrales, que son independientes del tiempo; en otras palabras, que nos hallamos en disposición de resolver los fenómenos naturales con la mecánica de los átomos.

Mientras Du Bois Raymond parte del hecho innegable de que un compuesto no se puede conocer más que por sus partes, no se detiene, sin embargo, en las partes reales y finitas, sino que contiene la división hasta las verdaderas *unidades*, que no son accesibles, y determina las condiciones del saber *absoluto* lo que es imposible.

Pero como nosotros no aspiramos al saber divino, sino al saber humano, no podemos pedir á este último que avance más allá de las impresiones matemáticas en todas las esferas finitas; el pensamiento de Kant, de que en todas las ciencias naturales, especiales, no podemos encontrar otra ciencia *real* que lo que en ellas hay de matemático, es un pensamiento exactísimo.

Si Du Bois Raymond desea continuar el análisis de la materia hasta los átomos con las sencillas fuerzas centrales, lleva al extremo un método predilecto de los físicos y de los fisiólogos modernos, y si demuestra que este procedimiento no conduce á la comprensión, destruye el derecho de apoyarse exclusivamente en el dominio de la ciencia, en el que tal vez acampan aquellos que se sirven de este método. Si la física y la fisiología física retroceden á los supuestos átomos, puntos materiales, elementos de volúmen que nosotros nos figuramos infinitamente pequeños, entónces queda la hipótesis justificada, en cuanto

que las moléculas químicas reales, son tan pequeñas que podremos, sin error de cálculo, considerar el espacio como lleno de materia sin *hiatus*. Por ejemplo, á una molécula de albúmina, que consiste en numerosos átomos de carbono, hidrógeno, oxígeno y nitrógeno, podremos sustituir una masa diferente de este compuesto. En todos los casos es muy útil hacer esta hipótesis, porque se debe ver hasta qué punto un concepto de este género puede ser mecánicamente tratado, y cómo nos ha de ser posible por el resultado obtener deducciones retrospectivas relativamente á la composición de la materia.

Pero debemos huir de la opinión que con frecuencia se asocia á este método, de que él solo es la ciencia natural y que el saber no puede adquirirse más que por su empleo. Si esto fuese así, deberíamos limitar nuestro deseo de conocer la naturaleza á un solo campo, y abandonaremos los demas que acaso sean capaces de ser conocidos. El saber natural no debe comenzar necesariamente con las cosas desconocidas hipotéticas y más pequeñas. Comienza donde la materia se ha formado en unidades del mismo orden, que pueden ser comparadas y medidas una por otra, y donde aquellas unidades se combinan para formar otras de un orden más elevado y ofrecen una medida para ser comparadas entre sí. El saber natural puede comenzar en cada edad por las organizaciones y composiciones de la materia; por los átomos de los elementos que forman los compuestos químicos; por las moléculas de los compuestos que constituyen el cristal; por las granulaciones cristalinas que componen la célula y sus partes; por la célula que contribuye al desarrollo del organismo; por el organismo ó individuo que llega á ser elemento de la formación de la especie. Toda disciplina natural, científica, tiene esencialmente en sí misma su propia justificación.

Nuestros conocimientos acerca de la naturaleza son siempre matemáticos, y consisten, ó en la medida sencilla como en las ciencias naturales morfológicas y descriptivas, ó en la medida causal, como en las físicas y fisiológicas. No obstante, por medio de las matemáticas, con el peso, con la medida y con el número no podemos conocer más diferencias que las relativas y cuantitativas. Las cualidades reales, las propiedades absoluta-

mente diversas, huyen de nuestra comprensión, porque carecemos de medida para ellas. En rigor no podemos concebir las diferencias cualitativas, porque las cualidades no se comparan. Este es un hecho importante en las tentativas que verificamos para conocer la naturaleza; se tiene por consiguiente que si dentro de la naturaleza existen dominios que son cualitativa ó absolutamente diversos, no es posible el saber científico más que en cada uno de ellos separadamente, y cuando entre dichos dominios no existe conexión alguna.

Pero se deduce aún otra consecuencia, y es la de que cuanto nos es dable investigar, basta para convencerse de que las diferencias absolutas, los abismos que no se pueden llenar, no existen en la naturaleza.

He tratado de determinar la capacidad del *yo*, la accesibilidad de la naturaleza y la esencia del humano entendimiento. Es fácil determinar por esto los límites de la ciencia.

No podemos saber más que aquello que nos permiten conocer nuestros sentidos; el *por qué* está limitado en el tiempo y en el espacio á un campo infinitesimal, y acaso tan sólo á una parte de los fenómenos naturales que se verifican en dicho campo, con ocasión del desarrollo deficiente de nuestros órganos. De lo poco que nos es accesible, no conocemos más que lo finito, lo variable y lo no duradero, lo que es relativo y difiere gradualmente, porque podemos aplicar las ideas matemáticas tan sólo á las cosas naturales, y no podemos juzgar de estas últimas más que por la medida que de ellas mismas obtenemos. De todo lo que es infinito y eterno, de todo lo que es estable y constante, de todas las diferencias absolutas nos es imposible formar concepto. Tenemos una idea precisa de la hora, del metro, del kilogramo, pero no podemos formarla del tiempo, del espacio, de la materia y de la fuerza, del movimiento y del reposo, de la causa y del efecto.

Se pueden pues, establecer breve y exactamente la extensión y los límites posibles de nuestros conocimientos naturales del siguiente modo: *No podemos conocer sino lo que es infinito, pero podemos conocer todo lo finito que se halla al alcance de la percepción de nuestros sentidos.*

Si nos damos cuenta claramente de este límite de nuestros

conocimientos, podremos despojar á las observaciones naturales de muchas dificultades y de muchos errores, que consisten por un lado en las tentativas que se hacen, no para investigar tan sólo aquello que es verdaderamente finito, sino una combinacion de finito y de eterno, que no es investigable; y por otro en no seguir á lo finito estricta é incesantemente, sino situándose aquí y allá en medio de él, y cambiándolo á veces por lo eterno.

Iría demasiado léjos si quisiera considerar separadamente las consecuencias que resultan de la falta de un método correcto basado en este principio. Las más notables y las que al mismo tiempo encierran un interes general, son las opiniones de que la naturaleza finita esté dividida en dos campos radicalmente diversos, y en particular lo de que exista un límite insuperable entre la naturaleza orgánica y la inorgánica, entre la naturaleza espiritual y material. No hablaré más que de esta última opinion.

Los que niegan todo lazo íntimo entre la naturaleza material y lo inmaterial, trazan la línea de separacion en diversos lugares. Segun algunos, la naturaleza viva en géneros (ó dotada de vida, en cuanto que tambien se atribuye vida á las plantas) representa algo absolutamente especial, miéntras que otros no admiten esto más que para el mundo animal dotado de sensaciones y otros tan sólo para la raza humana consciente; los nuevos principios inmateriales y eternos no se pueden aplicar sino á los grados superiores. Du Bois Raymond es partidario de la segunda de estas opiniones; dice que un límite insuperable quedó señalado desde el primer indicio de placer que experimentó uno de los séres más sencillos al principiar la vida animal sobre nuestra tierra, al paso que subiendo desde aquel punto á la más elevada actividad intelectual y descendiendo de la fuerza vital, de lo orgánico á la sencilla fuerza física, no encuentra ningun límite en alguna otra parte.

Se hace difícil para el naturalista negar la suposicion de los principios inmateriales, que se manifestarían aquí y allá en la naturaleza, porque tal suposicion se establece *à priori* sobre un punto que vacila al impulso de la ciencia natural, y no puede

ser atacada ni contradicha directamente por el naturalista. La ciencia natural sólo puede demostrar que aquella suposición es superflua, porque todo puede explicarse de un modo natural, y también que es improbable, porque de otro modo se introduce en la naturaleza finita una contradicción que se opone á todo el conjunto de nuestra experiencia, y ofende á nuestra razón el hallar por todas partes relaciones causales.

La práctica nos demuestra que desde la más clara conciencia del pensador maduro, pasando por la conciencia latente del niño hasta la inconsciencia del embrión y la insensibilidad del huevo humano, ó desde la más imperfecta conciencia de las razas humanas no civilizadas ó de los animales más elevados hasta la inconsciencia de los animales más bajos y de las plantas sensibles, y á la insensibilidad de todas las demás plantas, existe una gradación continua sin límites definibles que sigue en la vida del huevo animal y de la célula vegetal en desarrollo, á través de las formas elementales organizadas y más ó menos privadas de vida (partes de la célula), hasta los cristales y las moléculas químicas.

Pero la deducción que por analogía podemos obtener, es ésta: así como todos los organismos se componen de materia y están formados por la materia que existe en la naturaleza inorgánica, así las fuerzas que son inherentes á la materia han entrado naturalmente de igual modo en ulteriores formaciones. Si la materia se combina con otra materia, sus fuerzas se unen en un resultado total, y esto representa la nueva propiedad del cuerpo que resulta; se entiende que esta propiedad es tan sólo relativa. El minio es mercurio + oxígeno + calor; el azúcar es carbono + hidrógeno + oxígeno — calor.

La vida y el sentimiento son nuevas propiedades relativas que las moléculas de albúmina obtienen en ciertas circunstancias. De este modo demuestra la experiencia que la vida espiritual está en conexión de una manera sumamente íntima con la vida material, que una ejerce su influencia sobre otra y no pueden existir independientes entre sí. Es necesario, pues, que así como en la naturaleza las fuerzas y los movimientos están unidos tan sólo por partículas materiales, también las fuerzas y los movimientos espirituales pertenezcan á la materia, ó en

otros términos, que compongan fuerzas y movimientos generales en la naturaleza, y se liguen entre sí como causa y efecto. Ningun naturalista puede evitar el concepto de una union causal de este género, á ménos que no se haga infiel, consciente ó inconscientemente á sus mismos principios. El problema no es otro que el de comprender de qué manera las fuerzas de la materia inorgánica se combinan con la materia que forma los organismos, de modo que su resultado represente la vida, la sensacion y la conciencia. La solucion de este problema está muy lejana, pero es posible. Nos hallamos en disposicion de ofrecer indicios suficientes para cada punto particular.

Séame permitido hablar más minuciosamente de uno de ellos; de aquel en que mi predecesor señala un límite á los conocimientos naturales. Lo hago con tanto más gusto en cuanto que por lo demas Du Bois Raymond se coloca sobre las bases del principio causal, si no con palabras explícitas, al ménos determinadas é incondicionales; y además porque si esta *laguna* se llenase, desde su punto de vista no existiría ninguna. Para él, toda la historia del mundo y todo el sistema del universo, es la consecuencia de la mecánica de los átomos. No existe acto alguno de la inteligencia que no pueda ser calculado por la fuerza y por los movimientos de la materia, si es posible conocerlos; los acontecimientos materiales que se relacionan con el goce de una sensacion material, con el placer de un descubrimiento científico ó con la solucion de un problema aritmético, están todos producidos por la mecánica cerebral.

La inteligencia puede ser considerada como una secrecion de la sustancia del cerebro, del mismo modo que, como dice Karl Vogt, y ántes de él Cabanis, la bÍlis es una secrecion del hÍgado.

Du Bois Raymond declara que esto es perfectamente inteligible, pero dice tambien que tan sólo llegamos á conocer las condiciones de la vida intelectual, sin que sepamos cómo ésta resulta de dichas condiciones. La sensacion y la conciencia acompañan sin duda á los procesos materiales en el cerebro por necesidad, pero quedan fuera de las leyes causales y son para nosotros eternos enigmas.

Tenemos cierto interes en hallar las consecuencias de la

opinion de Du Bois Raymond ya citada, y que él expone detalladamente é ilustra con varios ejemplos, y en considerar con claridad sus resultados generales. De este modo llegamos á que: «La inteligencia finita que se desarrolla á traves del mundo animal es doble; por una parte la inteligencia que obra, que inventa, inconsciente y *material*, que pone á los músculos en movimiento y determina la historia del mundo, no es otra cosa que la mecánica de los átomos y está sujeta á leyes causales; y por otra parte, la inteligencia innata, contemplativa, que recuerda, que imagina, consciente é inmaterial, que experimenta placer y dolor, amor y odio y que se halla fuera del imperio de la mecánica, de la materia y no se cuida ni de la causa ni del efecto.

Generalmente ambas partes de la vida intelectual se llaman en conjunto *inteligencia*. Du Bois Raymond designa de este modo tan sólo á la última, y si la separacion existiese como se ha descrito ésta sería en verdad la secrecion de la inteligencia material ó sea de los átomos del cerebro, no sería en fin más que el inútil ornamento de esta inteligencia material, su imaginaria sombra que la sigue fatalmente. Como se halla fuera de la cadena de causa y efecto, es impotente y no ejerce influencia sobre las acciones; sin ella hubiera sido la misma la historia del mundo siguiendo el mismo curso; sin la conciencia, tambien se hubieran hallado las fórmulas matemáticas, para ser enseñadas y aplicadas, se construirían los telégrafos y las máquinas de vapor; sin la conciencia tambien se sostendrían discusiones teológicas y filosóficas, siendo despues impresas y leidas; sin la conciencia que recuerda se hubiera apoderado la memoria de las lecciones; tambien sin el sentimiento musical se habría compuesto música, repetida, recobrada y escuchada con todas aquellas demostraciones de gozo ó desaprobacion que se manifiestan por ella: tambien sin el sentimiento poético y artístico, los pintores y escultores hubiesen producido sus obras que luégo serían admiradas ó criticadas. Tambien sin una vida intelectual que nosotros conociésemos hubiéramos podido pensar y hacerlo todo; pero esto hubiese sido sólo mecánicamente y no de otra manera que como un autómatas inanimado y construido con arte.

No podemos negar la sublimidad de este concepto del universo; la impresion que cause al naturalista debe ser tanto mayor, cuanto que procede por necesaria consecuencia y no ofende ningun principio científico natural; respecto á lo inmaterial y á lo ininteligible, señala un campo situado aparte de las conmociones de las cosas reales y naturales. Por esta razon no puede semejante concepto ser discutido bajo el punto de vista científico natural. Sin embargo, se le presentan ciertas objeciones al naturalista.

¿Podemos pensar que tantas cosas que resultan evidentemente de las sensaciones y de la conciencia, tengan algun otro origen inconsciente y privado de sensacion? ¿Podemos pensar que las sensaciones y la conciencia sean en absoluto inútiles, y miéntras en la naturaleza orgánica está claramente manifiesta la utilidad, ocurra, donde nosotros esperamos hallarla, un fenómeno tan inútil y tan superfluo? ¿Podemos pensar que el principio causal que gobierna toda la naturaleza haya de faltar en la parte más importante?

La conciencia del naturalista está poco satisfecha con este nuevo dualismo, aún cuando no pueda contradecirlo directamente. Es verdad que este dualismo es distinto por completo del ordinario, porque asigna un poder exclusivo á las fuerzas de la naturaleza y á la inteligencia una dignidad vana é inactiva, no oponiéndose en manera alguna al concepto estrictamente causal y materialista de todos los sucesos materiales y de los que producen la vida intelectual. No obstante, deseamos una solucion que corresponda mejor á nuestra experiencia y á nuestros conceptos teóricos. Yo creo que esta solucion se encontrará en breve si tratamos de extender nuestras observaciones de los fenómenos de la naturaleza orgánica á los de la inorgánica.

Du Bois Raymond tiene razon cuando dice que nosotros no podemos conocer más que las condiciones materiales de la vida intelectual, y que como ésta resulta de aquellas siempre es para nosotros un secreto. Pero sería un error suponer que comprendemos el origen de la vida de la naturaleza por sus causas. En todos los fenómenos puramente materiales encontramos las mismas barreras que en los intelectuales. Sabemos

por experiencia que en el mundo inorgánico se pierde la causa en el efecto, pero no podemos comprender la naturaleza de la transformación. Sabemos por experiencia que una piedra arrojada al aire vuelve á caer en el suelo, y decimos que esto acontece, porque la Tierra la atrae; pero esta atracción es incomprendible para nosotros.

Lo que sabemos es que dos cuerpos distantes entre sí obran uno sobre otro de tal modo que, si no se interpone algún obstáculo, se aproximan hasta tocarse. En qué consiste esta acción y cómo produce el movimiento recíproco, serán siempre dos cuestiones incomprendibles, como lo es el origen de las sensaciones y de la conciencia de las causas materiales. Lo mismo sucede con los fenómenos materiales, físicos y químicos. Un cuerpo cargado de electricidad positiva y otro de electricidad negativa, se mueven el uno hácia el otro; dos cuerpos cargados de la misma clase de electricidad, se rechazan. Si decimos que en el primer caso tiene lugar la atracción y en el segundo la repulsión, éstas no son más que expresiones abreviadas que comprenden una serie entera de fenómenos, pero que no suministran explicación alguna. Pero nos acostumbramos á tales expresiones, poco á poco las adoptamos con tanta frecuencia y tanta facilidad que creemos muy natural comprender los fenómenos que designan. Y hé aquí por qué se sostiene generalmente que la naturaleza en sus más sencillos fenómenos inorgánicos no ofrece dificultad para ser concebida por nosotros, cuando realmente las dificultades son las mismas desde el principio.

Se objetará acaso que los dos aspectos de la cuestión no son tan semejantes como yo creo; que en los fenómenos puramente materiales es en verdad incomprendible la relación entre dos partículas de materia que es causa de su movimiento; que con los fenómenos intelectuales se admiten sin embargo estas incomprendibles relaciones entre las partículas materiales; pero que alguna otra cosa, algo de nuevo se agrega, esto es, las acciones intelectuales que acompañan al fenómeno material. Pero esta objeción sería infundada; hemos demostrado que las dos partes en las que deberemos dividir el fenómeno intelectual están igualmente presentes en el fenómeno puramente

material, y en éste no se conciben separadas más que en un solo caso, esto es, la sensación y la reacción que la primera ocasiona. El hecho de que los más sencillos fenómenos inorgánicos son inaccesibles en su origen como lo que acontece en los más complicados del cerebro humano, construye el puente que puede conducir á un concepto monístico de la naturaleza. Partamos de lo que sabemos (en este caso se trata de los complicados fenómenos intelectuales) para obtener por ello un concepto de lo que todavía ignoramos.

No conocemos la vida intelectual más que por nuestra experiencia subjetiva; sabemos que nos encontramos en disposición de obtener deducciones, de recordar, de experimentar placer ó dolor. De los actos elementales y manifestaciones de los niños y de los animales más elevados que interpretamos como expresión de las sensaciones, deducimos que también en ellos se verifican fenómenos semejantes, pero no desarrollados; la verdadera prueba de que también los animales más bajos poseen sensaciones, que no se diferencian más que en el grado de las conscientes sensaciones del hombre, la encontramos no tan sólo en sus movimientos, que son consecuencia de alguna irritación y en la circunstancia importante de que estos movimientos resultados de las irritaciones, en las clases animales ascendentes, pasan elevándose por todas las gradaciones hasta los más complicados fenómenos del cerebro humano. Desde estos movimientos de irritación de los animales más bajos llegamos de una manera imperceptible á los de las plantas unicelulares y sensitivas, y de aquí á los fenómenos de las plantas insensibles en apariencia, que no pueden distinguirse de los fenómenos de la naturaleza inorgánica. Entre los movimientos de irritación de las plantas y de los animales, y los movimientos inorgánicos en apariencia insensibles, no existe más diferencia que ésta: en el caso de la irritación una causa poderosa actúa sobre innumerables partículas materiales dispuestas del mismo modo, produciendo un cambio de lugar ó sensación, que se llegue á hacer perceptible á nuestros sentidos, al paso que cuando falta este movimiento perceptible, no se llama irritación á la causa de los movimientos moleculares que tienen lugar en diversas direcciones.

En el mundo animal más elevado, la sensación se halla presente en los movimientos que resultan de la irritación. Debemos, pues, atribuirle también de igual manera á los animales más bajos, y no es razonable negarla en el caso de las plantas y de los cuerpos inorgánicos. La sensación hace que experimentemos placer ó dolor; generalmente hablando, la sensación de placer surge cuando están apagadas nuestras inclinaciones, y la de dolor cuando están contrariadas ó no satisfechas. Como todos los fenómenos materiales se componen de los movimientos de las moléculas y de los átomos elementales, deben tener necesariamente su asiento original el placer y el dolor en dichas partículas; su causa debe consistir en el modo con que aquellas partículas infinitesimales son capaces de responder á las fuerzas de atracción y de repulsión que obran sobre ellas. La sensación es, pues, una propiedad de las moléculas albuminosas, y si admitimos esto en el caso de las moléculas de albúmina, debemos admitirlo también para las moléculas de las demás sustancias.

Consideramos ahora las relaciones de dos moléculas de diversos elementos químicos (por ejemplo, la molécula del hidrógeno y la del oxígeno), las cuales se encuentran á pequeñísima distancia una de otra. Cada una de estas, según las actuales nociones de la química, se compone de dos átomos no divisibles ulteriormente sino compuestos. Por causa de su composición tiene el átomo diversas fuerzas y diversas propiedades, y por esto obra de diferentes modos (atrayendo ó repeliendo) sobre los demás átomos. Las dos moléculas en cuestión sienten su mutua presencia de diversa manera, obrando una sobre otra con fuerzas también diversas de atracción y de repulsión.

Examinemos lo que sucede en el caso de una cierta atracción, por ejemplo, en el de una atracción química. Existen tres posibilidades: ó las moléculas siguen sus inclinaciones y se aproximan una á otra, ó están condenadas al reposo por otras fuerzas que equilibran á la de atracción, ó se mueven alejándose una de otra, porque logran sobreponerse las fuerzas contrarias á sus inclinaciones.

Estas tres posibilidades existen para una repulsión por me-

dio del calor; por ejemplo, las dos moléculas, siguiendo sus inclinaciones naturales, se alejan una de otra, ó permanecen á la misma distancia, ó se aproximan por otra causa.

Ahora bien; si las moléculas poseen algo que se refiera aunque lejanamente á las sensaciones, y no podemos dudar de esto porque cada una de ellas siente la presencia, la determinada cualidad, la fuerza particular de la otra, y por lo tanto, tiene inclinacion á moverse y comienza á hacerlo en ciertas circunstancias, y en algun modo llega á ser viva, por decirlo así; además, como aquellas moléculas son los elementos que producen el placer y el dolor, si experimentan algo semejante á las sensaciones, este algo debe ser el placer, cuando respondan á las atracciones y repulsiones satisfaciendo su inclinacion ó su contrariedad; y será dolor cuando se vean obligadas á seguir cualquier movimiento opuesto al que desean; si permanecen en reposo no experimentarán placer ni dolor.

Puesto que las moléculas actúan una sobre otra con fuerzas desiguales y diferentes, atractiva y repulsiva, algunas de sus inclinaciones, siempre que las moléculas están en movimiento, quedan amortiguadas al paso que otras permanecen contrariándose. Pero estas diversas sensaciones son necesariamente desiguales respecto á sus condiciones y á su intensidad, segun que estén producidas por las atracciones generales de la gravedad, por las repulsiones generales del calor y de la elasticidad, por las alteraciones y las repulsiones eléctricas y magnéticas ó por la afinidad química. Los más sencillos organismos que conocemos, si se nos permite esta expresion, las moléculas de los elementos químicos, experimentan la influencia de muchas sensaciones diversas en calidad y en cantidad, las cuales se conglomeran en una sensacion total de placer ó de dolor.

En los estados más bajos y sencillos de las organizaciones materiales que conocemos, encontramos, pues, en conjunto los mismos fenómenos que hallamos en los estados más elevados, en los cuales aparecen como sensaciones conscientes. La diferencia no consiste más que en las gradaciones; en los estados más altos no han llegado las influencias á ser tan vívidas sino por causa de una vasta acumulacion de diversas

partículas materiales, más compuestas é intrincadas á causa de su complicada organizacion.

Si en el sentido más lato consideramos la vida intelectual como la expresion inmaterial del fenómeno de la materia, como la mediacion entre la causa y el efecto, entónces la encontramos en todas partes en la naturaleza. La fuerza intelectual es la capacidad que tienen las partículas materiales de obrar unas sobre otras. El fenómeno intelectual es el resultado de esta accion (ó funcion) la cual consiste en el movimiento, ó lo que es igual, en un cambio de posicion de las partículas materiales y de las fuerzas á ellas inherentes, y esto conduce á un nuevo acontecimiento intelectual. De este modo la misma cadena intelectual rodea á todos los fenómenos materiales.

La inteligencia humana no es otra cosa que el más alto desarrollo sobre nuestra tierra, del fenómeno intelectual que se agita y anima por doquier á la naturaleza. Pero no es el producto de las secreciones de la sustancia cerebral: si así fuese no tendría influencia ulterior sobre el cerebro, así como la secrecion biliosa no tiene influencia alguna sobre el hígado. Por el contrario, la sensacion y la conciencia tienen un asiento estable en el cerebro, al cual están indisolublemente unidas y en el cual, por su intervencion, se forman nuevos conceptos que despues se traducen en acciones. Por esto la piedra no caería si no sintiese la presencia de la tierra, el gusano no se retorcería si no tuviese sensaciones y el cerebro no obraría racionalmente si no tuviese conciencia.

Este concepto satisface cumplidamente nuestra necesidad de conocer lo causal. Para el naturalista es una necesidad lógica el no admitir en la naturaleza finita más que las diferencias de grado; así como existe una medida comun para cada cosa en el espacio y para cada cosa en el tiempo, así debe haber una medida comun para todos los fenómenos intelectuales.

Puesto que en la naturaleza material existen las gradaciones desde lo más sencillo hasta lo más complejo, tambien deben existir gradaciones semejantes en la naturaleza intelectual, paralelas á las primeras. Es cierto que en los átomos y en las moléculas no encontramos bien definidos el placer, el amor ó

el odio; pero, sin embargo, descubrimos los primeros gérmenes, me atrevería á decir más, el principio original de aquellos sentimientos, y sería peculiar de la psicología comparada, seguir la conciencia, á través de las sensaciones inconscientes hasta las acciones insensibles de las partículas materiales.

Pero el dominio de la inteligencia ofrece á nuestra investigación dificultades mucho mayores que el dominio material, porque no podemos emplear nuestras percepciones subjetivas más que como experiencia inmediata, y porque no poseemos un órgano sensitivo especial que nos permita hacer observaciones objetivas sobre otros cuerpos. Las observaciones que llevamos á cabo con nuestros sentidos, nos hacen tan sólo conocer de una manera indirecta, y siempre defectuosa, los sucesos intelectuales que se verifican en otros seres, y nuestro criterio es siempre más incierto á medida que nos alejamos en la naturaleza de la especie humana en sí misma. Quizas no será nunca posible encontrar realmente la medida de los fenómenos intelectuales, ni determinarla, y mucho menos elevar la psicología comparada á la categoría de la ciencia natural.

Los conocimientos humanos quedan reducidos á todo lo que es finito, y el naturalista debe, pues, limitarse estrictamente tan sólo á esto. El pretender, como á veces se hace, que tenga una inteligencia más filosófica que crítica, no sirve más que para demostrar cuán difícil es el separar dos dominios absolutamente diversos, los cuales han estado una vez reunidos para producir una confusión general.

La fuerza de las costumbres y de la educación ha sido hasta una época reciente, un obstáculo para realizar la separación completa y radical de aquellos dos campos, y nosotros sabemos por experiencia que toda intervención de la metafísica convierte en una mezcla turbia y cenagosa la ciencia y la investigación de la naturaleza.

Es preciso que la ciencia natural sea exacta; debe evitar escrupulosamente todo lo que traspasa los límites de lo finito y de lo comprensible, y todo lo que es transcendental; debe proceder con un método materialista, porque su único objetivo es la materia finita dotada de fuerza, y no debe olvidar que este verdadero materialismo es empírico y no filosófico, y que lo

circunscriben los mismos límites que rodean el campo en que se mueve.

No pretendo decir con esto que no le sea permitido filosofar al naturalista, y que se le prohíba moverse en los dominios ideales y transcendentales. Pero él quiere ser naturalista, y lo único que para su vocación puede serle ventajoso, es el tener absolutamente separados ambos dominios, y tratar á uno como al dominio exclusivo de la investigación y del saber, y al otro purgado de todo lo que es finito, como al dominio desconocido del presentimiento.

Todo el mundo perceptible con los sentidos está abierto á la inteligencia humana y á nuestro deseo de investigar y de saber. Nos es dable penetrar con el telescopio y con el cálculo en las regiones más lejanas y en los más pequeños espacios con el microscopio y con las combinaciones; podemos investigar en más variados sentidos los organismos más completos y más complicados que nos pertenecen á nosotros mismos. Tratemos de descubrir las leyes que gobiernan la naturaleza, y hasta el punto que nos sea posible conseguir, regularicemos por medio de ellas todo el mundo orgánico é inorgánico. Si el hombre quiere considerar los triunfos obtenidos hasta ahora en los dominios de la ciencia y de la fuerza, y piensa en las conquistas aún mayores que podrá realizar en el porvenir, entónces tendrá perfecto derecho de llamarse señor del universo.

Pero ¿qué es este mundo sobre el cual impera la inteligencia humana? Apénas un grano de arena en la eternidad del espacio, apénas un segundo en la eternidad del tiempo, tan sólo una manifestación de la verdadera existencia del universo.

Porque tampoco del mundo infinitesimal y accesible para nosotros podemos conocer más que lo variable y perecedero. Todo lo que es inmutable y eterno, el *por qué* y el *cómo* del universo, permanece siempre incomprensible para la inteligencia humana, y si trata de traspasar los límites de lo finito no consigue más que convertirse en un ídolo grotesco y ridículamente adornado, ó hacer vulgar por la transfiguración humana lo que es divino y eterno. También la inteligencia madura, que, unida á una completa penetración natural científica quisiera arrebatarse á lo que es divino todo lo finito y pe-

recedero no podría, con sus restricciones, hacer de la divinidad más que un fantasma de rey constitucional, que según las palabras de un eminente hombre de Estado, «reina, pero no gobierna.»

En el mundo finito, las eternas fuerzas naturales gobiernan inalterablemente, y reconocemos sus efectos en las leyes del movimiento y del cambio. Pero traspasa los límites de nuestra inteligencia el saber *si* son y *cómo* son expresiones de una voluntad eterna y consciente.

Si mi predecesor, el profesor Du Bois Raymond, ha terminado su discurso con las desoladoras palabras *ignoramus et ignorabimus*, yo termino el mío con una frase más tranquilizadora, diciendo que no sólo conocemos, sino que comprendemos verdaderamente los frutos de nuestras investigaciones; que nuestro saber lleva en sí el germen de un desarrollo casi infinito, sin que se aproxime en lo más mínimo á la omniscencia; si ponemos en práctica todo lo razonable, si, en nuestra calidad de seres finitos y perecederos, nos contentamos con la penetración humana en vez de aspirar al saber divino, podremos entonces decir con verdadera fe:

«Sabemos y sabremos.»





DESCENDENCIA Y DARWINISMO



CAPÍTULO PRIMERO.

Introduccion.—Resultados de la Filología.—Nociones preliminares acerca de la descendencia.—Creencia en lo maravilloso.—Límites de la filosofía natural.

EN la vida del hombre, como en la de todo individuo que tiene conciencia de sí mismo, se revela siempre un perpetuo esfuerzo dirigido á darse cuenta de lo que es la existencia. Todos los sistemas filosóficos han tratado de investigar la naturaleza de las cosas y todos han tendido á descifrar las leyes que rigen el encadenamiento de esta masa innumerable de fenómenos materiales é intelectuales, de los cuales se figura el hombre ser único centro y fin. Entre tales sistemas unos se fundan en la diferenciacion completa del alma y del cuerpo, del hecho y de la idea, y otros, por el contrario, afirman la identidad de ambos. Los partidarios de estos últimos sostienen que en la naturaleza todo camina hácia la perfeccion y la armonía, mientras que los sectarios de aquellos, desde los budhistas (seis siglos ántes de nuestra era) hasta los adeptos y continuadores de Schopenhauer, opinan que no hay en el mundo más que una confusion, un conflicto perpetuo de fuerzas que se contradicen y se entrechocan. Cáos penoso, al cual el verdadero sabio procura sustraerse, reconcentrándose completamente en

sí mismo y abismándose por un esfuerzo enérgico de voluntad en la insensibilidad y en la nada.

Pero la verdad es que en medio de todas estas tentativas, por los sistemas filosóficos representados, la ilustración universal no ha hecho todavía grandes progresos. Ciertos son los numerosos adelantos y descubrimientos modernos en el terreno de las ciencias, de la industria y del comercio; pero si bien se mira, el juicio de la masa general acerca de estos adelantos es incierto y atrasado; no hay en ella verdadero conocimiento científico, y así se explica que hasta una gran parte de los hombres instruidos, se deje seducir con frecuencia por palabras huecas y frases de relumbron. Ya no se queman en nuestros días brujas y hechiceros como en los felicísimos de la inquisición; pero todavía se condenan y se maldicen herejes. La fisiología experimental, base de toda medicina verdaderamente científica, se nos manifiesta hoy con un maravilloso desarrollo, que instintivamente es admirado por la gratitud pública, y sin embargo esto no impide que en todas las clases de la sociedad hallen incautos clientes los charlatanes y curanderos más descarados. Observéanse si no los progresos del espiritismo, completamente organizado en sectas y comités; repárese en el infinito número de los que creen todavía en el poder de sonámbulos y saludadores para la curación de determinadas enfermedades y de seguro sorprenderá el ver hasta dónde llega, en nuestro siglo, el imperio de la superstición, sólo comparable al grosero fetichismo de los negros más salvajes. Y, sin embargo, los citados no son más que casos particulares que ni aún merecen la importancia de mencionarse, desde el momento en que se trata del pretendido enigma de la existencia humana; aquí es donde la aberración y falta de juicio son generalísimas. Hay miles de personas que, sin duda alguna, se mofarían del que reputase como sobrenatural la manera de funcionar las máquinas más complicadas, ó la serie de metamorfosis ocurridas en el crisol de un químico, ó los maravillosos experimentos de un físico; y á pesar de esto, esas mismas personas en cuanto se trata del mecanismo de la vida, necesitan ya para comprenderle acudir á no sé qué misterioso dualismo; en lugar de explicar el fenómeno, en lugar de seña-

lar á la vida sus verdaderas causas naturales, niegan en absoluto la posibilidad de una explicacion, y rotas, por tanto, las barreras del raciocinio, se lanzan impulsadas por una fe ciega, en el terreno del misticismo. O si, por rara casualidad, admiten una solucion general al problema de la existencia, establecen reservas por lo que respecta á su querida personalidad, á su predilecta especie, á su HOMBRE, en una palabra, mi-diéndole con una escala especial que no quieren aplicar al resto de los séres vivos.

Afortunadamente, si una gran parte de nuestros contemporáneos mira con indiferencia cuestiones tan capitales como el problema de la existencia humana, ó ante él se atrincheran en la teología conformándose con la revelacion, hay en cambio personas de recto juicio, que gracias al progreso de la ciencia, procuran darse cuenta del lugar del hombre en la naturaleza, explorando con sagacidad é inteligencia el nuevo campo de conocimientos que aparece ante su vista y satisfaciendo así la necesidad que de resolver este problema de filosofía natural vienen sintiendo los hombres de estudio, desde que hace poco más de un siglo aparecieron los primeros trabajos de filología. Y como quiera que las teorías sobre el origen del lenguaje están en íntima conexión con las referentes al origen del hombre, conviene indicar aquí algo acerca de las primeras.

Ya en 1580 se emprendió una investigacion con objeto de averiguar cuál fué la lengua del Paraíso, resultando que Dios habló danés, la serpiente frances y Adán el sueco. Pero el primero que en realidad trató de regularizar el método de la filología fué Leibnitz, que en cartas dirigidas á Newton, recomendaba tomar como punto de partida el estudio de las lenguas actuales y conocidas. Hacia mediados del siglo último se planteó la cuestion de si el lenguaje había sido inventado ó revelado. Con este motivo hubo una gran controversia sosteniendo Süssmilch, contra el parecer de Maupertuis y J. J. Rousseau que nada podía inventarse sin pensar, ni pensar sin hablar; por consecuencia, pretender que el lenguaje es obra del hombre, era sostener una doctrina que á sí misma se contradice. Por entonces (1770) publicó Herder su famoso tratado acerca del lenguaje. Segun él éste ha empezado por una imitacion fonética

y casi inconsciente. Prueba, dice Herder, de que el alma principia á adquirir ideas fijas; el lenguaje rudimentario se desenvuelve poco á poco por la necesidad de emplearle, y la humanidad en su continuada serie de generaciones, va enriqueciéndole por instinto é inconscientemente, produciendo en él la diversidad de idiomas por la separacion de pueblos cuyos rasgos característicos se reflejan en las diferentes lenguas. De esta manera, Herder hizo comprender la importancia de una psicología de los pueblos. A él se unió muy en breve Guillermo de Humboldt, cuyas ideas constituyen la base de la filología actual. Las imitaciones fonéticas, dice este autor, se perpetúan convirtiéndose instintivamente en palabras y merced á la formacion de estas y del lenguaje, principia el pensamiento. Por la naturaleza de sus orígenes se ve, pues, que la lengua de un pueblo es la expresion natural de su espíritu, y que por tanto no puede permanecer estacionaria sino que ha de hallarse sometida á una evolucion constante. Los grandes resultados de la filología revelan el carácter peculiar de la personalidad humana y nos hacen ver al hombre elevándose gradualmente por cima de los demas seres vivos, pero sin acusar diferencia alguna de origen. Los fundadores de la filología, ántes mencionados, nos han hecho comprender (ya sin darse cuenta de ello ó con conocimiento de causa), que el hombre no llega á estar dotado de razon, es decir, á ser verdadero hombre, más que por medio del lenguaje sucesivamente desenvuelto á contar desde sus rudimentos primitivos.

Admira en verdad que siendo tanta la importancia del lenguaje haya sido hasta aquí considerada la existencia de esta preciosa facultad en el individuo humano como un hecho puro y sencillo que no necesitaba explicacion: así es que las ciencias naturales jamás se ocuparon de tales interesantísimas cuestiones y siempre estuvieron reducidas á la categoría de un simple catálogo ó clasificacion superficial de los organismos: y aunque bajo este punto de vista colocaron al hombre cerca de los animales superiores, porque tenía sangre y carne como ellos, despreciaron empero el estudio de sus orígenes y afinidades limitándose á aproximar caracteres morfológicos idénticos, sin discutir á fondo las causas de disparidad ó semejanza y

haciendo ocupar sin discusión al hombre el primer lugar en el sistema de los seres vivos. A Linneo se le permitió clasificar la especie humana en el orden de los *Primates*, al lado de los monos y los murciélagos, sin que por esto se lanzasen contra él desde lo alto de las cátedras, de las escuelas y de las iglesias las censuras, acusaciones y dictados de atentador á la dignidad humana; pero cuando hace poco tiempo se llegó á comprender que la palabra *parentesco*, hasta entónces pronunciada en historia natural con suma indiferencia, debía ser tomada en un sentido serio y literal, si bien se alegraron los verdaderos sabios para los cuales el hombre, con iguales títulos que los demás seres vivos, debe, como éstos, tener un lugar en la naturaleza; en cambio, los que no pueden concebir al hombre de otra manera más que dotado de privilegios y muy por cima del mundo que le rodea, vieron una especie de sacrilegio en estas deducciones lógicas de una teoría general aplicada rigurosamente á la especie humana.

La nueva teoría del parentesco y la descendencia no está, pues, únicamente sometida á las discusiones y análisis de sus partidarios sino que también es discutida y analizada por los que en ella ven con justicia el mayor peligro para su raquíca ciencia, fundada toda en el milagro. En Inglaterra la oposición ha sido grandísima contra el sabio eminente que personifica esta revolución, especialmente desde que, fiel á su criterio, ha sometido al hombre á la prueba de sus investigaciones, aplicándole todas las consecuencias de su teoría. Pero creemos que aún han sido mayores las luchas y la sensación producidas en el continente donde el darwinismo ha sido el tema diario de los periódicos y el asunto preferente de las publicaciones filosóficas y teológicas; con lo cual queda probada la importancia de una teoría que, míresela como se la mire, representa el conjunto de nuestras concepciones vitalistas. Cuestión importantísima acerca de la cual ocurre (como con aquellos problemas cuyas dificultades no están al alcance de la generalidad) que todo el mundo asegura conocerla, no habiendo persona alguna que deje de creerse bastante autorizada para emitir sentenciosamente su opinión sobre el problema de la vida, Y es de notar que á los ojos del público el alfa y el omega, el

principio y el fin, el todo de la teoría de la descendencia está reducido al reprobado parentesco del hombre con el mono, sucediendo con frecuencia que los talentos más escasos y las inteligencias más ruines, son las que con mayor empeño sostienen y están convencidas en absoluto de su propia elevación sobre el pobre cuadrumano. No hay, pues, cuestión en la cual se oigan, como en la que nos ocupa, razonamientos tan superficiales y que atestigüen una ignorancia más grosera y repulsiva.

Nuestros propósitos se reducen á poner al lector en condiciones de apreciar por sí mismo el estado del problema, tan complejo, de la teoría de la descendencia; queremos desenredar la confusa trama de la creación, establecer puntos fijos y remontarnos hasta Darwin. Para ello es menester desde luego contestar á una objeción de suma importancia general y de significación singularísima que ha sido muchas veces formulada por nuestros adversarios, ya filósofos ó teólogos: nos referimos al pretendido límite en que deben encerrarse las investigaciones naturales. Si estuviese demostrado que los seres orgánicos presentan fenómenos diferentes que los inanimados y de una imposible comprensión (como con tanta frecuencia se asegura hoy día) fuera, en verdad, inútil empeñarse en investigaciones vanas y sin resultados acerca de lo que se denomina vida. Pero si, por el contrario, nada vemos *à priori* que pueda demostrarnos la inutilidad de nuestras investigaciones; si más bien observamos que el conocimiento científico no tiene distintos límites cuando se trata de la naturaleza animada que cuando del mundo inerte ó inanimado, nuestros deseos, tendencias y propósitos tendrán una justificación completa y podremos considerarnos con la suficiente autoridad para emprender ciertas tareas. Ahora bien, para poder juzgar acerca de este asunto debemos ponernos un poco al corriente de lo que es el objeto á que se aplica la teoría de la descendencia, limitándonos solamente al mundo animal, y por tanto al anticipar que conviene preparar una base á la teoría del desarrollo ó desenvolvimiento directo y continuo de los organismos superiores actualmente existentes, salidos de formas típicas inferiores, ó lo que es igual, una base á la teoría de la continuidad

de la vida, entendemos por ello que es preciso arrojar una ojeada sobre las formas animales en la actualidad esparcidas sobre la tierra. De la misma manera que el astrónomo empieza por fijar el lugar de las estrellas y constelaciones y por determinar sus movimientos aparentes, así nosotros dibujamos á grandes rasgos nuestro objeto de estudio siguiendo la marcha que nos está indicada por el desarrollo progresivo de la ciencia.

Lo que al momento llama la atención, cuando se observa el mundo animal, es la inmensa variedad de formas que en él existen. Así es, que la necesidad de distinguirlas, y clasificarlas se nos impone desde luego. La zoología, la botánica y la mineralogía en sus principios tuvieron que ser puramente descriptivas y limitarse al estudio de objetos determinados; pero bien pronto la física y la química, al estudiar fenómenos cuya especial naturaleza nos hace pensar inmediatamente en el origen de ellos y establecer, por tanto, series de hechos ligados entre sí por la relación de causa á efecto, nos condujeron á ansiar para las ciencias naturales otros métodos de investigación conducentes á resultados más generales, y que por lo mismo dejarán más satisfecho el espíritu. Merced á esto, la primitiva descripción que se limitaba solamente al exterior del sér orgánico fué, poco á poco, ocupándose del interior y haciendo que se transformasen las primeras ciencias en otras más completas y filosóficas, tales como la zootomía y anatomía comparada. Habiéndose adelantado tanto en esta materia que, por lo que hace á la última de las ciencias citadas se han acumulado en el corto período de cincuenta años, ó sea desde que Cuvier estableció el sistema natural, un número tal de detalles y conocimientos que bien pudiera decirse es infinito.

Pero, á pesar de los adelantos realizados hasta hace poco en zoología, la descripción de los animales seguía siendo incompleta bajo dos puntos de vista.

Al conocimiento del sér de un animal va adjunta, ó por mejor decir, es inseparable la descripción de su desarrollo ó desenvolvimiento. Y decimos, con deliberado propósito, descripción, porque la historia del desarrollo del animal, no es una ciencia natural con iguales títulos que las doctrinas físico-

matemáticas, sino una descripción pura y simple de la naturaleza. Esta descripción da una idea más exacta de los organismos, pudiéndose citar miles de casos en que, merced á ella, se ha demostrado la importancia de determinados órganos y enriquecido la anatomía comparada con la certeza de un hecho, aún en duda, ó con una explicación completa de determinados fenómenos.

El ala del pájaro, tal como es en sus diversas partes, puede sin dificultad asemejarse á la extremidad anterior de una serpiente ó de un mamífero; en cambio la pata del mismo pájaro en el estado de órgano acabado no guarda analogía alguna con las de otros vertebrados; pero si se estudia el desarrollo ontológico de dicho animal, en el huevo se ve que el bosquejo de las diversas partes y articulaciones, presenta ya, con los animales ántes citados, una completa concordancia; no siendo producidas las anomalías aparentes más que por crecimientos ulteriores de ciertas partes que, á no ser por ello, hubiesen quedado separadas.

La extremidad abdominal del pájaro cuando ha llegado ya al máximun de su desarrollo presenta el fémur y la tibia; pero en lugar de los huesos del tarso y del metatarso no encontramos más que un hueso largo, á cuya extremidad inferior se articula otro más pequeño, de donde á su vez arranca el cuarto dedo. En otro tiempo la descripción del animal se reducía á decir que este hueso largo reemplaza al tarso y metatarso de otros animales. Pero no es así, pues si se observa al pájaro cuando aún está en el huevo se nota que la pata se compone del fémur, de la tibia, de dos huesos que forman el tarso, y de otros tres ó cuatro que constituyen el metatarso y los dedos. Con el transcurso del tiempo el hueso superior del tarso crece y se confunde con la tibia, y el inferior con las diferentes piezas del metatarso, que también llegan á soldarse entre sí. Hé aquí probado cómo, merced á la descripción del desarrollo orgánico en el pájaro, se explica el estado ántes citado. El ejemplo siguiente es un poco más difícil. La anatomía comparada no puede, sin acudir á la historia del desarrollo orgánico, explicarse el por qué teniendo el hombre tres huesos pequeños formando parte del

aparato auditivo, el pájaro no posee más que uno. La historia del desarrollo demuestra que los materiales empleados para la formación del yunque y el martillo en el aparato auditivo del hombre, se transforman para el pájaro en otras dos partes del cráneo, que nada tiene quizá de comun con dicho aparato. Se puede decir, pues, que la historia del desarrollo orgánico, en el hecho de describir la formación de un organismo, esclarece en mucho los trabajos de la anatomía comparada, aunque considerada dicha historia aisladamente sólo tenga el carácter de ciencia puramente descriptiva. Observemos ahora que todos los seres, desde los inferiores hasta los superiores, constituyen en los diversos grados de su desarrollo series parecidas á las formadas por órganos análogos de los grupos de animales que son afines (el mamífero de un orden superior, por ejemplo, presenta en su desarrollo estados ó formas que son peculiares, propias y finales de los vertebrados inferiores), y no podremos ménos de ver una concordancia misteriosa entre el desarrollo particular del individuo y el general de todo el reino animal; concordancia que exige una solución ó explicación científicas, y un estudio detenido de las causas; tanto más, cuanto que una tercera serie de fenómenos, que la descripción de la naturaleza ha sido la primera en someter á sus leyes, revela todavía estas relaciones ó lazos íntimos que hasta aquí habían pasado desapercibidos á los ojos de los sabios. Nos referimos al descubrimiento del mundo prehistórico.

Necesario es para nuestro estudio el conocimiento de los hechos paleontológicos. La geología hace ya más de cuarenta años ha entrado en la buena senda. Hoy está plenamente probado que la tierra no se formó á sacudidas, sino por transformaciones y progresos continuos. Debemos, pues, deducir que en una cierta época de enfriamiento, la vida fué resultado de una expansión de la naturaleza, sin que interviniera acto incomprendible alguno de creación, creciendo, especificándose y perfeccionándose los seres animados poco á poco durante esta lenta transformación de la corteza terrestre.

Pero hay más; uno de los adversarios de la doctrina de la descendencia, sabio distinguido y exactísimo en el detalle, ha demostrado ántes que nadie que en las series paleontológicas

ó históricas, siguiendo un orden progresivo, se encuentran las fases progresivas también del desarrollo del individuo. Todavía quedan en tal estudio grandes lagunas que llenar, pero con el transcurso del tiempo se llenarán por completo y no nos es lícito hoy por hoy dudar de tal éxito científico. Es imposible negar que el desarrollo paleontológico haya sido en general el que hemos indicado, á no ser para naturalistas como Barrande, que se apegan á sus convicciones, teniendo fe en ellas como si fueran verdaderos dogmas.

Estos diferentes órdenes de hechos se enlazan íntimamente uno con otro; siendo preciso estudiarlos bajo un punto de vista generalizador si queremos apoderarnos de la fórmula maravillosa, gracias á la cual se pondrán á nuestras órdenes y nos darán por sí mismos las explicaciones que ansiamos.

Ruda es la tarea, pero también son muchos nuestros ánimos, fundados principalmente en el deseo inherente á la inteligencia humana de conocer las causas de los fenómenos, ó sea en la necesidad de causalidad que la misma experimenta: cuyo deseo y cuya necesidad no pueden ser satisfechos por lo que respecta al mundo de los organismos más que por la teoría de la descendencia. Todavía no es perfecta, aún deja por resolver ciertos puntos oscuros y dificultades; pero en último término, presta todos los servicios que se pueden esperar de una concepción de primer orden y hace comprender con la ayuda de un solo principio toda esa serie de fenómenos que á no ser así, quedarían reducidos á un dédalo de milagros inexplicables. A ella deben las ciencias naturales orgánicas el carácter de ciencias propiamente dichas que en la actualidad tienen, pues aunque hasta hoy se las daba tal nombre no le merecían en manera alguna, porque no es ciencia el saber adquirido con el trabajo manual. Ahora bien, admitida la teoría de la descendencia como explicativa de la vida, no es posible eludir para el hombre las consecuencias de aquella, pues aunque no tuviéramos datos positivos acerca del origen del lenguaje, aún cuando nos viésemos precisados á confesar una completa ignorancia respecto á este asunto, no por eso se podría excluir al hombre, fundándose únicamente en el privilegio de la palabra, de la aplicación de nuestra doctrina, so pena de romper

arbitrariamente el encadenamiento racional de las operaciones intelectuales.

Y hémos aquí vueltos á la cuestion preliminar más arriba indicada de las investigaciones naturales; la cual como ya hemos dicho no carece de interes, porque muchas veces personas incompetentes han acusado á las ciencias de la naturaleza de traspasar sus lógicos y naturales límites. La ligereza con que ciertos individuos han formulado tales acusaciones excede á todo lo imaginable. Tomemos si no por ejemplo las *Apologetischen Vortrage über die Grundwahrheiten des Christenthums* de Luthart y oigamos cómo defiende el autor la realidad de los milagros. «Los milagros, dice, nunca son milagros. Jamás sucede que el milagro por sí mismo eluda las leyes de la naturaleza; no hace más que combinar procedimientos regulares y disponerlos en la forma querida por una voluntad poderosa y una fuerza soberana. En hechos de un orden inferior hay con el milagro muchas analogías.

«Si mi brazo lanza una piedra en el espacio, este acto es contrario á la naturaleza de la piedra que al describir su trayectoria no obedece á la ley de la atraccion, una fuerza dominadora, una voluntad más superior intervienen en el hecho y producen acciones que no son las peculiares de fuerzas ménos enérgicas. Sin embargo, las leyes naturales no han sido anuladas; ántes al contrario, continúan existiendo.» Detengámonos aquí un momento: afirmar que la pretendida victoria momentánea de los músculos sobre la atraccion es contraria á la naturaleza de la piedra, es un contrasentido físico. La piedra conserva siempre su peso y su naturaleza aún en el momento que convertida en proyectil recorre parte del espacio, siendo por tanto absurdo é ilógico hablar de la fuerza muscular como superior á la gravedad. Si la piedra pesase dos quintales, ¿qué podría hacer la fuerza dominadora? Despues que el apóstol del supernaturalismo ha inducido ya á error á su auditorio con estas falsas analogías, y le ha preparado así convenientemente, continúa de la siguiente manera: «En el milagro, una causalidad superior obra y produce una accion que no es consecuencia de las relaciones que enlazan entre sí á las causalidades inferiores, pero que se añade inmediatamente al sis-

tema que éstas constituyen, coincidiendo en este caso la causalidad superior ó soberana con los fines morales más elevados del sér. Responder á estos fines, es realizar la obra más perfecta y más bella de la naturaleza. Si el milagro está de acuerdo con ellos, se determina moral y no arbitrariamente. No viola las leyes naturales, ántes bien considerándole bajo un superior punto de vista, podemos decir que se conforma con ellas.» Desde el momento en que la creencia en los milagros está en lucha y contraposición con la ciencia de la naturaleza, la primera dice á la segunda: «Tú traspasas tus límites y debes, por tanto, suspender tus juicios. Se trata de un fin moral más importante; el dominio de la ética es superior al de la física y posee una causalidad superior también; luego está fuera del alcance del físico, ó mejor dicho, fuera de ese encadenamiento tan familiar á los naturalistas, de la causa y el efecto.» Estos (1) párrafos en que uno de los defensores más instruidos y considerados de la creencia en los milagros (pero sofista hasta la exageración) indica los límites de las ciencias naturales, son lo más moderado de lo que se conoce en el género.

Nuestra manera de ver las cosas y nuestros razonamientos son diametralmente opuestos á la doctrina de nuestros adversarios, porque para nosotros lo contrario de la ciencia es la ignorancia, mientras que ellos reemplazan la primera por una pretendida ciencia superior y por la fe. ¿Cómo es posible que nosotros admitamos la proposición de un Pico de la Mirandola? «La filosofía investiga, la teología encuentra y la religión posee la verdad» (2). ¿Esto sería olvidar que hay verdades de verdades? Las visiones y los ruidos subjetivos que agitan y espantan á los locos constituyen para ellos la realidad, pero esta realidad difiere esencialmente de las imágenes y los ruidos que perciben los hombres sanos. Filosofía y ciencia buscan la verdad, que consiste en la razón comprensible de las cosas. En cuanto á las otras verdades que niega tantas veces la primera de estas creencias, son incomprensibles é incompatibles con las

(1) Suthardh, *Apologetische Vortraye*, sétima conferencia, pág. 129

(2) *Philosophia generit; Theologia invent, religio possidet vessilaterre.*

verdades científicas. Terminemos este asunto citando una frase de Goethe: «Quien posee ciencia y arte posee religion. Al que no tenga las dos primeras, le deseo la última.

Refutadas ya las objeciones más temerarias ó especiosas, podemos entrar á considerar con completa calma cuáles son los límites de la ciencia natural. Para guiarnos en nuestro intento tenemos la conferencia dada con inmenso éxito por el fisiólogo Dubois-Raymond en la quincuagésima reunion de los médicos y naturalistas alemanes. El orador cita un pasaje de las obras clásicas de Laplace, cuyo pasaje tomado de la introduccion á la teoría de la ciencia, creemos conveniente reproducir íntegro. El autor de la *Mecánica celeste* dice así:

«Los acontecimientos que en la actualidad ocurren están estrechamente ligados á los que ya pasaron por un lazo que se funda en el principio evidente de que una cosa no puede haber comenzado sin una causa que la haya producido. Esta proposicion fundamental, conocida con el nombre de principio de la causa suficiente, comprende fenómenos que á primera vista pudiera creerse no estaban en ella incluidos. Hasta la voluntad más libre es impotente para producirlos sin un motivo determinante. Debemos, pues, considerar el estado actual del mundo como consecuencia de su estado anterior y como causa del que le ha de suceder. Si fuera posible que una inteligencia conociese en un momento dado todas las fuerzas que animan la naturaleza y la relacion recíproca de los seres que la componen; si además esa inteligencia poseyera una fuerza de concepcion suficiente para someter todos estos hechos al análisis, podría comprender, desde luego, bajo una misma fórmula así los movimientos de los cuerpos celestes más enormes como los del átomo más ligero; nada daría margen á dudas, y para ella no guardarían secretos el porvenir ni el presente. En la astronomía tenemos una débil imágen, por lo que hace á la inteligencia humana, de lo que sería aquella otra inteligencia. «Todos los esfuerzos del espíritu humano para la investigacion de la verdad tienden á aproximarle á ese otro espíritu que nos hemos representado; pero siempre habrá entre ellos una infinita distancia.»

El fisiólogo berlinés menciona en seguida estas palabras de

Fausto: «Tú te igualas al espíritu que comprendes,» y piensa que la fórmula del mundo no está vedada en absoluto al espíritu humano. En cuanto á nosotros, nos hemos cuidado poco, francamente lo confesamos, de una perfeccion ideal que no se manifiesta nunca, y hasta nos consolamos fácilmente de la imposibilidad de llegar á poseer dicha fórmula nebulosa, así como de los estrechos términos á que en esta parte están reducidas las investigaciones humanas; pero en justicia conveniremos con Dubois-Raymond en que los límites prescritos á la más vasta inteligencia son los mismos del espíritu humano.

Conforme con las actuales teorías de los físicos y biólogos, Dubois-Raymond ha trazado como sigue este límite asignado al dominio de las investigaciones naturales (1): «El conocimiento en las ciencias naturales, tal como anteriormente le hemos precisado, no es un verdadero conocimiento. Si se quiere conocer la constante á la cual se reducen las transformaciones en el mundo de los cuerpos, se tropieza con dificultades insolubles é indescifrables contradicciones. Imaginarse que un átomo considerado como una pequeña masa indivisible y sin acción emite fuerzas, es un contrasentido. La imposibilidad de comprender la naturaleza de la materia y de la fuerza es uno de los puntos ante los cuales ha de detenerse forzosamente el conocimiento científico. Todo esto tiene necesidad de explicaciones. Supongamos que hayamos llegado al límite de la división mecánica de la materia; pues aún existirán partes más pequeñas, pero indivisibles, que se denominan átomos. En el estado actual de la ciencia es forzoso admitir que hay tantas especies diferentes de átomos como cuerpos simples ó indescomponibles. No es dudoso el admitir que estos átomos no tengan en el sentido propio de la palabra tamaños ó magnitudes imaginarias ó hipotéticas, y la teoría parece conducirnos al principio de que en el mundo corporal las variadas apariencias de la materia no son producidas más que por el juego de una sola y única especie de átomos. En toda

(1) *Tageblatt der Naturforscher-Versammlung*, en Leipzig, 1872, página 12. Este discurso ha sido publicado también por separado.

obra de física ó fisiología se ve que para representar claramente y someter al cálculo las propiedades de los átomos y sus combinaciones químicamente descomponibles, precisa el figurarlos como afectando formas diversas tales como la esférica, cúbica, etc. Es menester además, si se quiere explicar su dependencia mutua y acción recíproca en los cuerpos, imaginar alrededor de cada uno de estos átomos una atmósfera infinitesimal de una materia etérea esparcida por todas partes. Sin embargo, es imposible representarnos ó llegar á comprender el átomo en sí mismo, ó lo que es igual, á formar una idea acabada respecto á la esencia de la materia. Inherentes á los átomos existen fuerzas que producen atracciones y repulsiones; en una palabra, el movimiento. Cuál sea la causa primordial de estos movimientos y cómo su existencia está tan íntimamente ligada y confundida con la de los átomos, son problemas insolubles que nos ofrece el estudio de la materia.»

«Quitemos estas dificultades, dice más adelante Dubois-Raymond, y el cosmos se explica inmediatamente. La misma aparición de la vida sobre la tierra deja de ser incomprendible, porque la vida bajo el punto de vista con que es considerada en las investigaciones de las ciencias naturales, no es otra cosa que una disposición especial de las moléculas en un estado de equilibrio más ó menos estable, una circulación de la materia producida, ya por las fuerzas de tensión que le son propias, ya por el movimiento que del exterior se les comunica. Sería no ver las cosas tal como ellas son juzgar que aquí había algo de sobrenatural.» Tal es el punto sobre el cual han versado las más ardientes discusiones. Explicados todos los estados de equilibrio ó de movimiento del mundo inanimado, lo único inexplicable debe empezar con las causas de la vida. Un fisiólogo de gran saber, A. Fick (1) ha formulado como sigue las consecuencias que esta hipótesis arrastra consigo.

«*La característica* anteriormente definida de estas partes infinitamente pequeñas ¿sigue constante durante su estancia en el organismo? El movimiento de una molécula de oxígeno, por ejemplo, ¿sufrirá en igualdad de circunstancias, tanto en el or-

(1) A. Fick, *Physiologie*, 1860.

ganismo como en el exterior, las influencias y perturbaciones ejercidas por una molécula vecina de hidrógeno?» Responder que no es profesar las teorías vitalistas, es recurrir á fuerzas desconocidas, independientes de la materia, es suponer que una misma molécula puede cambiar de naturaleza, es, finalmente, creer en lo maravilloso.

Pongamos enfrente de esta teoría la teoría física «que en su estado de perfeccion hace de todo fenómeno orgánico un problema de mecánica pura.» Bastará transcribir las palabras verdaderamente imparciales del sabio citado anteriormente: «Yo creo que para demostrar la teoría mecánica de la vida orgánica se necesita probar que todos los movimientos del organismo son producidos por acciones de fuerzas inherentes á los átomos. Asimismo consideraría demostrada la teoría vitalista, si se me convenciese, aún cuando no fuera más que un solo caso particular, de la imposibilidad mecánica de un determinado movimiento observado realmente en el organismo. Convengamos en que hoy por hoy no es posible ninguna de estas pruebas. Sin embargo, en caso de decidirme por una teoría, yo no vacilo en colocarme resueltamente al lado de la teoría mecánica. Ella se recomienda por su mayor verosimilitud y por su sencillez evidente *à priori*; además, los continuados adelantos científicos van demostrándonos su exactitud. Si consideramos, por ejemplo, que ciertos fenómenos, tales como la producción del calor animal, en otro tiempo inexplicable sin la intervención de la fuerza vital, son hoy mirados por los mismos que admiten la hipótesis de dicha fuerza como resultado de otras actividades materiales, *nos vemos casi conducidos á la creencia de que todos los fenómenos de la vida llegarán á ser con el tiempo perfectamente explicables por la teoría mecánica.*

Añadamos para esclarecer más el ejemplo precedente, que la física moderna considera el calor como una especie particular del movimiento. El efecto mecánico de la caída del martillo sobre el yunque no se pierde, sino que se transforma en otro movimiento de los átomos de las partes golpeadas, cuyo movimiento oculto á la vista es, sin embargo, perfectamente sensible en el estado de calor. De la misma manera cuando el oxígeno se introduce en el cuerpo por la respiración y se combina

con ciertos elementos de la sangre faltos del mismo, el movimiento originado puede ser sometido al cálculo; se traduce por la oxidación, la combustión ó la producción de calor animal, y el movimiento de la máquina orgánica es entretenido por dicho fenómeno mecánico y químico. La fisiología moderna, siguiendo esta marcha de aplicación de los principios mecánicos, ha referido á sus verdaderas causas un gran número de fenómenos del organismo. El fantasma de la fuerza vital que reinaba en absoluto para la explicación de las funciones digestivas, que atraía al círculo de su actividad las cavidades glandulares y las fibras musculares y regía los nervios, no sabe hoy día dónde ocultar su inutilidad y su impotencia.

Las investigaciones naturales no temen, pues, hacer entrar á la vida y á los fenómenos vitales en el mundo de lo inteligible. Nuestra vacilación y nuestras dudas empiezan únicamente cuando se trata de definir la fuerza y la materia. Y aún en este asunto estamos mucho más adelantados que Schopenhauer y sus discípulos (los cuales sustituyen á la noción de fuerza la de voluntad), porque nosotros hemos reducido únicamente á sus elementos una porción de fenómenos que sería imposible fuesen explicados por esa palabra incomprensible de voluntad. Vamos más lejos todavía que Hartmann, el filósofo hoy en moda, que por lo que se refiere al mundo orgánico trata de enseñarnos los efectos de lo inconsciente.

Además del anterior límite, Dubois-Raymond señala otro á las investigaciones naturales. «Hay, dice, todavía una cosa que no podemos comprender: tal es la conciencia misma, bajo su forma más sencilla, la sensación del placer y del dolor. No se comprende que moléculas de nitrógeno, oxígeno, hidrógeno y fósforo puedan ser afectadas por tal ó cual de sus diversas maneras de agregación estable ó de movimiento. Aquí encontramos, por tanto, el otro límite del conocimiento natural. La misma superior inteligencia, imaginada por Laplace, no podría franquearle: con mayor motivo sería para ello impotente la nuestra. Bien mirado, quizá este límite y el anteriormente referido se confunden en uno solo. Imposible es decidirlo.» En estas últimas palabras se encuentra, como se ve, indicada la posibilidad de que la conciencia sea un atributo de la mate-

ria ó inherente á la naturaleza esencial de los átomos. A este propósito añadiremos que recientemente se han hecho muchas tentativas para generalizar el fenómeno de la sensacion y presentarle como propiedad universal de la materia: tal es la idea que guió á Zœlluer en su obra sobre la naturaleza de los cometas, que tanta impresion ha producido en el mundo científico. Este filósofo piensa que si el hombre estuviese dotado de un oido bastante fino para percibir los movimientos moleculares en un cristal y observar los que haría nacer una accion mecánica que tuviese por objeto deteriorar más ó ménos el mismo, no podría negarse de una manera absoluta que los movimientos así producidos dejarían de coincidir con sensaciones simultáneas.

Parece, pues, en vista de lo que antecede que es preciso renunciar á comprender el fenómeno de la sensacion en los organismos, ó necesario el forjar una nueva hipótesis, añadir otra propiedad al número de las ya consignadas á la naturaleza y explicar por la sensacion los fenómenos más sencillos y elementales. Esta última suposicion, juzgada á primera vista, no satisface por el temor de que, siguiéndola, pudiéramos ser arrastrados á vanas é ilusorias especulaciones; pero si examinamos los diversos organismos y descendemos en la escala de los séres, quizá encontremos en tal exámen motivos que nos hagan cambiar de juicio. En efecto, en el hombre y los animales superiores, el placer y la pena se expresan de tal manera que revelan una conciencia más elevada; mas por lo que respecta á los séres de protoplasma, en los cuales toda reaccion producida con objeto de obtener una excitacion exterior origina sólo un movimiento apénas sensible, claro es que no puede alegarse ni la conciencia ni la voluntad.

Tratándose de ellos, no cabe (como tenemos costumbre de hacer cuando se trata de animales superiores), separar de las propiedades elementales de la materia la nocion de las sensaciones de placer ó de pena que son la causa de los movimientos (1).

(1) Si se quiese profundizar el estudio del problema de la sensacion considerándola como derivada de una propiedad general primitiva de los

Hace ya muchos años que el malogrado Lázaro Geiger se expresó en este sentido (1): «¿Por qué no podría existir más allá del mundo de los nervios, aunque en escala inferior, una sensación que nosotros no comprendiésemos? No hay motivos para negar que así suceda. Todo cuerpo que produce en nosotros una sensación, se halla constituido por átomos que no sentimos: todo movimiento que perciben nuestros órganos de la vision, está acompañado de ondas luminosas que no vemos: de la misma manera en cualquiera sér de la naturaleza podría producirse una sensación tal, que á nosotros no nos fuera dable percibirla por un movimiento visible que la manifestase y, sin embargo, existiera, ó por lo ménos alguna cosa semejante, aunque mucho más débil y oculta á nuestros ojos.

Reflexiónese que no podemos saber si la piedra que cae experimenta algo ó nada, y por tanto no debemos tener inconveniente en admitir la teoría más verosímil y que mejor explica el conjunto del mundo.»

Hemos cumplido nuestra tarea; hemos señalado los límites de nuestras investigaciones en el dominio de la naturaleza. El mundo orgánico no se presenta ya ante nosotros como un obstáculo invencible. El enigma de esta esfinge no es indecifrible y, una vez resuelto, los secretos de las cosas inanimadas aparecerán ante nuestra vista iluminados con una luz nueva. Pasemos ahora revista á una gran parte de la naturaleza viviente, y este exámen nos conducirá á los mismos resultados que las consideraciones históricas impusieron al filólogo que pronunció estas palabras: «El hombre procede de un animal inferior.»

elementos constituyentes de la materia, aconsejamos que se consulte la interesantísima obra anónima titulada: *Das Unbeconsste von Standpunkt der Physiologie und Descendenztheorie*. (Lo inconsciente bajo el punto de vista de la fisiología y de la teoría de la descendencia). Berlin, 1872.

(1) L. Geiger, *Ueber den Ursprung der Sprache* (Stuttgart, 1869), página 207.

(Se continuará.)





LA CRISIS ⁽¹⁾

SEGUNDA PARTE.

SEÑORES:

No es mi pretension la de presentar el problema de la crisis difinitivamente resuelto. Si he contribuido en algo á su estudio, y si este estudio se hace fructífero cooperando al esclarecimiento de las causas que han ocasionado esta enfermedad social, habré cumplido con mi objeto.

En la sesion pasada indicábamos las causas de la crisis, y por ilacion lógica descendiendo de mayor á menor, veníamos demostrando cómo las causas de un carácter general hacen nacer las causas particulares de las crisis locales, las que por otra parte tambien son, ó mejor dicho pueden ser promovidas por causas puramente naturales. En la sesion pasada hacíamos hincapié en la teoría, nos entreteníamos algun tanto en consideraciones especulativas, y de las apreciaciones de un carácter general descendíamos á las de un carácter particular; ahora, por el contrario, debemos concretarnos en el exámen de la

(1) Véase el núm. 58 correspondiente al 3o de Abril.

crisis económica que sufre España, debemos plantear el problema é indicar los medios para resolverlo, debemos especificar de una manera práctica los remedios que una acertada teoría no puede menos de aconsejar, debemos apuntar las soluciones cuyo resultado sea evitar los efectos de la crisis y terminar nuestro exámen en aquellas medidas de carácter permanente para impedir que se repitan los conflictos y vuelvan á reincidir las causas; pues si sólo consideramos el mal por sus manifestaciones externas; si sólo atendemos á la lesion y no al defecto orgánico que la produce, nada habremos adelantado si existiendo constantemente las causas primeras, tarde ó temprano, vuelven á aparecer los resultados finales.

El otro dia, y en la primera parte de mi trabajo empezábamos señalando las causas morales, seguíamos indicando las causas económicas de carácter general y las especiales de España, y terminábamos en las puramente económicas que en los momentos presentes provocan la crisis; hoy, por el contrario, vamos á entrar de lleno en los medios que han de evitarnos el peligro de aquella y sus terribles consecuencias, el hambre, la miseria y la consiguiente relajacion de los vínculos sociales que nos harían retroceder un gran paso en el camino de la civilizacion.

Es menester que se mire á las cuestiones económicas con algun mayor interes del que generalmente se les presta, es preciso que en cuestion de interes general y público no seamos indiferentes. La atonía individual y el egoismo se pagan muy caros en estos casos, pues nadie puede calcular las consecuencias de la miseria en un país como el nuestro que tiene por naturaleza condiciones de vitalidad y riqueza propias.

En muchos puntos de Aragon, en todo el Maestrazgo, en varias poblaciones de Valencia, se mueren las gentes literalmente de hambre. La langosta lo llevará á Castilla y el phylloxera que entra por el Norte y se sospecha si ha aparecido espontáneamente en Jerez, matará nuestra produccion vinícola. Hay falta de trabajo en los grandes centros fabriles y comerciales y nada puede esperarse de los campos en aquellos puntos donde no ha llovido de una manera suficiente. El mal urge y no queda tiempo para abrir una informacion acerca los

medios de que echar mano para combatirle; si queremos evitar el hambre, las revoluciones y todas las desgracias que pueden sobrevenirnos de las crisis que estamos atravesando debemos instar del Gobierno la pronta adopción de aquellas medidas que hagan frente al peligro que arrecia cada día más, sin perjuicio de preparar para lo sucesivo aquellas otras resoluciones que mejoren nuestra situación económica, de la cual la crisis no es más que un reflejo.

Se ha hablado mucho de la necesidad de abrir una información parlamentaria; pero ahora es algo tarde. Hoy es cuestión de obrar.

Las Sociedades Económicas, las varias corporaciones que en España existen, y cuyo objeto es el fomento de los intereses productores, han elevado sus quejas y han formulado sus peticiones. Esta información debería tenerse preparada de antemano á fin de esclarecer los puntos dudosos, no sea que, llegado el momento de resolver, se encuentre entorpecido quien ha de verificarlo por dudas acerca de intereses contrapuestos. Este inconveniente se hubiera evitado quizás con aquella medida preventiva, que si ahora se adoptara, en vez de ser en el seno de corporaciones interesadas en llegar pronto á un acuerdo definitivo, ocurre en el seno de la representación nacional, donde tantas y tan múltiples cuestiones se debaten, es muy fácil que ántes de adoptar soluciones concretas hubiera emigrado la parte más activa é industriosa de la población española ó la mayoría de labradores y obreros hubieran perecido de hambre cuando llegara la medida salvadora. No faltan corporaciones en que están representadas todas las fuerzas vivas del país, y en cuyas secciones hay personas dignísimas que pudieran haber suministrado luminosísimos dictámenes y proporcionar abundantes datos que pudieran desvirtuar aquellos otros falsos de todo punto, en que se apoyan los que dicen que nuestra industria no decae y que nuestra marina prospera; y de este modo las comisiones que acuden al Gobierno en demanda de auxilios para poner coto al mal estarían armadas de todas armas para oponerse al error, y las soluciones prácticas que propusieran las sociedades especiales ó las instituciones particulares ó los individuos que representan un ramo

particular de la producción, tendrían el prestigio de la teoría científica, á la cual se hubieran ajustado de antemano, y al formular científicamente el principio que se invocara, tendría el apoyo de las experiencias que suministra la práctica.

I.

Cuestion previa. ¿Tiene remedio la crisis? En un país como el nuestro, donde hay elementos de riqueza, pueden resolverse acudiendo á tiempo con medidas que regulen bien la actividad. De momento puede evitar sus funestos efectos el impulso dado á la actividad que proporciona muchos rendimientos en numerario, poniendo capitales en circulación para que el trabajo sea solicitado y poniendo en manos del consumidor medios de que adquiera productos con que satisfacer sus necesidades. Para procurar la saludable circulación del dinero y evitar el recurso eventual de acudir al crédito, no queda más remedio que estimular nuestro comercio, nuestra industria para poder mejorar en lo sucesivo nuestra producción agrícola.

Estas indicaciones ya nos dan la pauta del orden que han de seguir las medidas generales de buen gobierno que atajarán el curso desolador de la anemia social y de la miseria. Diráse que lo más urgente para prevenir el hambre, es salvar la cosecha, y ésta continúa en muy mal estado, efecto de la sequía. Si en la mano del hombre estuviera el hacer llover cuando conviene, lo primero que pediríamos es el agua del cielo para nuestros campos; pero supuesto que es inútil y este defecto no tiene remedio humano, debemos dirigir nuestra atención hácia los que están á nuestro alcance, que aún pueden, si á tiempo se acude, hacer frente á los perjuicios que irroguen los enemigos naturales de la producción y contrabalancear el pernicioso efecto de desgraciadísimas disposiciones económicas.

En la exposición que con motivo de la crisis que afecta á la nación eleva la union de las Corporaciones de Barcelona á las Córtes se propone:

1.º El establecimiento del cabotaje con nuestras colonias y provincias ultramarinas, removiendo por los medios más conducentes y equitativos las dificultades que puedan oponerse á

su realizacion, y haciéndolo fructuoso por medio de tarifas arancelarias para las mercancías extranjeras.

2.º El establecimiento del derecho diferencial de procedencias para todas las banderas, inclusa la española, y del diferencial de bandera respecto á las terceras potencias.

3.º No exigir inmediatamente ni todas á un tiempo las contribuciones ordinarias atrasadas, suavizando el rigor de los apremios y continuando la suspension del reglamento sobre amillaramientos, de 17 de Setiembre de 1876, ínterin se procede á su reforma con arreglo á bases más equitativas.

4.º Revisión de las tarifas y reglamento para la contribucion industrial.

5.º Apertura de obras públicas.

6.º Favorecer por todos los medios la ocupacion de los brazos inactivos.

Y en segundo término:

1.º Denuncia de los tratados de comercio, especialmente el de Bélgica, al objeto de recobrar nuestra completa libertad en materia de aranceles de aduanas, procurando evitar por los medios menos onerosos las rebajas á que se refiere especialmente el art. 3.º del tratado de aquella nacion, de 5 de Junio de 1875.

2.ª Reforma arancelaria bajo la base de: á mayor mano de obra ó coste de produccion mayores derechos, y de tarifas especiales ó bonificacion de un tanto por ciento, para las naciones que nos otorguen el trato de la más favorecida, rigiendo interinamente el arancel de 1869, con las modificaciones favorables posteriormente realizadas.

3.ª Negociacion de tratados de comercio con los Estados del Sur y centro de América y los de Asia.

4.º Facilitar con diligente preferencia la mayor baratura posible en los medios de comunicacion y de transporte.

Aceptando las medidas propuestas, desearíamos empero que se alterase el orden bajo el cual están enumeradas y se especificara la relativa á la reforma arancelaria, que quizas en estos críticos momentos no sería oportuna.

Propónese en primer término el cabotaje con nuestras colonias, y está bien la preferencia, porque es lo primero que sin

demora deberían decretar nuestros gobiernos como medio de salvacion. Por lo que respecta el cabotaje con las islas Filipinas, es recomendable el proyecto del Sr. Bosch y Labrús.

Díce así:

Art. 1.º Las mercancías de cualquiera clase y condicion, producto y procedentes de la Península, no pagarán derecho alguno de arancel á su introduccion en las islas Filipinas, siempre que hayan sido conducidas en bandera española. Igual ventaja obtendrán en España las mercancías producto y procedentes de las islas Filipinas, siempre que sean conducidas en bandera española, con excepcion de los arroces, azúcares y cafés, que seguirán adeudando el mismo derecho que adeudan en la actualidad.

Art. 2.º Las mercancías de procedencia extranjera que se importen de los puntos productores en bandera española en las islas Filipinas pagarán á saber: los hilados y tejidos de todas clases de 25 á 30 por 100, y los demas artículos de 20 á 25 por 100. Las que se importen en bandera extranjera pagarán además un recargo de 10 por 100 sobre el derecho asignado á la bandera española. Igual recargo se impondrá á las procedencias de cualquier otro depósito que no sea punto productor.

Art. 3.º Los derechos se reducirán á una unidad fija por peso ó medida tomando el promedio del valor de los respectivos productos en la Península al pié de la fábrica.

Art. 4.º Para obtener la franquicia de derechos anexa á la bandera española, tanto por lo que respecta á los productos de Filipinas en España como los de España en Filipinas, no podrán los productos respectivos haber sido trasbordados en ningun puerto intermedio.

Art. 5.º El Gobierno de S. M. dictará las necesarias disposiciones para el exacto cumplimiento de esta ley y para evitar en lo posible que á la sombra de la misma pueda ser defraudado el Tesoro público» (1).

(1) En la exposicion de motivos de este proyecto de ley se dice que la necesidad de estrechar entre España y el archipiélago filipino las relaciones mercantiles, únicos lazos de union verdaderamente sólidos y duraderos, á la par que poco costosos, aconsejan una reforma en las leyes aduaneras

No está por demás recordar el proyecto que presentaba el periódico *El Pueblo Español* para favorecer de un modo eficaz la industria y el comercio. Pide: 1.º Crear depósitos en Cádiz y Barcelona para las producciones de nuestras posesiones ultramarinas. 2.º Declarar de cabotaje la navegación de dichas posesiones para los buques nacionales. 3.º Declarar libre la exportación de los depósitos para los puertos extranjeros, y 4.º Rebajar la mitad de los derechos actuales de dichos productos para el consumo en la Península. 5.º Declarar la libre exportación en América y Asia en buques españoles para conducir á los depósitos de Cádiz y Barcelona, de los artículos siguientes: Abacá torcido y en rama, algodón, almáciga, con-

que allí rigen, al igual que las que rigen en España respecto al archipiélago. El establecimiento del comercio de cabotaje entre aquellas provincias y las demás de la Península y de unos derechos suficientes respecto á los productos de producción extranjera mayores ó menores según la bandera en que fueren importados, á la par que contribuiría al desarrollo de la industria y agricultura de ambos países, sería un derrotero nuevo para nuestra abatida marina y un mercado importantísimo para el comercio español.

Por otra parte, y gracias á la circunstancia de producirse abundantemente en Filipinas varias materias textiles, entre ellas el abacá y el magüey que puede sustituir con ventaja al yute, la naciente industria de hilazas para soguería que hoy emplea esta última materia recibéndola de Inglaterra, emplearía con mayor beneficio contribuyendo por lo tanto á su fomento y desarrollo las materias textiles de Filipinas que cargarían de retorno y á un flete módico los buques de nuestra marina que llevaran productos españoles á aquellas remotas playas.

Triste es que la situación de nuestra Hacienda no permita hacer extensiva desde luego la consideración del cabotaje á todos los productos de aquellas islas. Las ventajas, no obstante, serán siempre de gran importancia pues los artículos exceptuados quedan reducidos al azúcar, al arroz y al café.

El tesoro filipino nada perdería tampoco con la adopción de este proyecto. Si bien es verdad que con el aumento que se propone en los derechos de los productos de procedencia extranjera, la industria española podría surtir una parte de aquel mercado, como quiera que ésta no es probable excediera ni aún llegara á una tercera parte, los derechos que percibiría dicho tesoro por las dos terceras partes restantes importaría una cantidad mucho mayor de la que hoy recauda por aduanas, contribución al fin y al cabo la menos onerosa para el contribuyente y la más fácil de recaudar.

Y finalmente, la adopción de este proyecto, favoreciendo la introducción en aquellas islas de productos españoles y facilitando por tanto salida á las enormes existencias de géneros manufacturados de que están las fábricas atestadas, contribuiría á mitigar en parte la desoladora crisis que hoy atraviesan la industria, el comercio y la marina de nuestra patria.»

cha, perla, cacao, café, tabaco, azúcares, hasta el núm. 12, maderas preciosas y de construcción.

Todos estos proyectos no sólo tienden á mejorar el comercio, sino que apoyan á la industria y alientan á la agricultura; pero en todos ellos debería pedirse con la más viva insistencia la persecución del contrabando y señalar los medios que más pronta y enérgicamente le proscibirían de nuestro suelo.

Cada día se siente más viva la competencia de las industrias extranjeras, especialmente la inglesa, cada día más restringida en sus mercados y cada vez más intensa en los que no saben desprenderse de su influjo. Cada día entran más artículos sin pagar derechos, artículos que proceden de los depósitos de Londres, de Liverpool y de Marsella y cuya introducción fraudulenta hace inútil de todo punto y desvirtúa completamente lo que con un fin protector dispone la legislación arancelaria. Por este motivo nuestros fabricantes se encuentran sin pedidos y nuestros buques carecen de retornos en sus viajes de Cuba y Puerto-Rico dados los subidos derechos del azúcar colonial, el gran número de sacos que entran de contrabando, mucho mayor en cantidad al que proporciona la escasa producción peninsular (1).

El contrabando se está haciendo por el Valle de Andorra, por el de Arán, por Irún y demás aduanas de las fronteras y sobre todo desde Gibraltar por el campo de San Roque. Ahora bien, para impedir este escandaloso fraude, que con notable menoscabo de nuestros rendimientos públicos se practica principalmente en Gibraltar, debemos reclamar de Inglaterra que adopte justas medidas, pero de una manera pronta, y sin dilaciones que sabrá interponer aquella nación so color de que merece detenido estudio y maduro exámen, compelerle á que plantee de momento aquella ordenanza que debía hacer de esta plaza una verdadera colonia inglesa en vez de un nido de grandes contrabandistas. Debe pedirse á nuestro Gobierno la

(1) Bueno es recordar aquí, ya que de azúcares hablamos, que si continúan tan elevados los derechos á la exportación de las Antillas y á la importación á la Península, además del transitorio y recargo municipal sobre este dulce, muy pronto los cubanos se surtirán de harinas de Norte América en justa recíproca, con lo cual la agricultura española quedará notablemente perjudicada.

pronta rectificacion del límite de las aguas jurisdiccionales del Peñon y la demarcacion exacta por medio de boyas flotantes para evitar las intrusiones presentes y prevenir las reclamaciones futuras y vigilar atentamente la navegacion de las embarcaciones que atraviesan la bahía.

Hemos de recobrar á Gibraltar ó poner coto al tráfico que allí se hace, y ya es cuestion de honra nacional que esto concluya, pues, como ha dicho un ilustre orador, no puede vivir en paz un pueblo susceptible como el nuestro miéntras tenga esa sombra en la frente, esa herida en el corazon y esa afrenta en el alma (1).

Sensible es decirlo, pero hay quien asegura que es inevitable el contrabando miéntras existan derechos protectores tan subidos, los cuales son, al parecer, su verdadera y única causa; pero si para evitarlo ha de ser peor el remedio que la enfermedad, levantando prohibiciones y rebajando derechos protectores, vale más continuar como hasta el presente. Así podría contestarse á los libre-cambistas que confunden la ocasion con las causas productoras del fraude, entre las que podríamos señalar, sin temor de equivocarnos, la falta de disposiciones protectoras y la situacion económica del país, merced á las que lejos de favorecer constantemente al comercio de buena fe, se le persigue de tal modo y están en tal manera combinadas las leyes de Hacienda que no es posible comerciar con tantas trabas y con tantas gabelas, miéntras los Gobiernos no persiguen como debieran el fraude, que hace una competencia insostenible *al honrado y lícito comercio*.

Si nuestro país estuviera en otras condiciones, si pudiéramos con ventaja exportar á los mercados extranjeros nuestros artefactos y nuestras manufacturas, si nuestra industria vinícola fuera en mucho superior á la francesa, y si hubiésemos olvidado que la agricultura, la industria y el cómercio mutuamente se sostienen y apoyan guiados por un interes puramente egoista, el comercio español hubiera solicitado el libre cambio, y de esta manera con ménos trabas pudiera desenvolverse en mayor escala; pero con este criterio egoista, á la fin y á la pos-

(1) Castelar. Discurso del 28 de Febrero.

tre hubiera hallado el correctivo, pues perjudicando á la industria se hubiera encontrado sin productos elaborados que exportar, y hubiera debido concretarse á los agrícolas.

Si bien para la resolución de los problemas económicos débense tener en cuenta las anomalías, no por esto débense juzgar sus efectos ni apreciar sus relaciones con el mismo criterio con que se aprecian los hechos normales. Si bien una medida económica acertada puede promover un régimen que sea ocasionado al contrabando, no por ello debe rechazarse la acertada medida económica cuyas ventajas contrabalanceen los inconvenientes, ante las cuales no debe retroceder un científico convencido de la excelencia de sus doctrinas, ni un hombre de Estado en la confianza de que obedecen á un ideal de justicia.

Los ingleses han sentado como un hecho fundamental que un impuesto de un 60 por 100 sobre cualquier artículo de consumo general no puede ménos de crear el contrabando; lo cual, aunque sea cierto, no impide que existiendo tan elevados derechos protectores, puédase perseguir el fraude y aplicar todo el rigor de la ley á quien lo verifique. Cuando se implantó un régimen muy protector en los Estados-Unidos años atrás, tomó el contrabando proporciones colosales, mas no por esto cambió el sistema el gobierno de aquella nación; ántes por el contrario, firme en sus resoluciones, acudió á grandes remedios para hacer frente á grandes males. Persiguió incansablemente el fraude y conservó el llamado servicio secreto, creado durante la guerra civil, haciendo que le prestaran individuos de todas clases y condiciones, especialmente los comerciantes é industriales é individuos de aquellas clases á quienes más directamente interesaba su extincion. Si bien ésta no se alcanzó por completo, el fraude disminuyó notablemente hasta perder su importancia.

«El país, que creía en la eficacia de las medidas protectoras y que comprendía que la proteccion sin la represion severa del contrabando era proteccion á medias, dió por fin un veredicto general á favor de las aduanas» (1).

(1) Farzinski, *Cartas sobre la industria española*.

Ello es que, á pesar de los crecidos derechos y de los pingües beneficios que en otros países proporcionaba el fraude, cuando se ha querido evitar se ha evitado. Si los libre-cambistas quieren colocarnos en la terrible alternativa del libre cambio ó el contrabando, la prudencia de todos los productores y del Gobierno español está en saber eludir el dilema optando por la proteccion, pero sabiendo reprimir con mano firme á los que para apoyar sus teorías no reparan en acudir á todos los medios, hasta los que la ley reprueba, y que influyen perjudicialmente en el bienestar de una nacion. Está interesado en proscribir el comercio ilícito, así el patriotismo de los españoles, como la estabilidad de los Gobiernos; hay que abandonar el régimen de perseguirle con piés de plomo. En circunstancias extremas es cuando los pueblos deben adoptar medidas extremas; y si en circunstancias críticas en que conviene fomentar la produccion nacional y salvarla del peligro que corre, debe rechazarse toda procedencia extranjera, con mucho mayor motivo debe desecharse cuando no se introduce en nuestro territorio con arreglo á los trámites que la ley tiene establecidos.

II.

Cuando hay falta de consumo, no queda otro recurso que buscar nuevos mercados, y si no bastan los nacionales, viene obligada la competencia extranjera. Desgraciadamente lucharíamos con grandísima desventaja, si pretendiéramos invadir con nuestras manufacturas los mercados extranjeros: desde luégo que los géneros extranjeros luchan hasta con ventaja sobre los nuestros en los mercados propios; desgraciadamente un aumento de derechos de importacion no podría facilitar el consumo, ni éste el camino para impedir el fraude; desgraciadamente tambien los ingleses y norte-americanos mantienen un activo comercio con nuestras posesiones ultramarinas y les surten de toda clase de artefactos, y ya ha llegado el caso de procurar, por todos los medios posibles, que nuestra exportacion aumente en aquellos puertos, y cese la que de antiguo

viene haciéndose en bandera extranjera ó la de productos de otros países en bandera española.

El medio de obtener fácil salida para nuestros productos industriales y agrícolas y una buena colocacion en las islas Filipinas, en Cuba y Puerto-Rico, es la declaracion de cabotaje del comercio que se verifique entre la Península y aquellos puntos, al mismo tiempo que la tácita prohibicion de que allí vayan artículos extranjeros.

¿Es justo que miéntras á nosotros nos sobran artículos manufacturados, miéntras gran parte de nuestros productos agrícolas reclaman una salida fácil y provechosa, los habitantes de aquellas provincias y los pobladores de las colonias hayan de surtirse de artículos extranjeros? ¿Por qué razon no hemos de enviar nuestros tejidos, nuestras harinas á Cuba y Puerto-Rico á cambio de sus azúcares y cafés? ¿Por qué no han de recibir las Filipinas nuestros caldos, frutos y manufacturas á cambio de yute, magüey, lino, maderas y otros artículos que pueden mantener un activísimo comêrcio? (1).

El establecimiento del cabotaje con nuestras colonias y provincias ultramarinas, removiendo por los medios más conducentes y equitativos las dificultades que puedan oponerse á su realizacion, y haciéndolo fructuoso por medio de tarifas arancelarias para las mercancías extranjeras, si bien parece presentar un inconveniente positivo, la menor recaudacion en las aduanas de la Península y de Ultramar, no lo implica en realidad, pues aumentando como aumentaría considerablemente el tráfico, sería mayor el rendimiento de este impuesto aún cuando fuese menor la cuota, amén de que los derechos de carga y descarga de los buques producirían rendimientos de mayor consideracion. Mas si el tráfico no fuere suficiente para compensar con sus rendimientos los perjuicios que de ello pudieren resultar al Erario, siempre quedan las siguientes medidas, que nivelarían este presupuesto parcial y aumenta-

(1) Los buques que trasportarían á las Filipinas nuestros artefactos podrían aprovechar los retornos cargando arroz con cáscara, abundante en aquellas regiones, pudiendo descascarillarlo aquí, como hacen los ingleses con el de la India, dando de esta manera trabajo á muchos brazos y proporcionando fletes á los buques.

rían su cuota de ingresos: 1.º La formalización de un arancel para las mercancías extranjeras sobre la base del de la isla de Cuba, aumentados todos sus derechos de un 25 por 100 sobre su importe actual, suprimiendo los equívocos y ambigüedades que contiene y que dificultan la recta y única aplicación del arancel. 2.º Hacer extensivo este arancel á todas las provincias y posesiones españolas de Ultramar. 3.º Establecer un impuesto transitorio reductible, pero módico, sobre vinos, aguardientes, arroces, almendras, avellanas, licores, naipes, azúcares, cafés, cacao, rom, abacá, yute, tabacos de producción española exigible á su entrada respectiva en la Península y sus provincias ultramarinas, extensivo igualmente á los extranjeros. 4.º Continuar cobrando el derecho de exportación; pero convirtiéndolo en reductible y transitorio sobre todos los productos nacionales á su despacho con destino al extranjero hasta 3 por 100 *ad valorem*.

Entre las ventajas que resultarán necesariamente de esta medida puede mencionarse: 1.ª Dar salida inmediata para nuestras posesiones ultramarinas á los productos estancados de nuestra industria y agricultura. 2.ª Proporcionar fletes de ida y vuelta á nuestras naves. Con esto se proporciona ocupación á miles de brazos, ingresos al Erario, se hace fructuosa la inversión de capitales en la industria, comercio y agricultura, hoy distraídos en gran parte en operaciones de Bolsa, se puede evitar el hambre que nos amenaza y se fomenta el comercio de larga travesía, que es el que está imposibilitado de hacer el contrabando. Pero hay además de estas ventajas que resultan de tales medidas que han de estrechar más y más los vínculos de la Península con las provincias de Ultramar y que han de imposibilitar para lo futuro las insurrecciones que tanta sangre y dinero cuestan, la de evitar que los Estados Unidos reclamen la rebaja de derechos hasta el tipo de los exigidos á nuestros artículos que serán de cabotaje, el que se reservan todas las naciones, así como nos da derecho á reclamar de los Estados antedichos la rebaja del 10 por 100 que cobran á las mercancías en bandera española más que á otra nación alguna.

El establecimiento del derecho diferencial de procedencia

para todas las banderas, inclusa la española, y del diferencial de bandera para las terceras potencias, puede verificarse declarando por nota en los aranceles que toda mercancía que proceda de punto, su productor pague á su introduccion en España el derecho marcado en el arancel y además un 30 por 100 del mismo derecho, á excepcion del algodón en rama que puede pagar por ejemplo 7 pesetas los 100 kilos.

Abacá, magüey, etc., puede pagar la misma diferencia de derecho.

Sebo, cenizas, despojos, petróleo, maderas de todas clases, igual diferencia.

Y declarar por otra nota que cuando una mercancía proceda de punto protector en bandera extranjera, diferente á la de la nacion á que pertenezca aquel punto, pagará el derecho de arancel con más un 25 por 100 de éste, sin perjuicio de los demas recargos por diferencia de procedencia transitorios, etc.

Este último derecho podrá suprimirse en favor de la nacion que nos otorgue la exacta recíproca, pero el diferencial de procedencia es irrevocable.

Los pequeños inconvenientes que pueden resultar de la adopcion de estas medidas, no compensan las grandiosísimas ventajas que con ello resultan. Dificúltase en parte el comercio entre España y Gibraltar, Marsella, Liverpool, Lóndres, Portugal y ocasiónase un ligerísimo aumento en los fletes de algunos artículos.

En cambio, dificultase el contrabando que habría de ser la más grave preocupacion de nuestros gobiernos, se proporcionan mayores recursos al Erario, se estimula el comercio de altura dando seguridad á los capitales que en él se emplean, y se obliga á las naciones del Centro y Sud América y del Asia á pactar expresamente con nosotros por el beneficio que reportaremos introduciendo en ellas con derechos módicos, caldos, frutos y manufacturas nacionales, y tomándoles en cambio, favorecidos, tambien por derechos módicos, algodones, carnes, cacao, cafés, cueros y otros artículos, evitando por este medio que en la República Argentina aumenten, como han verificado ya, un 25 por 100 á nuestros vinos, que en la república oriental del Uruguay se realice la amenaza del aumento de una sex-

ta parte próximamente á la introduccion de nuestros artículos, que en el Brasil continúen subiendo los exorbitantes derechos á los mismos, etc., etc. En cuanto á los beneficios que puede proporcionarnos el restablecimiento del derecho diferencial de bandera, son harto conocidos; la enumeracion de los perjuicios que con su supresion se han originado, no hay más que preguntarlo á nuestro comercio, perjuicios son estos que ya los presentía el comercio de Barcelona en 1866, dos años ántes del decreto que le suprimió: no hay más que leer las exposiciones que elevaron las casas navieras de Barcelona, especialmente la casa de D. Pablo María Tintoré y compañía, para convencerse de ello.

Cuando en 1868 por un decreto *ab-irato* se suprimió el derecho diferencial de bandera, no se tuvo en cuenta los males que causaba á la navegacion; si se hubiese tratado de establecerlo, sin duda se excusaran los altos centros administrativos diciendo que era necesario maduro exámen, se hubiera consultado á todos los centros directivos, se hubieran pedido informes á las instituciones económicas, á todas las casas importantes españolas y hasta me atreveré á decir á alguna casa extranjera y á la embajada inglesa. A nadie se atendió cuando se trató de suprimirlo.

La denuncia de los tratados de comercio, en mi sentir, debe seguir inmediatamente despues de las anteriores medidas. Bélgica y Austria-Hungría nos imposibilitan atender á las necesidades del momento en el interior, arbitrando recursos instantáneos por medio del aumento de los derechos de importacion.

Otra medida señalamos como de toda necesidad, y es la que implica el cumplimiento de la solemne promesa hecha al comercio marítimo de que no se establecería otro impuesto que el único de descarga y viajeros, en que se refundieron en 22 de Noviembre de 1868 los antiguos derechos de faros, fondeaderos, carga, descarga, entrada sanitaria y algun otro, quedando, por lo tanto, suprimido para los buques el derecho de carga y policía naval.

Otra medida para proteger nuestro tráfico con las provincias españolas de Ultramar, es la de hacer extensivo lo dispuesto

en el párrafo 2.º de la nota 3.ª del arancel vigente á las mercancías de las provincias españolas de América, así como las expediciones desde España á Filipinas y á nuestras Antillas, las cuales podrán ser conducidas en buque español que lleve ó traiga otras extranjeras tomadas en puertos de los Estados-Unidos y de las repúblicas del Centro y Sud de América, sin perder el derecho al beneficio de la disposición 8.ª las que en ella vengan comprendidas, ni la nacionalidad las que no lo disfruten, siempre que se justifique ésta y su embarque con certificado de las aduanas de España y de nuestras provincias de allende el mar. De esta manera, un buque con parte de cargo producto y procedente de cualquier nacion americana que despues cargue azúcar en la isla de Cuba y pase finalmente á completar su cargamento á los Estados-Unidos ú á otra nacion americana, puede pagar los derechos como si el azúcar conservara su nacionalidad española, y el algodón y el primer artículo cargado su nacionalidad y procedencia directa y viceversa.

Conviene tambien proceder á la denuncia de los tratados de comercio (1), especialmente el de Bélgica, al objeto de recobrar nuestra completa libertad en materia de aranceles de Aduanas, procurando evitar por los medios ménos onerosos las rebajas á que se refiere especialmente el art. 30 del tratado con aquella nacion de 5 de Junio de 1875. Muchas son las trabas que nos imponen, particularmente este último, cuyo art. 17 dice así: «Habiendo aplicado Bélgica á España el beneficio de sus tarifas convencionales con las otras potencias, se conviene por reciprocidad que el arancel de Aduanas promulgado por decreto de 12 de Julio de 1869, del que se une un ejemplar al presente

(1) Tan pronto como el Gobierno provisional que en 1868 rigió los destinos del país hubo suprimido el derecho diferencial de bandera, propúsose completar la reforma emprendida y pidió á las naciones de Europa que, á cambio de las ventajas que espontáneamente había dispensado España al comercio extranjero, concediesen al nuestro en sus puertos otras que les permitiesen concurrir á ellos con igualdad de condiciones, y propuso á este objeto la celebracion de tratados especiales. A tal propuesta accedieron los Gobiernos de Bélgica, Italia, y Austria-Hungría, y en 12 y en 22 de Febrero y en 22 de Marzo 1870 nuestros plenipotenciarios, junto con los representantes de aquellas potencias, firmaron respectivamente los tratados en cuestion.

tratado, será considerado como parte integrante del mismo y tendrá igual fuerza y valor.»

Lo propio viene á decirse, aunque no en idénticas palabras, en el artículo único adicional del tratado con Italia y en el artículo 2.º del protocolo final anexo al tratado con Austria-Hungría. Miéntras subsistan los tratados referidos ha de subsistir el arancel actual. «Hora es ya de que España legisle, no cual cuadra al interes de los extranjeros, sino al suyo propio» (1).

Tambien se indica en la exposicion citada la necesidad de celebrar tratados con las naciones de Centro y Sud de América, para la rebaja de derechos sobre diversos artículos de procedencia española. Pueblan el territorio de las repúblicas de Sud América millones de hombres de nuestra raza que hablan nuestro idioma, y cuyas costumbres, manera de ser, gustos é inclinaciones todas aseméjase á las nuestras en cuanto es dable.

En los mercados de estos pueblos solicítanse los productos naturales de nuestro suelo y los artefactos de nuestra industria, hallando en ellos fácil salida los géneros que nuestros buques conducen. Acontece, no obstante, que no importamos todas las mercancías que podríamos, porque algunas de ellas, como los aceites, los vinos y otros igualmente importantes, pagan en aquellas plazas derechos excesivos, cuya disminucion debería procurarse á toda costa para asegurar al comercio español y á la marina los beneficios cuantiosos que resultan del tráfico con aquellos pueblos; y finalmente debemos celebrar tratados comerciales con las repúblicas del Pacífico para que vuelvan á abrirnos sus puertos, cesando el estado de hostilidad sorda en que con ellas vivimos. Sería muy útil además que se estudiara la conveniencia de admitir en nuestras colonias de las Antillas las mercaderías procedentes de los puertos de las repúblicas americanas y en buques de las mismas conducidos, dispensándoles las ventajas que en aquellos países obtuvieran los géneros importados por nuestra marina.

Con estas medidas, persiguiendo tenazmente el contraban-

(1) Memoria sobre la marina mercante, por D. Pedro Nanot Renart.

do, reformando los reglamentos y tarifas de la contribucion industrial, y quitando estas excesivas facultades de los interventores é impidiendo que la Administracion económica sea juez y parte á la vez y facilitando de una manera suma los medios de transporte para que pueda verificarse con desahogo el comercio interior, se reanimaría nuestro tráfico, se exportarían nuestros productos agrícolas y manufacturados y resolveríamos la crisis.

Diremos algo de las causas naturales para pasar inmediatamente á las de un carácter moral. Para salvarnos de la invasion del *Phylloxera*, el Instituto Agrícola catalan de San Isidro, esta institucion que vela constantemente por los intereses de la agricultura, recomienda que los dueños de viñedos se abstengan en absoluto de comprar sarmientos de origen desconocido ó sospechoso, verificando en lo sucesivo las plantaciones con vides del país. 2.º Que los agricultores cesen, hasta nuevo aviso, de comprar árboles en los viveros que se hayan establecido con plantas de procedencias extranjeras. 3.º Que se denuncien á la autoridad competente todas las plantaciones de vides extranjeras verificadas de siete años á esta parte en nuestro territorio, para que sean reconocidas por las comisiones facultativas que al efecto se nombren, con el objeto de descubrir la plaga si existiera. 4.º Que se arranquen y quemem todas las parras y vides cultivadas y silvestres existentes en toda la region alpina de la cordillera pirenaica. Y 5.º Que los propietarios reconozcan personalmente, desde el próximo Mayo, todas sus fincas; y si encuentran alguna mancha sospechosa, algun rodal de vides que, sin causa justificada, sufra enfermedad desconocida, denuncien el mal para que las personas peritas puedan estudiarlo y proponer lo más conveniente á la causa comun.

La ciencia no conoce hasta el presente cuál es el insecticida que ha de acabar con el *Phylloxera*; entre tanto, los medios más prudentes y acertados son los que indica el Instituto; pero no bastarán sin duda para atajar sus medros. Algunos autores suponen que en ciertas zonas no puede vivir el terrible insecto,

que necesita un ambiente muy templado; pero, según últimas noticias, ya ha aparecido en Jerez. Tampoco hay que tener confianza en impedir su introducción en España, arrancando los viñedos próximos á la frontera en una zona de diez ó más kilómetros de ancho, medida que alguno ha propuesto, pero que consideramos inútil, pues aún cuando se dice que el devastador insecto no puede trasladarse á más distancia de diez kilómetros, y que si no encuentra viñas al caer al suelo muere de hambre, esto no impide que el viento, las aves, sean medios de locomoción (1) que le permitan atravesar grandes distancias en poco tiempo, y poder caer sobre nuestros viñedos. En Prada se ha introducido por medio de piés de rosales traídos de puntos infestados, y según rumores, no se sabe cómo ha aparecido en algunos pueblos de la provincia de Gerona. Y como cuando aparece una plaga vienen todas juntas, después del *Phylloxera* influirá notablemente sobre nuestra triste situación agrícola la langosta. Debemos, pues, darnos prisa en abrir nuevos horizontes en el campo de la industria y del comercio, pues el porvenir de nuestra agricultura no puede ser más triste, y depende en gran parte de causas ajenas á nuestra voluntad; justo es que en aquellas que de nosotros dependen hagamos cuanto esté de nuestra parte. La miseria, el hambre vienen obligados; no hay más refugio que en la industria y el comercio, si queremos evitar aquellas calamidades (2).

La falta de lluvias también contribuye á agravar más y más la situación del agricultor. El remedio contra las futuras sequías (si aún es tiempo de aplicarlo) consiste en prohibir completamente la tala de nuestros bosques y la corta de árboles; y 2.º La plantación inmediata de los mismos. Si no lo hace-

(1) Sobre los medios de dispersión de ciertos gérmenes, véase Darwin, *Origen de las especies*, pág. 246, edición española, Perojo hermanos, Madrid, y *Viaje á bordo del navío Beagle*.

(2) De España se ha dicho que no tiene derecho á ser el granero de Europa, pero sí la bodega más rica del universo. Francia pierde ya 20.000.000 de duros anuales de renta, y espera aterrada el día en que desaparecerá por completo su más saneada producción. ¿Qué será de la pobre España—dice la proclama del Instituto catalán de San Isidro,—el día que vea destruido el precioso arbusto que es la más profunda base de su producción agrícola y de su riqueza nacional?

mos, será porque no nos falten páramos y terrenos incultos. Existen en España terrenos donde pueden plantarse bosques, gran parte de los cuales fueron cortados en la época de la reconquista. Entre las ventajas incontestables que tienen los bosques, pueden citarse la precipitación lenta y frecuente del agua de las nubes, en lugar de estos verdaderos diluvios ántes desconocidos en nuestras latitudes, que generalmente vienen después de largo tiempo de sequedad, y que encontrando la tierra endurecida convierten en devastadores elementos los torrentes, las ramblas y las rieras. Además, con la humedad que producen los bosques, la tierra está siempre en condiciones de retener una grandísima parte del agua que en ella cae, y aún en el caso de una sequía pertinaz, que todo puede suceder, de vez en cuando, es tal la cantidad de agua almacenada por la filtración en el terreno, que es casi imposible el agotamiento en los manantiales y pozos, y la desecación de los rios.

Una sequía da por resultado una mala cosecha, y ésta no sólo daña al labrador perjudicado, sino que hiere al crédito territorial y á la situación económica de toda la nación que ha de ir en busca de productos agrícolas extranjeros, lo cual implica una balanza contraria, pues éstos se pagan muy caros y fomentan una producción que no es la nacional. Además, las malas cosechas dejan gran número de brazos sin trabajo é impiden el regular cobro de los impuestos.

III.

Después de las medidas inmediatas que dejo consignadas, siguen las que tienden á mejorar nuestra situación económica, á fin de impedir que la crisis brote con más fuerza en los años sucesivos. Además de las obras de canalización é irrigación que han de acabar con nuestros eriales, además de la plantación de bosques, además de las medidas enérgicas y prontas para acabar con la langosta que existe en Ciudad-Real, en Badajoz, en Jaen, en Sevilla, en Huelva y en otros puntos, además del nombramiento de una comisión científica para estudiar los medios de exterminar un insecto cuya invasión representaría para España una pérdida de dos mil ochocientos millones de

reales cada año (1), conviene alentar la mano de obra, la actividad industrial, pues los brazos que no puedan empuñar el azadon empuñen la lanzadera ó el timon del buque; de otro modo, no hay remedio, empuñarán el arma fratricida.

Declarado el cabotaje, y con el diferencial de procedencia y con derechos protectores para salvar las industrias laneras, de metales obrados y otras que están sucumbiendo, sostendremos nuestras manufacturas y reanimaremos nuestro comercio; pero debemos ya prepararnos inmediatamente á buscar nuevos empleos á nuestra actividad.

Permítaseme hacer algunas indicaciones que para este objeto conviene tener muy presentes.

Hay una industria que proporcionaría ocupacion á muchos brazos; tal es la elaboracion de los tabacos. Debería prohibirse la exportacion de este artículo en rama desde nuestras Antillas, permitiéndolo únicamente para la Península. En un periódico de los Estados-Unidos, *Las Novedades* de Nueva-York, se nos aconseja impedir la exportacion, fomentar por todos los medios posibles las relaciones comerciales de todo género entre Cuba y la Península aún cuando sea preciso declarar el comercio de cabotaje, dice aquel periódico, y procurar el inmediato desestanco del tabaco en la Península, sustituyendo lo que hoy produce el monopolio con otro impuesto más científico y conveniente.» Debemos evitar á toda costa que los Estados de la Union americana se apoderen de esta industria que ha de ser exclusivamente peninsular; debemos establecer aquí las grandes manufacturas de tabaco que se produce en la Isla de Cuba, porque la manufactura, la mano de obra es lo que da la riqueza, no es la primera materia, no es la produccion agrícola; y España, mal que les pese á los que dicen ha de ser exclusivamente agrícola, sin perjuicio de fomentar esta produccion, ha de ser potencia manufacturera, so pena de sucumbir en la lucha por la existencia de las naciones

(1) Se calcula que España produce 30.000.000 de hectólitros de vino, aunque el precio y valor del hectólitro varía mucho, porque hay localidades en que se tira el vino del anterior para encerrar el nuevo, otras en que se vende esta medida por 30 reales, otras hay en que no vale ménos de 400 pesetas.—Véase *El Comercio de Barcelona* del dia 16 de Abril de 1878.

porque nuestra época así lo reclama, y la civilización moderna apoyada y sostenida en un pié industrial así lo exige. Hoy los pueblos industriales y mercantiles son los que dominan al mundo, y los pueblos que no montan el carro de la civilización perecen aplastados bajo sus ruedas.

Aprovechémonos de las primeras materias que produce el suelo de la Península y de las provincias ultramarinas, hasta de las primeras materias que produce el suelo de las naciones extranjeras para devolverlas los productos elaborados, que sólo de esta manera será favorabilísima nuestra balanza de comercio.

Es de todo punto conveniente que se procure introducir en España todas las industrias que faltan y tienen razón de ser en determinadas comarcas, ofreciendo ventajas, honores y distinciones á cuantos vengan á establecerlas, teniendo en cuenta su importancia y las diversas localidades que más facilidad ofrezcan para implantarlas. Deberían establecerse fábricas de fácil instalación de artículos tales como relojes, bisutería y sobre todo objetos artísticos, pues nuestro fuerte (y en esto pocos pueblos nos podrán hacer una competencia formal) ha de ser el de artículos de aplicación del arte á la industria.

Hay que establecer en Valencia hilaturas de seda y fábricas de felpas para sombreros, sin olvidar otras telas más ricas y de más consumo. En Aragon y en Castilla debería haber grandes hilaturas de lana, aprovechando sus magníficos saltos de agua y fomentando la ganadería, especialmente la raza merina.

Supuesto que tenemos hierros y carbones, no exportemos ni un ápice al extranjero: en todo caso carguemos con fuertes derechos la exportación de aquellos minerales y la importación de máquinas, prohibiendo terminantemente la entrada de aquellas cuya clase idéntica produzcan nuestros talleres. Pónganse altos hornos y fundiciones en Cataluña y en algunos puntos de Asturias y Provincias Vascongadas, prohíbase en absoluto por algun tiempo el recibir del extranjero el material fijo y móvil de los ferro-carriles y tramvías, no concediéndose permiso para establecer nueva vía pública alguna sin que todo sea español. Confíese á la industria particular los arsenales del

Estado, pues este no debe ser industrial. Es preciso que los fabricantes en general consuman el mineral español y que tengan muy presente, que si abandonan á las demas fuerzas de la produccion y no las protegen, las demas fuentes de la produccion española les abandonarán á ellos.

Empecemos, si queremos ser buenos españoles, por consumir preferentemente artículos españoles y proteger el trabajo nacional, que si no encuentra estímulo en el mismo seno donde se produce, jamás podrá competir con el extranjero. Por fin hemos reconocido la necesidad de emanciparnos de Francia, de Inglaterra y de otros países, y ya ha llegado la hora de que esta emancipacion se haga efectiva por medio de una próspera industria nacional y... debemos tener ciencia española como tenemos literatura española y teatro español. Si en la época moderna no convienen las antiguas escuelas de arte español, foméntense las modernas, y créense nuevas, que no nos falta espíritu de inventiva. No se vean más en nuestras mesas ni los books de la amarga cerveza, ni las botellas del flojo Rhin, ni el cacareado Champagne, que léjos de atesorar la fuerza y vigor del sol que fecunda las viñas de nuestra tierra, no parece tener otro espíritu que el de la especulacion francesa, de tal manera se evapora apénas se derrama en la ancha copa, mejor empleada en servir rico Jerez, el Málaga ó nuestros vinos del Priorato (1). Protegiendo la produccion española y fomentando la riqueza del país, es como se cumplen los fines que el patriotismo exige. Somos muy patriotas de nombre y muy poco de hecho. Para algunos parece que les basta hablar puro español y lenguaje bien castizo, y en ser eternos admiradores de unas glorias nacionales, algunas de las cuales más valdría que no constaran en nuestra historia, y blasonando mucho de patriotas se generaliza la costumbre de preferir en las tiendas y mercados géneros llamados del extranjero, que muchas veces son del país; pero con esta denominacion, quizas no tendrían salida. Esta preferencia dada á los artículos extranjeros no siempre es debida al reconocimiento de la superior calidad de

(1) En esta comarca de Cataluña cada dia son mayores las quejas de que no tienen pedidos de sus vinos.

aquellos, sino que á veces no tiene otro fundamento que el capricho ó interes mal entendido, exagerado egoismo, y digo egoismo el que nos veda consumir artículos del país por ahorrar una pequeña diferencia, y consumiendo artículos del extranjero contribuimos á matar la produccion nacional, lo que refluye en perjuicio de todos los españoles.

Tratemos á los extranjeros con la misma benevolencia con que nos tratan, no seamos con ellos generosos cuando tan pocas consideraciones para nosotros guardan (1).

Téngase entendido que Inglaterra prohíbe la importacion del ganado procedente de España (2) y Trinidad de Barlovento, posesion inglesa, ha aumentado los derechos de arsenal á los vinos españoles de cinco duros que pagaba ántes hasta 12 duros por cada media pipa. ¿Sabeis lo que esto significa? Pues esto bien claro nos dice que cuando un pueblo puede prescindir de un artículo extranjero, pues le basta la produccion indígena, prohíbe la importacion. Muy pronto perderemos el mercado de los vinos en América, pues la vid se desarrolla de una manera extraordinaria en California adonde irán á surtirse los comerciantes de aquellas regiones; y nuestros azúcares es fácil que pierdan aquellos mercados por la produccion brasileña, índica y otras de este dulce.

Desterremos de una vez las preocupaciones muy generalmente extendidas sobre el destino económico de las naciones, y léjos de creer que España ha de ser preferentemente potencia agrícola, estemos persuadidos de que sólo entónces estaría condenada á pobreza perpetua. La nacion que vive de sus industrias extractivas, así como de su agricultura, se agota; la mano de obra y los productos de la inteligencia, léjos de ago-

(1) La verdad sea dicha; ellos son enemigos naturales de nuestra produccion; recordemos las fábricas que destruyeron los ingleses cuando vinieron á prestarnos su apoyo contra el ejército frances en 1808, los esfuerzos que han hecho para acabar con nuestra marina y abatir nuestro comercio, etc., etc.

(2) Los perjuicios que con la presente prohibicion se originan son incalculables, pues Vigo enviaba anualmente de seis á siete mil bueyes y la Coruña de doce á catorce mil, y calculando por término medio que cada buey vale 2.000 reales calcúlese lo que pierden las provincias de Galicia con esta medida de la liberal y cosmopolita Inglaterra.

tar, crean valores, acumulan riqueza y ahorran las primeras materias.

La nacion que vive exclusivamente de sus manufacturas agota á las demas naciones, cuyo material agrícola y minero devuelve en forma de manufactura con una prima favorable exorbitante.

Segun tengo entendido, se ha elevado al Gobierno español una exposicion pidiendo que se prohibiese la entrada de mineral en España. Bueno es que si tenemos mineral sobrado no vayamos en su busca al extranjero, porque en circunstancias críticas en que se necesita dinero, entrando mineral hay salida de numerario, lo que puede evitarse extrayendo el que contiene nuestro suelo; pero mejor sería emplear los brazos y el capital que á la extraccion se destina á la confeccion de máquinas y otros artefactos, porque los artículos de metal significan un gran valor, un cambio, una gran cantidad de numerario que está en razon directa de la mano de obra por lo que hace al hierro y otros artículos de más consumo de escasísimo valor en bruto.

Otras observaciones se me han ocurrido acerca de la cuestion del fomento de la produccion industrial. Una de las fundamentales condiciones que necesita un pueblo para tener aquella, es la baratura y abundancia de las primeras materias y uno de los obstáculos con que tropieza es la mala situacion del Tesoro. Debemos tender á procurar lo primero y remediar la segunda.

A los capitales empleados en la industria no podrá ésta garantizar un interes tan alto, ni seguros tan cómodos como proporciona el Tesoro como un 10 ó 12 por 100 de interes con garantía del Estado y sin otro trabajo que presentarse dos dias al año á cobrar los intereses, lo cual es un rédito muy superior al de 25 por 100 que pudieran reeditar los negocios industriales. Conviene pagar puntualmente los intereses de la Deuda pero tambien dificultan en algun modo el que tantos capitales se empleen en ello.

Señalen el gobierno y los diversos centros que directa ó indirectamente se proponen fomentar la produccion, premios á los que inventen ó introduzcan industrias nuevas, á los que

utilicen con los procedimientos de las establecidas, las materias primeras poco apreciadas ó cuyo aprovechamiento fuera desconocido y á los que varíen la marcha de sus fabricaciones adelantándose á traducir en progresos industriales los gigantes pasos de las ciencias aplicadas (1).

Acercándonos ya al término de nuestro trabajo, vamos á tratar de las causas generales de las malas condiciones económicas de la España moderna. Hoy por hoy, estamos tocando las consecuencias siempre funestas de la guerra civil, de la pérdida de las cosechas, de las contribuciones excesivas, de la disminución de los intereses de la deuda, de los descuentos que sufren en sus sueldos los empleados públicos, todo lo cual afecta grandemente al consumo. Sin un aumento proporcional de riqueza, fácilmente se comprende que el consumo ha de estar restringido en las presentes circunstancias. Encarecidos los artículos de primera necesidad, el consumo de estos artículos ha de disminuir necesariamente en perjuicio de los agricultores y de todos los consumidores que se ven obligados á gastar ménos; elevadas las contribuciones hasta el último límite racional, absorben una buena parte de lo que habría de alimentar el tráfico al por mayor y á las manufacturas; disminuidos los intereses de las deudas hay ménos provechos para la clase tan numerosa de tenedores de papel del Estado, y cercenados los sueldos de los funcionarios públicos con notables descuentos cuya clase es tambien numerosa relativamente, ménos le queda para gastar y ménos por consiguiente, con que alimentar á la produccion. Con las continuas quintas se desangran los pequeños capitales que han de destinarse á la agricultura en su mayor parte, y los grandes agricultores viven en las grandes capitales léjos de sus haciendas, en tanto que el Erario parecido al Cronos omnívoro ó al dios de Hegeldo, absorbe

(1) Esto se consigue asimismo eximiendo de contribucion por un número de años proporcional á la importancia del invento ó mejora, y á la utilidad que al bien público reportara y disminuyendo aquella de una manera gradual en cantidad y tiempo conforme á las bases con que en la ley de contribuciones se empleara este incentivo poderoso para activar el desarrollo de la produccion nacional.

todo, acapara todo y no le basta la savia de la nacion á su voracidad indecible.

Dígase, pues, si mermadas las utilidades en todas las clases, la produccion, en cualquiera de sus manifestaciones, no ha de resentirse por falta de consumo. El que poco tiene poco puede comprar, poco puede hacer en provecho de la industria y del comercio.

Pero desde luégo que se abrieran nuevas vías á la produccion el consumo aumentaría, pero si continuamos como hasta el presente, se restringirá cada dia más. En un país donde no es solicitada la actividad individual, se encuentran los productores con mayores dificultades para adquirir dinero. En los grandes centros de poblacion, en los países donde hay mayor actividad mercantil todo va más caro, pero tambien hay más medios de ganar dinero con que comprarlo todo. El dinero es el artículo que ha de estar barato, no los productos. Los economistas ingleses han sembrado la idea de favorecer al consumidor; pero como las doctrinas económicas inglesas no se han de interpretar por lo que dicen, sino por la intención que implican, estudiando sus efectos se ha notado cómo aquel principio no venía á ser más que un ataque contra los productores de los demas países que no pueden aventajar en la baratura á los manufactureros ingleses. Con la idea de favorecer al consumidor, han dividido el mundo en productores y consumidores, sin contar que los que consumen han de producir so pena de agotar sus capitales. No se olvide este gran principio de la distribucion de las riquezas, de que éstas se reparten entre los mismos que contribuyen á su produccion. Los consumidores son aquellos, y no pueden ser otros que los que producen, así sea en la agricultura, en la industria ó en el comercio, ó bien los que viven de su capital ó del ajeno, y las naciones en que los que consumen no producen por medio de aquellas tres fuentes de la riqueza indicadas, muy pronto se presenta un gran desequilibrio, pues los capitales se agotan y se extinguen. Puede decirse que un capital que circula ó que coadyuva á una empresa, es decir, un capital empleado aumenta su interes en una progresion aritmética; pero un capital sin empleo, es decir, un consumidor que vive á expensas de sus ahorros,

verá disminuir sus haberes en la misma progresion y quizas en la geométrica. Cuando en una nacion hay pocos capitales y pocos medios de emplearlos, el trabajo va barato, y entón-ces se vive de los ahorros, y el capitalista, que ve disminuir su capital, reclama la baratura para todos los productos, no se atreve á participar en ninguna empresa, y se acerca á la ruina (1).

Por lo que respecta á España, otra de las causas principales de la crisis y del malestar económico que se experimenta, procede de no estar suficientemente solicitado el trabajo.

Si hubiera muchos capitales disponibles ó los que hay en la actualidad circularan activamente por sus corrientes naturales, la misma competencia elevaría el precio de los salarios en provecho de la clase media y de la clase obrera, y el trabajo en sus varias categorías sería dignamente recompensado.

Si queremos evitar el socialismo, la miseria, la revuelta continua, debemos proteger á toda costa el trabajo nacional.

Evitemos la celebracion de tratados con naciones más fuertes que atan de piés y manos al productor y avivemos el comercio con nuestras colonias que nos guardan un mercado seguro que puede ser cada dia más importante á medida que disminuya el tráfico con los extranjeros (2); facilítese nuestro

(1) Además de que el hombre con capital que no trabaja ó que no tiene participacion en alguna empresa, gusta mucho ó acaba por entregarse en brazos del vicio.

(2) Dice el *Shipping and americal Lit* de Nueva York: Segun datos publicados, nuestro comercio en Cuba ha ascendido durante los últimos veinte años á la enorme suma de 1260 millones de pesos, y durante los últimos cinco años, á pesar de la guerra, en una parte de la isla nuestro comercio con ella ha importado anualmente por término medio 89.560.962; cantidad que excede considerablemente del valor de nuestro comercio con el imperio aleman y que es siete veces mayor que el importe de nuestro comercio con el imperio ruso. Y sin embargo, Cuba tiene una poblacion que no llega á un millon y medio de almas. Su comercio de exportacion, respecto de nosotros representa la proporcion de pesos fuertes 63,97 céntimos por cada uno de sus habitantes y nuestras exportaciones á la isla representan pesos fuertes 13 por cada habitante. El comercio nuestro con Cuba se hace principalmente por siete puertos de la Union, correspondiendo á Nueva York el 72 por 100, á Filadelfia el 8, á Boston el 7, á Baltimore y á Nueva Orleans 4 á cada uno, á Porlond el 2, á Cayo Hueso el 14 y á todos los demas puertos de los Estados-Unidos el 1 1/2 por 100 de la suma total. Entre los frutos y efectos domésticos exportados por Nueva York durante el año de 1877

comercio interior abaratando y mejorando los medios de transporte. Imitemos el ejemplo de Inglaterra, que ahora prohíbe la importación de ganados, y mañana que produjese vinos no sólo se mostraría reacia á la modificación de la tarifa arancelaria de los mismos en provecho de nuestra agricultura y del comercio de extracción de caldos como lo está verificando ahora, sino que prohibiría terminantemente la importación de nuestros vinos. Imitemos también á los Estados-Unidos, cuya tendencia general es á favorecer la mano de obra. Cuando tienen primeras materias procuran exportar lo ménos posible y elaboran todo lo que puede; pero cuando no las tienen facilitan la introducción y cargan los derechos sobre los productos elaborados. Ultimamente el comité de medios y arbitrios de los Estados-Unidos decidió declarar libre de derecho la introducción del corcho en planchas, pero cargando un 30 por 100 *ad valorem* á los taponés ya fabricados, protegiendo de este modo su industria taponera (1). Imitemos á los franceses cuyo arancel también protege decididamente la mano de obra y al comercial con el diferencial de procedencia. Véase dicho arancel por lo que hace á los artículos algodón, azúcar, café, cacao, cueros y vinos.

Si no nos damos prisa es muy fácil que el mal no tenga ya remedio y que nuestra condición económica vaya de mal en peor. Es menester que se roture la dehesa de la Alcudia en la provincia de Ciudad-Real, que es el foco perenne de la langosta que invade esa provincia y las de Sevilla y Badajoz; que se

figuran los siguientes: cereales de todas clases y harinas de idem por valor de pesos fuertes 62.775.036; algodón en rama y manufacturado por pesos fuertes 29.990.109; hierro en lingotes y labrado por pesos fuertes 9.218.361; cobre idem id. por pesos fuertes 2.797.421; cuero manufacturado por pesos fuertes 5.427.456; petróleo crudo y refinado por pesos fuertes 40.485.529; tocineta y jamones por pesos fuertes 23.488.733; queso por pesos fuertes 12.875.870; manteca por pesos fuertes 17.080.780; azúcar refinado por pesos fuertes 4.299.929 y tabaco en rama y manufacturado por pesos fuertes 16.619.438. El valor total de las exportaciones de artículos domésticos ascendió en dicho año á pesos fuertes 34.339.251

(1) Alerta los habitantes del Ampurdan y Extremadura que verán escaparse su riqueza de las manos si no resuelven enviar el corcho obrado. Se extinguirá dicha riqueza el día que en los Estados-Unidos se encuentre un terreno apto para el cultivo de los alcornoques.

proceda inmediatamente á la plantacion de bosque; de otra manera cambiarán las condiciones climatológicas de nuestro país y faltos de agua tendremos anualmente una visita del hambre; es menester que planteemos en Cataluña establecimientos que aventajen á los de Cete, Burdeos y otros puntos, y que nuestra industria vinícola no tenga rival, pues aun cuando el phylloxera nos perdonara, tenemos dos competidores California y Grecia que pronto harán viva competencia á nuestra produccion vinícola.

No de otro modo detendremos la emigracion, no de otro modo trabajará este excedente de poblacion que no puede alimentar la agricultura española, harto decaida y exhausta; cuando haya ocupacion para los miles de brazos que muy pronto quedarán sin trabajo, deberá emprenderse con mano firme la reconstitucion y mejora de las industrias extractivas y de la agricultura. Los medios de alentarla los sabe todo el mundo; si no se practican no es por ignorancia de los que rigen los destinos de nuestro país, pero no se fien estas reformas á la iniciativa individual, que por efecto de la poca instruccion en nuestro país es poca.

Voy á terminar; pero ántes debo marcar dos ó tres puntos que los españoles no deberíamos olvidar un momento: téngase entendido que los conflictos económicos muy luégo se traducen en disturbios sociales; para impedirlos ó detenerlos no bastan ni el prestigio moral, ni la sancion de igual naturaleza. Las necesidades económicas son imperiosísimas y son inútiles los principios y los consejos cuando los pueblos se mueren de hambre. Para evitar los conflictos económicos, buenos son los principios de la ciencia social conformes siempre con los principios morales, y la inmediata aplicacion de aquellos; cuando la crisis económica se presenta, no se combate sino con medidas económicas, y un pueblo tiene cada dia crisis cuando sus caractéres, sus personalidades notables, ó se extinguen ó permanecen en el aislamiento. Debemos fomentar, respetar y apoyar á los hombres de carácter; pues un pueblo sin caractéres siempre lleva la peor parte, así en las luchas económicas, como en las demas luchas. La verdadera riqueza es el hombre. Tengamos fe y confianza verdadera en el traba-

jo individual y demos la supremacía á la inteligencia, cuyas aplicaciones abrevian el trabajo, lo condensan, acumulan y elevan.

Terminaré con aquella frase de un escritor economista (1) muy conocido entre nosotros: «En España hay pocos todavía que comprendan que los tesoros de Ofir y California están en la frente y en la palma de las manos.»

(1) Orellana. *Demostracion de la balanza mercantil y causa principal del malestar económico de España.*

P. ESTASSEN.





BOCETOS LITERARIOS.

DON JOSÉ ZORRILLA.

I.



UN estético frances contemporáneo divide las artes en decorativas y expresivas segun que, fijándose en la belleza de las formas, aspiran sólo á causar en el espíritu purísimo deleite, ó sirviéndose de la forma como de vestidura de la idea, cifran su objeto en la expresion de ésta, poniendo el arte al servicio de altos ideales. Ambos géneros del arte son igualmente legítimos, sin duda; pero el segundo aventaja al primero, y es característico de nuestros tiempos.

Aceptando esta clasificacion del estético frances, pudiéramos decir que el más insigne representante de la poesía decorativa contemporánea es el autor de los *Cantos del Trovador*, de *Granada* y de *D. Juan Tenorio*, es el popular poeta D. José Zorrilla.

Si el arte no es más que combinacion perfecta y gratisima de líneas, colores ó sonidos, el arte poético español puede decirse que ha tomado carne y se ha hecho hombre en la persona de D. José Zorrilla. Porque no hay más allá: es vana empresa buscar en la poesía antigua y moderna algo que se

parezca á la prodigiosa creacion del ilustre vate; la palabra humana ha llegado en sus labios al punto más alto á que se puede llegar.

Fundir en la palabra todos los elementos, efectos y recursos de la música y de las artes plásticas; hacer del lenguaje una sinfonía y un cuadro; convertir el sonido articulado en línea, color y movimiento; trazar en la fantasía imágenes llenas de verdad, prescindiendo de la retina y utilizando como pincel la vibracion del nervio acústico, y diseñando y colocando paisajes y escenas, y esculpiendo figuras, más vivas, verdaderas é indestructibles que las creadas por el cincel ó por la brocha; aprisionar en la fugaz cárcel del sonido todas las maravillas de la naturaleza, todos los encantos de la leyenda y todas las grandezas de la historia; trocar el lenguaje en eco fidelísimo de todas las armonías, haciéndole unas veces tan dulce como

el ruido de las hojas
movidas por las auras del oloroso Abril,

y otras tan terribles como

el ruido con que rueda la ronca tempestad;

hallar acentos adecuados y sonoros para todo cuanto vibra y palpita en el seno de la naturaleza ó en el fondo del alma humana; reemplazar, en suma, todas las artes por una sola, sustituyendo todos sus procedimientos con la palabra; tal ha sido la inconcebible y titánica empresa llevada á cabo por D. José Zorrilla.

Valióse para ello de aquella lengua admirable, con la que ninguna otra de las que hoy se hablan puede competir; de aquella que, siendo grave como la alemana, enérgica como la inglesa, dulce y sonora como la italiana, fácil y flexible como la francesa, reúne las cualidades de todas y carece de sus defectos, porque ni es tan áspera como las dos primeras, ni tan afeeminada como la tercera, ni tan falta de sonoridad como la cuarta; de aquella lengua, en fin, que sólo halla dignas rivales en la griega y en la latina.

Manejádola habían con dulce estilo Garcilaso, con severa solemnidad Fray Luis de Leon, con exuberante riqueza Her-

rera, con elegante sencillez Rioja y Caro; pero nadie había puesto de relieve sus cualidades musicales y pictóricas como Zorrilla; nadie había logrado reflejar en ella con igual encanto las armonías y los colores que el mundo exterior ofrece al poeta. En aquellos vates manteníase el lenguaje en sus propios límites; más osado en éste, lanzábase á invadir ajenos dominios, robando sus acentos al músico y su paleta al pintor.

Y esto no ha sido en Zorrilla fruto del estudio, y estamos por decir que ni siquiera producción consciente de su ingenio, sino espontáneo, fácil y natural movimiento de su propio sér. Es Zorrilla á la manera de aquellas arpas eolias que, sin que mano alguna las pulsase, vibraban por sí solas á impulsos de exteriores vibraciones á que ellas espontáneamente respondían. El organismo de Zorrilla vibra al unísono con todo aquello que le transmite vibraciones, es eco de todos los ruidos que hasta él llegan, reflejo de todas las impresiones que recibe y que dócilmente devuelve aumentadas con nuevas perfecciones. Por eso puede decirse que cuando Zorrilla canta, no canta él sino la naturaleza misma cuyo eco es.

De aquí que Zorrilla no sea ni pueda ser poeta subjetivo. Su personalidad, con ser poderosa, está completamente fundida con la realidad exterior, y sus cánticos ántes son acciones reflejas que actos espontáneos. Pero á la manera que el prisma devuelve convertido en brillante espectro el rayo de blanca luz que recibió, y el cristalino lago convierte en suavísimo é ideal diseño las imágenes que en él pintan los objetos que le rodean, el alma de Zorrilla transfigura y sublima todo lo que recibe y lo devuelve al mundo exterior idealizado por los resplandores de la belleza y del genio. Pero esto es lo único suyo que en su obra pone; inútil es que busqueis en ella algo exclusivamente original y propio, extraído de las profundidades de su sér.

Por eso es siempre poeta épico ó descriptivo; por eso sólo concibe y representa la forma de las cosas; por eso prefiere á todo lo pintoresco; por eso cuando habla por cuenta propia es desacertado y cuando refleja lo que le es extraño es inimitable; por eso su poesía, con ser un prodigio, no es ni puede ser la poesía de nuestro siglo.

Zorrilla, con efecto, es un poeta arcaico, una figura de otros tiempos. Verdadero trovador, debió nacer en épocas pasadas. Hoy la poesía no responde á las aptitudes ni á las aspiraciones de Zorrilla. Nuestro siglo no vive de recuerdos, sino de esperanzas, ni se satisface con los encantos de la forma poética. Profundamente racionalista y utilitario (acaso más de lo conveniente), en todo quiere hallar idea y provecho; eminentemente humano, sólo la humanidad le interesa, y el cuadro descriptivo no llama mucho su atención. Por otra parte, ha hallado la fórmula más perfecta y acabada del arte de la forma pura en la música instrumental, que es su creación más original en materia artística; y poseyendo en ella el medio más adecuado de satisfacer el amor de la forma, quiere hallar en la poesía algo más que la armonía y el color. La poesía decorativa no le satisface por tanto; la pintura enérgica y expresiva de la humanidad bajo el aspecto objetivo ó subjetivo, la expresión acentuada, en forma de idea ó sentimiento, de la personalidad del poeta, todo aquello, en suma, que existe poderosamente, por ser humano y simpático, la sensibilidad del contemplador, es lo que anhela la sociedad presente. Si la poesía no es más que color y sonido, la sociedad la mira con completa indiferencia; y si por ventura, seducida por su encanto irresistible, goza ante ella por un momento, la impresión que siente nunca es duradera ni profunda.

¿Es este juicio enteramente justo? Creemos que no. El arte decorativo es tan legítimo como el expresivo. La forma pura es indudable origen del placer estético.

Hay combinaciones de líneas, de colores, de sonidos que hacen gozar sin que digan nada. La idea, el pensamiento no son elementos indispensables de la belleza artística, y para que una obra de arte sea bella no es preciso que enseñe algo. Pero este estado de la conciencia estética de nuestra sociedad es un hecho evidente y como tal hay que reconocerlo y respetarlo.

Zorrilla y su escuela pertenecen, por estas razones, á la historia. Zorrilla ha sobrevivido al género en que fué maestro, á la poesía descriptiva y legendaria, basada en los primores de la forma pura. Cuando le oímos, nos parece escuchar á un hombre de otros días, vuelto á la vida por mágicas artes. Sus

cantos, que entusiasmaron á otras generaciones, no dejan en nuestra alma huella más profunda que la causada por el ala de un pájaro en la superficie de los mares. Acostumbrados á la enérgica y profunda poesía de nuestros tiempos, en que siempre palpitan el alma del poeta y el espíritu del siglo, apenas comprendemos esa poesía en que el vate no es más que el eco pasivo del mundo exterior y el cantor de creencias, instituciones y sentimientos de otros tiempos que no hacen vibrar en nosotros ninguna fibra. Esa poesía no tiene para nosotros más importancia que las notas que lanza el pájaro en la selva. Quizas acuse esto un defecto en nuestro sentido estético; quizá demuestre un excesivo predominio de la vida intelectual sobre la sentimental é imaginativa; pero ello es que así sucede, y es vano empeño rebelarse contra la fatalidad.

II.

Pudiera definirse á Zorrilla, imitando una frase muy conocida, y diciendo que es una imaginacion servida por órganos. En Zorrilla, con efecto, todo es imaginacion. Hay en la humanidad organizaciones que todo lo convierten en pensamiento, otras que todo lo truecan en sentimiento, y otras que todo lo transforman en imágen; Zorrilla es de estas últimas. Difícil será que halleis entre sus obras una que verdaderamente haga pensar ó sentir; cualquier poeta contemporáneo en esto le aventaja; pero no hallareis una sola que no cause impresion profundísima en la imaginacion. Hallar el elemento pictórico de todas las cosas y traducirlo en el lenguaje rítmico por maravillosa manera, es el talento característico de Zorrilla.

Es Zorrilla un poeta espontáneo que nada debe á la educacion y al estudio. Canta con la naturalidad del pájaro, porque nació para cantar y no por otra cosa, y canta sin objeto determinado, sin propósito preconcebido, sin idea concreta que lo inspire. Nunca se ha tomado el trabajo de preguntarse cuáles son sus ideas en ninguna materia, y si ha aparecido puesto al servicio de alguna, ha sido únicamente por considerarla un buen tema para sus cantos. Cuando intenta otra cosa, desbarra lastimosamente por lo general, y nada está más léjos de sus ap-

titudes que lo que hoy se llama poesía docente ó transcendental.

Nació Zorrilla en pleno romanticismo, es decir, en la época más adecuada para el desenvolvimiento de sus facultades. Libre la inspiración poética del yugo de los clásicos, lanzóse entonces por el ilimitado campo de la fantasía, sin límites ni freno, y cifró todos sus esfuerzos en rivalizar con la pintura en colores y con la música en armonías. Coincidió además la revolución romántica con el renacimiento de la Edad Media, que seguía al del mundo clásico y precedió al del Oriente, y creyó que en aquella época se cifraban las mayores bellezas que concebirse pueden. Un lirismo desenfrenado, una orgía del ritmo por una parte, una exageración extraordinaria de la poesía del recuerdo por otra, fueron los caracteres de aquel singular período.

Hubo entonces una verdadera explosión de la fuerza poética, por largo tiempo contenida. Se cantaba por cantar, y se cantaba todo y en todas las formas. Agotábanse las combinaciones métricas, y la palabra hacía prodigiosos esfuerzos por rivalizar con la música en todos conceptos. No se preguntaba al poeta qué pensaba ó qué sentía; pedíansele sólo ritmo, armonía, sonoridad, imágenes pintorescas, descripciones llenas de animación y vida. Condiciones eran éstas las más adecuadas para que adquiriera gigantescas proporciones el genio de Zorrilla.

Todo el mundo conoce la historia de su aparición. Él ha dicho con injusticia notoria que brotó

como una planta maldecida
al borde de la tumba de un malvado.

Apareció, con efecto, al pié de la tumba de aquel príncipe de la crítica que se llamó Fígaro, cuya temprana y desastrosa muerte aún lloran las letras españolas. Surgió como una aparición luminosa, llevando impreso en su genio y en su figura el extraño carácter de la época. Pálido, de luenga melena, de penetrante mirada, adornado con la característica barba y el singular traje de los románticos, cantó la muerte del gran crítico con inspirados acentos, que fueron para aquella generación literaria una revelación. El romanticismo español había hallado su personificación y su fórmula.

Resucitó entónces, evocado por la musa del poeta, el mundo de tradiciones y recuerdos que constituye el tesoro poético del pueblo español. Reproducidos por la fantasía lozana de Zorrilla, diseñados por su mágica palabra en cuadros llenos de verdad y colorido, cantados con armoniosos acentos y arrebatadora melodía, tornaron á la vida por un momento los hombres y las cosas de las pasadas edades. Pudo creerse por un instante que otra vez retemblaban las salas de los arruinados castillos bajo los pasos de los hombres de armas; chocaban las lanzas de los paladines en justas y torneos; centelleaban los aceros de moros y cristianos; silbaban las flechas y rechinaban las ballestas en los campos de batalla; vibraba el laud del trovador bajo las rejas del castillo y resonaba la morisca guzla en los jardines del Generalife; escuchábase de nuevo los religiosos cantos bajo las bóvedas del derruido santuario y recorrían los monjes los claustros solitarios del viejo monasterio; buscaba aventuras el andante caballero; acudía á la cita amorosa la recatada dama cubierta bajo el manto protector: el honor, la gentileza, la caballería, las galantes intrigas, las medrosas aventuras, llenaban otra vez la poética y agitada vida de los españoles; y las sobrenaturales potencias que en tiempos de fe trastornaban á su placer el mundo físico, llenando de prodigios y milagros, de espantos y temores la naturaleza, volvían á recobrar su perdido imperio. Era aquel un verdadero renacimiento de lo pasado, debido á la iniciativa de un genio poético de primera fuerza.

Aquello pasó, sin embargo. Ninguna reaccion es permanente. La sociedad comprendió que su papel no es el de la mujer de Lot, que era preciso mirar adelante y no hácia atras. Reconocióse bien pronto que la poesía retrospectiva no satisface las aspiraciones de la época, y que el himno del porvenir y del progreso vale é interesa más que la elegía de lo pasado. Había llegado la hora de que los trovadores enmudecieran, y Zorrilla enmudeció, dejando el campo libre á la terrible plaga de imitadores que con torpe paso pretendieron seguir sus huellas.

Zorrilla marchó á América, como García Gutierrez. No le seguimos en aquel período de su vida. Poeta de la corte de aquel noble é infortunado príncipe que haciéndose instrumen-

to del aventurero del 2 de Diciembre, intentó en mal hora representar en Méjico el papel de José Bonaparte, Zorrilla hubo de experimentar aquella deplorable transformación del ingenio que experimenta todo poeta cortesano. Al abandonar su libre musa el aura popular por la atmósfera cargada de los palacios, perdió sus alas de águila y trocó en afectado artificio su antigua espontaneidad, en verbosidad desordenada su facilidad primitiva, en defectos sus cualidades. Abusando de las combinaciones métricas y exagerando el predominio de la forma pura, violentando la imágen, forzando la metáfora, dislocando el ritmo, Zorrilla cayó en una especie de gongorismo de nuevo género. Quiso convertir la poesía en música pura, despojándola por completo de idea y sentimiento, y haciendo de ella un arabesco de imágenes, un kaleidoscopio de sonidos, una especie de sinfonía que deleita el oído sin llegar al alma. Perdió su musa la virilidad castellana para entregarse á la lánguida molicie de la América y adquirir esa dulzura algo empalagosa y femenina que parece que á todo espíritu depara el contacto de la hamaca y la sombra del plátano. Cuando terminó la aventura imperialista, Zorrilla volvió al antiguo teatro de sus triunfos. La decepción del público fué inmensa. El inmortal poeta volvía de su expedición completamente mareado.

Él, por su parte, no reconoció en aquella sociedad la que en otro tiempo le aplaudiera. De la escuela romántica ya no quedaba ni memoria. Las melenas habían desaparecido; los hombres gastaban otra vez corbata y cuello de camisa y las mujeres no bebían vinagre para palidecer, ni ceñían al talle los cordones de la sensibilidad, ni llevaban oculto el veneno en la sortija para librarse del padre tirano ó el marido fatal. Nadie se curaba de la Edad Media; nadie creía en leyendas ni prodigios; todos veían en los antiguos paladines unos bárbaros de marca mayor, en las costumbres caballerescas una serie de atrocidades y de absurdos, y en la sociedad de la Edad Media una especie de tribu de antropófagos. Las gentes se ocupaban de títulos del consolidado, de acciones de carreteras, de ferrocarriles y telégrafos, de democracia y de filosofía alemana. Los dramáticos llevaban al teatro los árdulos problemas de la vida

moderna y preferían á las caballerescas aventuras y al romántico lirismo, la exacta pintura de los caracteres y pasiones humanas y el lenguaje de la verdad; los mismos adalides del romanticismo habían adoptado nuevos rumbos. La lírica reaparecía bajo la inspiración anglo-germánica, expresando los múltiples aspectos, las dudas, los dolores, las angustias de la agitada conciencia contemporánea. La leyenda de lo pasado no interesaba ni conmovía á nadie.

Oyóse de nuevo á Zorrilla con el deleite con que se escuchan los armoniosos acentos del pájaro que regala nuestros oídos desde su dorada jaula; pero nadie se conmovió como en otros tiempos, ni eco alguno respondió á sus cantos. La hora del romanticismo había pasado. La poesía decorativa dejaba el puesto á la expresiva. La idea y el sentimiento avasallaban á la fantasía y sujetaban á su dominio la forma pura. La leyenda se desvanecía ante la historia; el prodigio desaparecía bajo los golpes de la crítica, y la poesía humana, social y progresiva, reemplazaba al romanticismo moribundo.

Zorrilla enmudeció otra vez y no volvió á la vida activa hasta hace poco tiempo. Su nueva reaparición fué muy distinta de la anterior. De su segundo retraimiento traía una creación admirable, digna de sus mejores tiempos: el *Legendario del Cid*. Aquel poema ofrecía lo mejor de la musa romántica, sin sus exageraciones. Era el canto de la patria que nunca envejece, porque la patria no muere jamás. Era el recuerdo de nuestras glorias más puras y legítimas, representadas en aquel legendario caudillo, que personifica los tres grandes sentimientos del pueblo español: el religioso, el patriótico y el democrático. El público, que no sólo no es ya romántico, sino que se va haciendo positivista y realista, aplaudió con entusiasmo la obra del poeta. Había en aquel aplauso, no sólo el tributo debido al genio, sino la expresión inconsciente de aquel sentimiento natural que hace al viejo recordar con júbilo las generosas ilusiones y los felices días de su juventud.

Por extraño contraste Zorrilla, que sigue siendo el primero de los poetas legendarios, muestra ya, como dramático, notorios signos de decadencia. El respeto que su nombre nos impone no nos permite insistir en este punto. Con harto dolor

recuerdan sus admiradores y amigos las desdichadas tentativas que ha hecho en el teatro, pretendiendo en vano volver sobre sus pasos, torcer el rumbo que su naturaleza le traza, tantear derroteros en que se perderá siempre, y renovar glorias que ya no le concede la fortuna.

III.

Este boceto va tomando las proporciones de cuadro, y es hora ya de concluirlo. Fáltanos para ello solamente apreciar, bajo sus particulares aspectos, el genio de Zorrilla, que en conjunto ya lo hemos hecho anteriormente.

Zorrilla es, ante todo, como hemos dicho, un poeta épico, ó lo que es igual, objetivo, siendo fiel en esto á la tradicion literaria española. La esfera en que impera soberanamente es la poesía descriptiva en su más lata acepcion. Pintor ante todo, nadie como él sabe reproducir en forma poética el aspecto exterior de las cosas y de los hombres. Con cuatro pinceladas traza, ó mejor esculpe, de un modo indeleble, una figura ó un paisaje. Narrador inimitable y maestro en descripciones, flaquea siempre que intenta profundizar, y rara vez desarrolla un carácter, expresa un sentimiento ó expone una idea. Dominado por una fantasía que no reconoce límites, soberano absoluto de la lengua y del ritmo, á la imágen y á la sonoridad lo sacrifica todo, y si siempre sabe hablar con elocuencia á la imaginacion, rara vez llega á herir el sentimiento ni á despertar una idea en quien lo escucha. De su obra inmensa es imposible deducir una enseñanza, y no es muy fácil conocer sus ideas y sentimientos por la simple lectura de sus obras. Alma abierta á todas las impresiones, todo lo ha sentido y cantado sucesivamente, y ha podido con razon decir de sí mismo:

Porque yo, bardo errante,
Cosmopolita,
Canto al par en el templo
Y en la mezquita;
Y risa y llanto
Dícenme á un tiempo mismo:
Cántame y canto.

Dicho está con esto que, por más que haya usado y abusado de lo que vulgarmente se llama *lirismo*, Zorrilla no es poeta

lirico en la acepcion científica de la palabra. Sus poesías líricas no son más que descripciones en que el objeto exterior se impone al poeta, que se confunde con él y en él disuelve su personalidad.

La poesía descriptiva y la legendaria son el verdadero terreno de Zorrilla. Miéntras haya lengua castellana, vivirán sus leyendas y sus descripciones. *Granada* y *lòs Cantos del Trovador* serán eternos. En una y en otros la fantasía ha llegado á sus más extremos límites, la descripción ha agotado sus recursos, y la lengua y poesía castellanas han tocado en los linderos de la perfeccion. Producciones son esas que rivalizan en verdad, efecto y colorido con las más acabadas pinturas, y en armonía y sonoridad con las más bellas composiciones musicales. Ninguna literatura antigua ni moderna ofrece nada que con esas obras maestras pueda compararse. La poesía decorativa, la poesía de la forma pura no puede hacer más. La poesía legendaria, la reproduccion bella de lo pasado, tampoco llegará fácilmente á punto más alto de perfeccion.

Zorrilla ha cultivado con éxito la poesía dramática; pero en este terreno sus méritos no igualan á los que en el género legendario ostenta. Los dramas de Zorrilla, como todos los de la escuela romántica, están edificados en falso. El romanticismo lo sacrificó todo al efecto escénico y al lirismo, y cuidó poco ó nada de la verdad dramática. Forjando personajes y sucesos en los moldes de la imaginacion más calenturienta; dando á todos los elementos escénicos exageradas proporciones; cuidando más del movimiento de la accion que de la lógica de su desarrollo; prefiriendo lo objetivo á lo subjetivo, la accion al alma, la acumulacion de los sucesos al estudio de los caractéres, la escuela romántica no supo hallar la forma definitiva del teatro moderno. Aquellos dramas ruidosos y extraordinarios, en que todo es inverosímil y violento, en que nadie piensa ni obra, habla ni siente como el comun de los humanos, si pudieron deslumbrar por un instante con su fastuosa y atrevida inspiracion y su armonioso lenguaje, no realizaron el fin verdadero del teatro, que es presentar el cuadro verdadero y bello de la vida de la humanidad.

Inferior el teatro de Zorrilla por la grandeza de concepcion,

por la fuerza dramática y por la trágica pintura de las pasiones, no sólo al teatro del siglo xvii, sino á García Gutierrez, el Duque de Rivas, Hartzenbusch y demas jefes del romanticismo, compite con los primeros y aventaja á los segundos por los primores de la forma, no ménos abundosa y rica que de las poesías legendarias del ilustre vate. Hábil en trazar enredos tan interesantes como fáciles; diestro en la pintura de las pasiones, aunque sin profundizarlas ni comprenderlas por lo general, pues sólo ve en ellas su aspecto pictórico; feliz en las situaciones y los efectos; poco afortunado en la concepcion y trazado de los caractéres; extraño á toda tendencia transcendental ó docente; no muy escrupuloso en materia de moral escénica; maestro en el manejo del diálogo, aunque extremado en el lirismo; Zorrilla deja buen número de obras populares y reputadísimas, que sin ser modelos, pueden contarse entre las buenas. Su desordenada y rica fantasía juega en ellas el papel principal y simulando un sentimiento, casi siempre ausente, oculta no pocas veces bajo sus galas las imperfecciones del fondo y hace pasar por oro finísimo lo que no suele ser más que oropel. El *D. Juan Tenorio*, desnaturalizacion completa del tipo legendario del calavera sevillano, tejido incomprendible de inverosimilitudes y contradicciones, fastuoso edificio erigido sobre arena, es buena prueba de ello. Su forma maravillosa, arrojada cual manto de púrpura sobre las enormidades de la concepcion, fascina todavía y deslumbra al público que, arrastrado por aquel torrente de inspiracion y de poesía, no advierte que aquel drama no resiste al más leve empuje de la crítica.

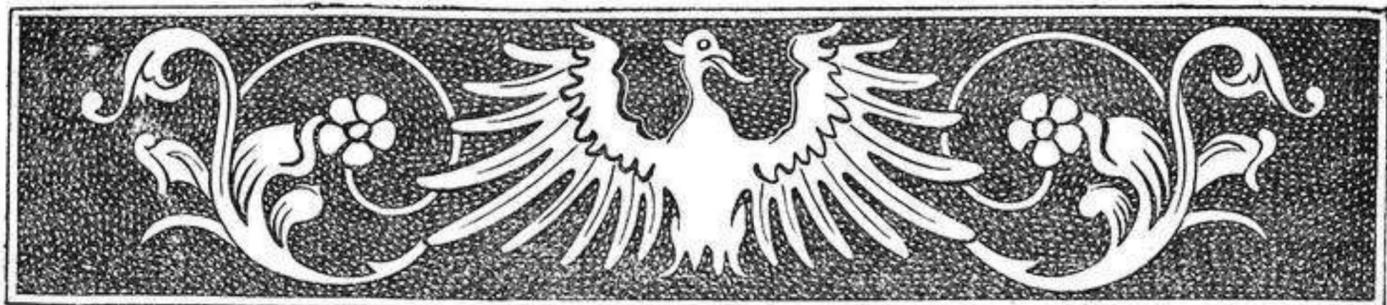
Por lo demas, el teatro de Zorrilla no es más que la reproduccion escénica de sus leyendas y tanto tiene de épico como éstas. Es el drama objetivo, exterior, suministrado por la historia ó la leyenda; no el drama que se desenvuelve en el fondo de la conciencia humana. Es algo parecido (por extraño que parezca el paralelo) á lo que fué la tragedia griega en sus primeros tiempos, cuando apenas desprendida de la epopeya, la accion lo era en ella todo y el elemento psicológico quedaba oscurecido constantemente ante los hechos. No es el drama transcendental que se dirige á la inteligencia, ni el drama psi-

cológico que afecta al sentimiento, sino el drama de movimiento y acción que tiende en primer término al deleite de la fantasía; drama que fascina y arrebató, pero que deja secos los ojos y vacío el pensamiento.

Resumamos. Zorrilla es una naturaleza privilegiada, en quien la fantasía se ha desarrollado á expensas de las demás facultades, simulando y sustituyendo á todas, y en quien la palabra ha llegado al más alto punto de armonía y belleza que puede concebirse. Realista é idealista á la vez, por extraña paradoja, si de un lado reproduce y pinta con pasmosa verdad y colorido el aspecto exterior y plástico de las cosas, por otro fantasea á su manera, y sin cuidarse de la realidad para nada, siempre que de la descripción se aparta. Colorista de la poesía y músico de la palabra, trovador legendario perdido en medio del siglo XIX, más rico en imaginación que en sentimiento y más en sentimiento que en idea; cantor de lo pasado, con amor á lo presente y aspiración á lo futuro; original y personalísimo sin ser subjetivo; versificador inimitable que ha hecho de la lengua castellana lo que nadie hizo ni probablemente hará, Zorrilla es una de esas personalidades singularísimas, únicas en su género, que no pasan por el mundo sin dejar en pos de sí huella luminosa y que parecen creadas por la naturaleza para dicha, orgullo y gloria de la humanidad.

La poesía, encaminada hoy por rumbos apartados del que siguió Zorrilla, no volverá probablemente á recorrer los caminos por él trazados; cambiarán los gustos del público y llegará un día en que la obra de Zorrilla parezca curiosidad arqueológica; pero así como todavía no se ha extinguido, á pesar de la diferencia de ideas y de gustos, de instituciones y costumbres, la gloriosa aureola que circunda las frentes de Homero, de Virgilio, del Dante y de tantos otros preclaros poetas, tampoco se oscurecerá jamás la fama de Zorrilla. Mientras exista la lengua española, el ánimo hallará solaz infinito en esos armoniosos cantos que parecen arrancados por mano divina á las arpas celestes y son el mayor esfuerzo hecho por la palabra humana para rivalizar con las armonías y los colores de la bella naturaleza.

M. DE LA REVILLA.



CÓMO VINO LA DECADENCIA

DE ESPAÑA



APESAR de todo este inmenso cambio que se estaba operando en la constitucion de sus clases sociales y en las más altas como en las más humildes instituciones de sus antiguas leyes, España parecía dormida. Aletargada é inmóvil presenciaba como indiferente su transformacion y decadencia. Durante aquel doloroso desquiciamiento, apénas se exhalaba de su seno un gemido cuando veía derrumbarse alguna de las instituciones, amparo y defensa de sus derechos. Parecía como resignada á la muerte é inaccesible á toda doctrina reformadora. Nada más engañoso sin embargo. En la necesidad de una transformacion, de cambios, de radicales reformas universalmente sentida, no diré que germinara en el suelo de nuestra patria, pero sí que hubo de propagarse con rapidez pasmosa, como fuego oculto, el espíritu y las doctrinas de la filosofía del siglo pasado. Hecho es este que está en la conciencia de todos: por eso no necesito articular sobre él ningun género de prueba; me basta para ello ver lo que significa el reinado de Cárlos III (1), y ver tambien

(1) El vocabulario y tecnicismo así como las doctrinas de gobierno de la Enciclopedia, abundan en los decretos, cédulas ó circulares ó instruc-

el aspecto que toma de pronto nuestra revolucion. Todo lo que hemos dicho de la influencia fatal que han ejercido los filósofos y hombres de letras del siglo pasado en el movimiento

ciones de los gobiernos de Carlos III y Carlos IV. El lenguaje de los gobernantes repite entónces á cada paso expresiones genéricas y abstractas, palabras huecas que á fuerza de mucho decir, nada significan, términos vagos, figuras retóricas, epítetos de igualdad y ternura democrática; todo el aparatoso lenguaje en fin de los enciclopedistas. Carlos III protesta incesantemente de su amor á la humanidad, de sus sentimientos filantrópicos en favor del pueblo oprimido, y alude sin cesar á los derechos del hombre y á la libertad natural del ciudadano. El gobierno despótico de los monarcas absolutos emplea en sus últimos años el vocabulario democrático de la revolucion.

Pero donde más palmaria y manifiesta aparece esta influencia de la filosofía enciclopedista, es en las discusiones, memorias é informes de las sociedades económicas. Allí los oradores, al dirigirse á los socios de la junta, los llaman frecuentemente *conciudadanos*. A Campomanes se le califica de *primer representante del pueblo*; con profusion se distribuye el epíteto de *amigo del pueblo*. En los discursos acerca de la educacion popular de los artesanos, en los informes sobre beneficencia ilustrada, sobre agricultura, sobre industria, sobre comercio, sobre impuestos, el tecnicismo y el espíritu enciclopedista despuntan sin cesar. Más de una vez se levantan aquí protestas contra algun insulto que los hombres de letras de Paris infieren en los artículos de su famoso diccionario, al honor y á la historia nacional. Con tal motivo se escriben oraciones apologéticas, como la de Forner contra Rousseau, «que solicitó inutilizar la razon, reduciendo al estado de bestia al que nació para hombre;» contra Helvecio, «que colocó en la obscena sensualidad los sentimientos del heroismo, y extrañó la virtud de entre los mortales;» contra Bayle, «patrono y orador de cuanto se ha delirado con título de filosofía;» contra Voltaire, «gran maestro de sofistería y malignidad, que vivió sin patria, murió sin religion, ignorándose si creyó ó si dejó creer en todo;» contra Masson, en fin, «escritor de inmerecida fama, que llevó su ignorancia hasta el punto de preguntar en la Enciclopedia: ¿Qué se debe á España; qué ha hecho por Europa de dos, de cuatro, de diez siglos á esta parte?» En el calor de la réplica, en la oportunidad de los argumentos, demostraban claramente nuestros escritores que aunque la Inquisicion perseguía y ordenaba pesquisas, abundaban en las bibliotecas particulares las obras de Voltaire, Rousseau, Diderot, D'Alembert, Helvecio, Mably y demas prohombres de la escuela. Por lo demas, las publicaciones periódicas que entónces circulaban por nuestra patria, como *El Censor*, *El Corresponsal*, *El Correo de los Ciegos*, *El Apologista Universal* y *El Pensador*, son el testimonio más elocuente de la influencia que en nuestra patria ejercía la filosofía enciclopedista. Y por último, á falta de otro testimonio, bastaría la célebre expulsion de los jesuitas, para demostrar, por sí sola, que los hombres de gobierno que entónces tenía España, no sólo estaban imbuidos del espíritu antireligioso que desatinaba á la secta filosófica de la nacion vecina, sino que aquellos de nuestros gobernantes que entónces pasaban por los hombres más ilustra-

social de nuestros días, del extravío, de la perturbación funesta en que han arrojado con sus doctrinas á los pueblos, debe aplicarse al pié de la letra á la revolución española. En España como en Francia, como en todas las naciones del continente europeo, la filosofía del siglo XVIII se informa en la revolución. Tal vez sólo en la nación vecina habrán sido manifiestos y claros los trabajos de los filósofos preparando el advenimiento de la revolución moderna; pero no por ser encubierta y oculta su influencia en los demás países, ha dejado de presentarse en todos lados como hecho evidente y palmario. Aquellas utopías del pacto social, aquellas especulaciones, aquellos sistemas y procedimientos radicales é idealistas, de reforma y regeneración social, imaginados en los ensueños de la teoría pura, se aplicaron á la transformación de la sociedad española como á la transformación de las demás sociedades. Aquí también se proclamará y vendrá á causar estragos, y extraviar por completo el espíritu de reforma de las generaciones modernas, el sistema filosófico que hemos apreciado como característico de la revolución; y que consiste, en prescindir por completo de la tradición y del hecho histórico, hacer tabla rasa de lo pasado, no preocuparse para nada del enlace de los siglos; y, considerando como no existente todo lo que existe, fantasear constituciones ideales, y aplicar á los pueblos sistemas completos de leyes imaginarias: legislar, en fin, para la sociedad real, de la misma manera que legislaba Platon para los ciudadanos de su soñada *república*.

Hállabase, con efecto, por entonces España en iguales condiciones que la monarquía vecina, para que en ella prosperaran é hicieran irremediables estragos las teorías bien trazadas, pero soñadoras, á que consagraban su ingenio escritores políticos sin ninguna práctica de gobierno. Aquí, como en Francia, la monarquía despótica se hallaba en el apogeo de su omnipotencia;

dos y de más profundo juicio en las cuestiones de Estado, como el conde de Aranda, por ejemplo, no eran sino meros ejecutores de las intrigas y decretos del filosofismo frances.

Datos curiosos sobre el movimiento literario enciclopedista que por entonces hervía en España, se encuentran en el lib. 8, tít. 18 de la Novísima Recopilación.

pero en el borde del abismo. Sólo había con vida en medio de la nación un poder central omnipotente, y masas de individuos sin clases ni jerarquías. Despojada la aristocracia de las atribuciones que constituyen su ser en el cuerpo social, se había transformado de aristocracia en simple nobleza, y era un cuerpo inerte y falto de actividad é influencia en el Estado: cuerpo momificado en pergaminos, mayorazgos y vinculaciones; pero que, deshonrando las tradiciones ilustres del apellido con la ociosidad y el libertinaje, no era ya sino elemento de vicio y disolución. El pueblo para nada intervenía tampoco en la gobernación del Estado, ni aún sobre materia de impuestos. La burocracia había sustituido al país en su propio gobierno. El funcionario público era quien todo lo gobernaba y resolvía. No pudo ser más completa la separación entre gobernantes y gobernados. Necesariamente había de resultar de este nuevo sistema de gobierno, el fenómeno mismo, que estaba operándose en la nación vecina. Los publicistas, apartados de las atenciones de la administración, y sin ningún conocimiento de la realidad de la vida pública, en presencia del desorden que ofrecían las instituciones de su tiempo, y de las injusticias irritantes que en ellas encontraban, no soñaron sino con planes y sistemas de reforma radical. Los funcionarios públicos, por el contrario, convencidos por la práctica de la administración, de la imposibilidad material de introducir de un golpe transformaciones tan radicales, no acertaron sino á continuar viviendo en la rutina tradicional de los expedientes administrativos. No tenían en cuenta los unos que nunca fué dado á las cosas humanas quedar estacionarias; los otros se olvidaban de aquella máxima fundamental que han de recordar siempre los reformadores políticos, y que tiempo atrás con toda precisión había formulado Maquiavelo: «Que cuando se quiere reformar un Estado antiguo, y constituirlo en nación libre, es preciso conservar en él la sombra al menos de las instituciones antiguas.» Nunca fué, por tanto, mayor que en el siglo pasado, la separación entre la teoría y la práctica del gobierno.

En tal orden de cosas, la masa entera de los gobernados, tanto por las vejaciones que diariamente recibía de los funcio-

narios públicos, como por el instintivo amor que inspira siempre lo nuevo y desconocido, había de ponerse necesariamente del lado del publicista que le trazara ideales más seductores, y le pintara mejores gobiernos; por más que hubieran luégo de dar en la práctica amargos desengaños. Así, cuando un ministro llegaba á hacerse impopular hasta el punto de presentarse inevitable su caída, el trono, siguiendo las inspiraciones de la opinion pública, bien llamada en tales épocas «reina del mundo,» tenía que confiar el gobierno á aquel hombre que más se hubiese distinguido en las especulaciones teóricas, y por ese medio alcanzado popularidad mayor. Así escalaban el poder en Francia los Choiseul, los Turgot y los Neker; así en España los Ensenadas, los Campomanes, Floridablanco, Aranda, etc. De este modo, al frente de un cuerpo administrativo, dueño todopoderoso de la nación y apegado á la rutina de la práctica, solía verse con frecuencia un hombre de gobierno sin conocimiento ninguno de las cuestiones de Estado, y lleno en cambio de soñadas teorías, y perdido el seso en el laberinto de los más vastos y radicales planes de reforma. De aquí el que los mismos gobiernos se lanzaran á veces á realizar las lucubraciones de las más descabelladas teorías financieras ó sociales. Tal ocurrió, por ejemplo, en el reinado de Fernando VI, cuando por seguir las inspiraciones de Ensenada, se llegó á decretar el establecimiento de la *contribucion única*. Para ello se procedió á innumerables investigaciones económicas y estadísticas; de las cuales no resultaron sino inconmensurables volúmenes de datos, proyectos y conjeturas inútiles ó ridículas, que costaron al Tesoro incalculables millones, y á los pueblos el verse acongojados por los agentes de la administración, encargados de preparar y dar cumplimiento á tan risible desatino.

En España los publicistas reformadores no podían entregarse á los ensueños especulativos con igual licencia que en Francia. El espíritu filosófico del siglo xviii era esencialmente anticristiano.

La Iglesia, conservando en su constitucion externa grandes recuerdos de las instituciones feudales, atraía las iras de los teóricos; y el filosofismo, arrastado por sus pasiones de impie-

dad, no se contentaba con ménos de prodigar befas y sarcasmos á la esencia de los mismos dogmas religiosos. La reforma del estado social debía empezarse, segun aquellos publicistas, por la destruccion del catolicismo. Fácilmente se comprende que con la Inquisicion no se pudieran en España proclamar semejantes doctrinas. Nuestros teóricos, en consecuencia, andaban con más cautela en sus escritos, y no se atrevían á ofrecer sistemas renovadores concebidos en tan gran escala, y rodeados de la novedad y singular atractivo que por sí mismo reviste un plan de reforma social donde aparezca trastornada desde la primera hasta la última de las instituciones existentes. De aquí el no ser ni tan radicales, ni tan atrevidos, ni tan completos los escritos de nuestros publicistas consagrados á reformar los vicios y las instituciones de la época. Limitábanse por lo general á proponer un plan de reforma parcial; ó bien con timidez y recato dejaban vislumbrar algunas de sus ideas reformadoras, ya en los alegatos de un pleito, ya en algun tratado sobre regalías, sobre amortizacion, ó sobre aumento y mejoramiento de las rentas reales; y con más frecuencia en las discusiones de las sociedades económicas, en las memorias sobre algun ramo de la industria, ó en los elogios reglamentarios de algun socio difunto. Por eso, á falta de escritos nacionales de otra índole, hicieron aquí furor los escritos de la secta francesa; y si aquí no se escribían impiedades y blasfemias como las de los enciclopedistas de Paris, si no se redactaban teorías como las del *pacto social*, en cambio entre nosotros los hombres que se decían ilustrados se embebían en aquellas lecturas y obraban conforme á su espíritu en cuanto se les ofrecía la ocasion más pequeña. No se descubre otra cosa de bulto en los escritos y en las obras de Macanaz, de Campomanes, Aranda, Floridablanca, Olavide y demas enciclopedistas de la corte de Madrid. No otra fué la causa de la guerra de encubiertas intrigas unas veces, de estrepitosos rompimientos otras, que contra la Iglesia y la corte romana hicieron nuestros hombres de Estado de aquella época al igual de los demas gabinetes europeos.

En todos lados predominaban, con efecto, las tendencias y os sentimientos enciclopedistas; y lo mismo en la Majestad

Católica, que en la Cristianísima y en la Fidelísima fué moda entónces el diabólico uso de tiránicas regalías, y dar más que hacer al Papa que los soberanos herejes ó cismáticos. Y lo mismo en Madrid que en Paris, en Lisboa que en Nápoles ó Toscana, los reyes y sus cortesanos, aparentando piedad en palacio y en las funciones de iglesia, como solemnes mojigatos ponían sus ojos en blanco para oír los sermones de Cuaresma, y aplaudían luégo y fomentaban en la corte la moral y las doctrinas de los enciclopedistas. Era, en todo, verdad el *pacto de familia*; tan verdad en el estrecho enlace filosófico y literario que unía á nuestros políticos y hombres de gobierno con el filosofismo galicano, como en los pactos diplomáticos que ligaban en alianza ofensiva y defensiva á nuestro príncipe con el de Francia. Efecto de semejante pacto, que tácitamente ligaba en hermandad de principios á los políticos y literatos de una y otra nacion, así como expresamente unía á las dos coronas en su mutua defensa; efecto de esto, repito, era también el singular espectáculo que daba nuestra nacion en la marcha de la política general. En virtud del *pacto de familia* que, aunque tácito, unía á nuestros políticos con la secta de Paris, nuestros hombres de Estado se presentaban como los más hábiles y audaces de todas las cancillerías europeas, para revolver la corte de Roma con intrigas y protestas sobre asuntos de regalías eclesiásticas ó sobre la expulsion de los jesuitas. En virtud del *pacto de familia*, solemnemente estipulado en los convenios diplomáticos, esos mismos hombres de Estado que daban prueba de tan gran maestría en las intrigas contra los jesuitas y contra Roma, eran los mismos que para ayudar á la emancipacion de las colonias norteamericanas, no vacilaban, hecho apénas creible, en mandar en auxilio de los colonos las escuadras de la nacion que más interesada estaba en que no cundiese por allí el espíritu de insurreccion contra los gobiernos europeos.

Pero, además de los motivos que acabo de indicar, descansaba la principal fuerza y secreto de la admiracion y entusiasmo que inspiraban los escritos de la secta enciclopedista, en la parte de verdad con que se hallaban envueltas sus violentas y apasionadas declamaciones. «Si la secta que se formó en

Paris, escribe Macaulay, no hubiera sido más que una secta de alegres pero simples zumbones, es muy probable que no dejara profundas huellas en las instituciones y en las costumbres de Europa. La simple negación, la simple impiedad epicúrea, como acertadamente observa Bacon, jamás turbó la paz del mundo. No es fuerza capaz de producir por sí sola movimiento, ni de inspirar entusiasmo. No tiene ni misioneros, ni cruzados, ni mártires. Si el patriarca de la descreída iglesia filosófica, se hubiera contentado con hacer burlas y lanzar sarcasmos sobre los asnos de Saúl y las mujeres de David, ó con criticar la poesía de Ezequiel del modo mismo chocarrero y vulgar con que critica la poesía de Shakespeare, Roma hubiera tenido poco que temer. Pero para ser justo con él y con su pandilla, hay que decir que el verdadero secreto de su fuerza estaba en la parte de verdad con que mezclaban sus errores, y en el generoso entusiasmo con que ocultaban la vanidad de su espíritu. Eran hombres que, con todos sus defectos morales é intelectuales, deseaban sinceramente el mejoramiento de la condición de la raza humana, cuya sangre hervía en sus venas en presencia de la crueldad y de la injusticia. Con toda la energía de sus facultades hacían guerra á cuanto les parecía abuso; y en más de una ocasión vinieron á interponerse noblemente entre oprimidos y opresores. Atacaban, es verdad, al cristianismo, con saña y deslealtad vergonzosas para hombres que se daban nombre de filósofos; pero poseían, sin embargo, en mayor grado que sus contrarios la caridad que impone el cristianismo hácia los hombres de todas clases y de todas razas. La persecución religiosa, el tormento judicial, las prisiones arbitrarias, la profusión inútil de ejecuciones capitales, las dilaciones y trampas de los procedimientos de la curia, las vejaciones de los arrendadores de las rentas reales, la esclavitud, la trata de negros eran el tema constante de su animada sátira y de sus elocuentes disertaciones. Cuando en Tolosa se aplicaba el tormento de la rueda á un inocente; cuando en Albeville ejecutaba el verdugo á un jóven que no tenía más delito que una indiscreción; cuando amordazado se arrastraba á la muerte en la plaza de Grêve á un valiente oficial abrumado por la in-

justicia,—en el acto, desde las márgenes del lago Lemano se levantaba una voz que se hacía oír en Moscou y en Cádiz, y denunciaba los jueces injustos al desprecio y al odio de toda Europa. Las armas verdaderamente eficaces con las cuales impugnaban los filósofos la fe evangélica, eran las armas recogidas en la moral evangélica. La moral y los dogmas del Evangelio, estaban desgraciadamente en lucha... La irreligion, accidentalmente unida á la filantropía, triunfó durante algun tiempo de la religion accidentalmente complicada en grandes abusos sociales y políticos» (1). Siguiendo este procedimiento, y difundiendo la impiedad con protestas contra los abusos, los que á nombre de la filosofía debilitaban la benéfica influencia de la religion en los corazones; y á nombre de los sentimientos humanitarios, la declaraban estorbo, no sólo inútil sino funesto para el gobierno de los pueblos, al mismo tiempo que introducían el más horrendo vacío moral en las sociedades, multiplicaban los escritos filantrópicos, para aliviar las miserias de la humanidad doliente, y daban interes con sus elogios de secta á todo lo que fuera mejoramiento y adelanto en el bienestar material de los pueblos.

A estas causas debió Europa el gran número de mejoras materiales que durante aquel siglo se realizaron. A estas ideas de la época debió tambien España las útiles y provechosas obras públicas que se construyeron en el reinado de Carlos III y dieron á la nacion algo de bienestar que tanto había menester. Por ello este rey y su ministro Floridablanca son dignos de elogio. Gran necesidad había en España del fomento de los poderosos elementos de bienestar y riqueza que encierra su suelo, pero que entregados á tradicional abandono sirvieron únicamente para hacer todavía más triste el cuadro de nuestra pobreza.

Cuando los gobiernos de Fernando VI y Carlos III emprendían los útiles trabajos de construccion de carreteras y puentes y mejoramiento de puertos, y proporcionaban estímulos á

(1) Lord Macaulay, *Juicio crítico de la historia eclesiástica y política de los Papas durante los siglos XVI y XVII*, por L. Ranke: en la *Revista de Edimburgo*; Octubre de 1840.

la agricultura, y construían el pantano de Lorca y el canal de Aragon hasta Tudela, y el de Tortosa, y colonizaban á Sierra Morena, y creaban institutos de instruccion, acertaban á poner sus ojos en una de las necesidades más perentorias de esta nuestra patria, para quien fué una de las causas más poderosas de decadencia el haber continuado siendo pobre y des poblándose miétras tantas otras naciones se hacían ricas y pobladas. Pero esos adelantamientos materiales, debidos más bien al movimiento progresivo en bienestar material de las demas naciones que á la iniciativa de nuestros gobernantes, no bastaron para sacarnos de nuestro profundo atraso. Tiempo hacía que nuestra actividad en esto se reducía á dejarnos arrastrar por el progreso de los demas pueblos. Notable era ya á fines del siglo xvi la distancia que en artes, mecánica, industria y comercio, separaba á España de Francia, Inglaterra y Holanda; desde entónces acá esa inferioridad suya no ha hecho sino tomar proporciones mayores de siglo en siglo. En tiempo de Felipe V era mucho mayor que en tiempo de Felipe III. A pesar de los útiles trabajos del reinado de Carlos III, como había tomado gran desarrollo la actividad de las demas naciones, quedábamos relativamente mucho más atrasados aún que en tiempo de Felipe V (1). Y hoy, á pesar de las grandes obras de tráfico, industria y adelantamiento material que hemos llevado á cabo en este siglo, nos hallamos re-

(1) Esta incuria de nuestros gobiernos en el ramo del bienestar y aseo de los pueblos, llegó á ser y sigue siendo proverbial entre los extraños. En 1777, cuando en Madrid no eran sino muy recientes las reformas de policía urbana sobre salubridad y buen gobierno de las ciudades que hacía tiempo venían disfrutando las demas grandes poblaciones de Europa, Linguet, describiendo el completo abandono en que Felipe V y sus sucesores habían dejado á nuestra corte sobre este importante ramo de la administracion municipal, escribía en sus *Annales politiques du XVIII siècle*: «Philippe V n'établit ni retraite par les soldats infirmes, ni magasins par l'apvisionnement des troupes, ni encouragement pour le comerce, ou pour les arts, ni sûreté dans les villes. Les rues ne furent ni netoyées, ni éclairées: une malpropreté effroyable continua d'empester ces repaires autour desquels la nature prodiguait le *Romarin*, le *Mirthe*, l'*Oranger* et toutes les odeurs capables de flatter les sens. Enfin, les Espagnols n'eurent ni *Manufactures*, ni *Police*, ni *Latrines*, mais ils eurent une *Académie*.» LINGUET, *Annales politiques, civils, et litteraires du XVIII siècle*; tom. II, pág. 483.

lativamente en más atraso que en tiempo de Cárlos III, y la diferencia entre España y otras naciones es, sobre todo, mucho mayor que en el siglo xvi.

Era, pues, la situación interior de España al concluir el siglo xviii parecida á la situación de las demas sociedades del continente europeo, sobre todo parecida, más que á ninguna otra, á la situación social y política de Francia su vecina. Teníamos en nuestra patria la misma desorganización de clases, la misma constitución despótica de la monarquía, las mismas transformaciones centralizadoras en la administración que se habían operado en Francia. Reinaba también en España, á pesar de su aparente silencio de postración, el mismo desorden y ansiedad y agitación violenta de los ánimos que se había extendido por todas las sociedades europeas momentos ántes de la revolución. Aquí también, aquella idea universal de reforma radicalísima en el estado social, se presentaba á todas las clases como vaga aspiración ó como secreto presentimiento; aquí también, aunque en reducido círculo, se profesaban con exaltación verdadera las doctrinas nuevas; aquí también, por fin, la efervescencia en las ideas, en los sentimientos, en las pasiones, el malestar y la inquietud creciente que conmovían á la sociedad y le daban singular aspecto, trabajaban nuestros destinos. Y como en el resto de Europa, hacían germinar por donde quiera en nuestra patria sociedades misteriosas, con planes y designios ocultos, que unas veces parecían tener un objeto puramente filantrópico, otras un fin religioso, y casi siempre ocultaban proyectos de reforma social y política.

Durante el siglo xviii, y sobre todo durante su segunda mitad, se multiplicaron como nunca en Europa las sociedades secretas; algunas de ellas antiguas, como la de la masonería, recobraron entónces extraordinario vigor y dirigieron á nuevos horizontes sus miras.

Nacidas como necesidad del momento, como si fueran el resultado inmediato de la inquietud de los ánimos, vinieron á trazar en el seno del misterio planes de reforma envueltos en proyectos de vastísimas conspiraciones. En Alemania y en Francia se habían extendido y propagado estas asociaciones

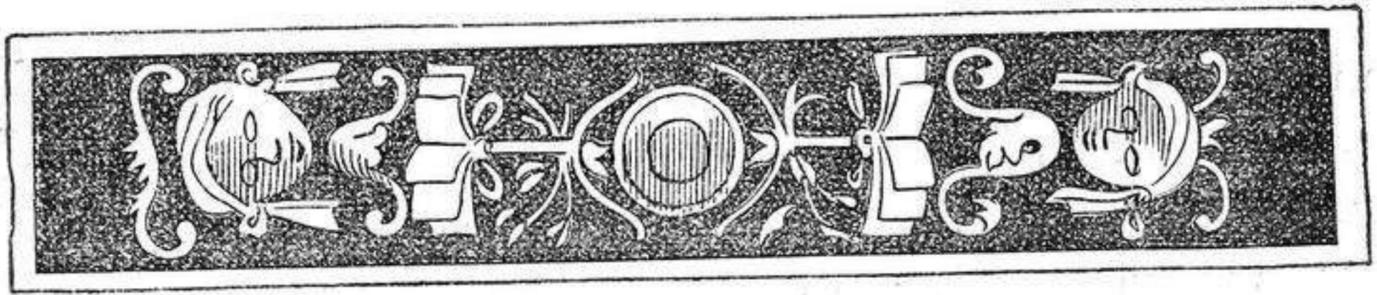
con pasmosa rapidez. Con el pretexto de un fin religioso, ó filosófico, ó científico, ó caritativo, encubrían su fin político, y se entregaron todas á la solución del problema social. Todas ellas, por más que fueran distintos los medios á que apelaran, distinto y aún á veces opuesto el espíritu de los sectarios, todas ellas unánimes se propusieron por objeto principal en sus trabajos la regeneración de los pueblos y la reforma de los gobiernos. Por la importancia de sus afiliados adquirieron muy luégo grandísima influencia en las esferas del gobierno y del poder, y llegaron á convertirse en nuevo poder político. Así como ahora la gente de condición más humilde, los artesanos, los jornaleros, son los que constituyen la clase más numerosa de adeptos en esas asociaciones, entónces los príncipes, la nobleza de primer órden, los hombres de letras, los capitalistas, las personas más poderosas é influyentes de la sociedad eran los que casi exclusivamente venían á formar la secta. El soberano de Prusia, el de Austria, el de Polonia, los principales consejeros, los más importantes diplomáticos de las córtes de Europa se hallaban inscritos al frente de las listas de tan misteriosas sectas (1).

(1) FORSTER, *Correspondencia*; t. I.—MOUNIER.—*Influence attribuée aux philosophes, aux franc-maçons, et aux illuminés sur la Revolution.*

(Se continuará.)

JOAQUIN SANCHEZ DE TOCA.





LA EXPOSICION UNIVERSAL DE PARIS

EN 1867.



ANTECEDENTES.—Los antecedentes de este notabilísimo concurso pueden resumirse en los tres siguientes decretos imperiales: el de fecha 22 de Junio de 1863 disponiendo la celebracion de un certámen universal de productos agrícolas é industriales en 1.º de Mayo de 1867; el de 1.º de Febrero de 1865 anunciando la apertura en la misma fecha de una Exposicion universal de Bellas Artes; y el decreto del mismo dia nombrando, á propuesta del ministro de Agricultura, Comercio y Obras públicas, la Comision encargada de la ejecucion de las dos anteriores disposiciones. El informe ó propuesta elevada por el citado ministro al Emperador contenía, entre otras, las siguientes sugerencias: que convenía á los intereses de los expositores y visitantes y á los mismos resultados financieros del concurso, que no se monopolizarán por la Comision imperial ciertos servicios, tales como la publicacion de catálogos, concesion de puestos de venta y otros; que los premios ó recompensas que se concedieran convenía que tuvieran un valor intrínseco, aconsejándose por consiguiente el que, como en 1855, se concedieran medallas de oro y de plata y se aumentara la cantidad asignada á las recompensas metálicas; que el *déficit* del presupuesto calculado, estimado en 12 millones de pesetas, se sufragase, á título de indemnizacion, por el Estado y por el ayuntamiento de Paris en partes iguales; que la diferencia entre los gastos que resultasen y el *déficit* calculado, se abonara con el importe de los ingresos en todos conceptos, y en caso de diferencia, por la Compañía responsable ó fiadora cuya organizacion se confiaba á la Comision imperial; que caso que los ingresos excedieran á dicha diferencia, el resto ó beneficio

se repartiese entre el Estado, el ayuntamiento de Paris y la Compañía fiadora; y que la citada Comision imperial podría componerse, además de las 41 personas que se tuvieran á bien designar, de 19 miembros elegidos por la Compañía fiadora; indicándose la conveniencia de que figuraran tambien en la Comision algunas de las personas que hubieran intervenido en las Exposiciones celebradas en el extranjero, y proponiéndose con este fundamento el nombramiento de tres súbditos ingleses.

Carácter general de la Exposicion.—Diremos que con excepcion de la primera propuesta que hemos mencionado, todas las demas se tomaron en consideracion y llevaron á efecto. Duélenos manifestar bue la Comision imperial, de la que fué presidente S. A. I. el Príncipe Napoleon, se separara del espíritu del notable informe del ministro de Agricultura, M. Armand Béhic, en punto al monopolio de ciertos servicios, pues ello, unido á la obligacion, bien que indirecta, que se impusiera á las naciones concurrentes de establecer á su coste salones de descanso y sitios excusados en la parte exterior de su respectiva seccion en el Palacio de la Industria, fué causa de general descontento, de algunas reclamaciones llevadas ante los tribunales. Pero en cambio de estos defectos, que no dudamos en calificar relativamente de pequeños, debióse á la Comision imperial, aparte del nuevo carácter general que imprimiera al concurso, varias felicísimas innovaciones, tales como el nombramiento de las comisiones departamentales ó provinciales encargadas de estudiar y de informar sobre el certámen, bajo el punto de vista de las respectivas necesidades locales; la organizacion de una suscripcion ó donativo popular destinado á sufragar los gastos de los obreros y agricultores, que se enviaran desde los departamentos ó provincias á estudiar la Exposicion y destinado tambien á contribuir al coste de la publicacion de los informes de las comisiones departamentales; la oportunísima propuesta del «nuevo órden de recompensas» destinadas á premiar á los individuos, establecimientos ó localidades que resultase se hubiesen distinguido en fomentar el bienestar moral, inteléctual ó material de la clase obrera; la luminosa idea de encomendar al Senado la publicacion de una revista ó informe sobre la Exposicion, cuya idea, adoptada tambien por varias de las comisiones extranjeras, dió lugar á las notables Memorias oficiales que se cuentan de aquel concurso, y por último, el nuevo sistema de distribucion de los objetos de que daremos cuenta al ocuparnos de los edificios. Esto aparte, como hemos dicho, del nuevo carácter general que se imprimiera al concurso, pues sobre la mayor latitud dada á la representacion de los adelantos modernos y de haberse comprendido en la clasificacion una exposicion retrospectiva de las industrias y artes desde tiempos prehistóricos, propendióse, por medio de las construcciones características de diversas nacionalidades que se levantaron alrededor del Palacio de la Industria, á dar una idea, digamos viviente, de los

usos y costumbres de todas las naciones y pueblos. Allí, en efecto, viéronse reunidos, alrededor del edificio que encerraba los objetos industriales y artísticos de todas las naciones, el *Selamlick* destinado al virey de Egipto y el palacio del bey de Túnez con el templo mejicano de Xochicalco, las construcciones chinas y japonesas con las rusas y las suecas, el café turco con el *restaurant* y el *bar-room* americano, el teatro chino con el *vaudeville* y el circo ecuestre, constituyendo este conjunto de construcciones, de costumbres, de trajes y colores, el grupo internacional más acabado que se había visto hasta entónces, y hasta hoy no excedido en ninguno de los concursos que se han celebrado hasta nuestros días. La Francia en 1867 mostróse indudablemente á la altura de sus gloriosos antecedentes en materia de exposiciones; si la de 1844 marcó el período álgido de los concursos nacionales, la de 1867 señaló una época en los anales de los certámenes internacionales: de una parte comprendió una revista de la antigua y presente civilización, de otra el conjunto más diverso de construcciones, usos y costumbres nacionales; de otra instituyó premios no sólo para recompensar el progreso material, sino que también el mayor nivel de moralidad, de inteligencia y bienestar material de la clase que en ese progreso representan la parte de trabajo más dura, más llena de privaciones y de incertidumbres...

Edificios.—Y si el carácter general de la Exposición universal de 1867 difirió en gran manera del de sus tres ilustres antecesoras; si su concepción global revela un notable progreso y señala una época en los anales de los concursos internacionales, no fué menor el progreso que se evidenciara en la erección del palacio que se emplazó en el centro del Campo de Marte para recibir á las cuatro grandes potencias que rigen y gobiernan el consumo y la producción, las ciencias, las artes, el comercio y la industria. La distribución de la planta del grandioso edificio se distinguió, en efecto, de los de 1851, 55 y 62 por su completa adaptabilidad al sistema seguido en la clasificación de los objetos; reúne coordinadamente las dos grandes individualidades que se ofrecen en todas las exposiciones universales; convencional hasta cierto punto la una, basada tan sólo en las leyes naturales la otra, la individualidad de los pueblos y la individualidad de los objetos pertenecientes á un mismo reino, á un mismo orden, á una misma especie, ó á un mismo género ó clase de producción. Recorriendo las curvas galerías del edificio en el sentido de su longitud, encontrábanse agrupados sucesivamente los objetos similares; recorriendo el vasto edificio en el sentido radial, juzgábase de las riquezas naturales y de la potencia productora de cada pueblo ó nación.

La aplicación del sistema de estados ó tablas de doble registro, *tables à double entrée*, como dicen nuestros vecinos á la distribución de los objetos de una Exposición universal, fué, sin duda, uno de los puntos más salientes del grandioso proyecto de M. Krantz, ingeniero jefe de puentes y calzadas (*Ponts et Chaussées*). La idea de una

tal aplicacion se sugiere por primera vez, bien que de una manera vaga, en el informe de la Comision imperial de la Exposicion de 1855; el mérito de prioridad en la representacion gráfica de la idea corresponde, segun nuestras noticias, á Messy Maw, etc., Payne, de Birmingham (Inglaterra), quienes en un ante-proyecto de edificio de planta circular que estudiaron para la Exposicion de 1862, proponían se distribuyeran los objetos similares en zonas concéntricas por orden de nacionalidades; pero el mérito de la resolucion de todas las dificultades de detalle, la real aplicacion del sistema, corresponde, sin duda, á M. Krantz. Diremos, empero, que con todo el minucioso estudio que revelara el proyecto del distinguido ingeniero jefe, la forma oval dada á la planta ofreció algunos incóvenientes, entre otros el de dificultar la transmision de movimiento en la galería ó zona de las máquinas, el de impedir, so pena de pérdidas de espacio, la simétrica disposicion de los objetos, y el de quitar á las galerías longitudinales el golpe de vista ó de conjunto que ofrecían las grandes avenidas centrales del palacio de Cristal y del de Cromwell-Road. Mucho se dijo y se discutió entónces este punto de forma: á juicio de algunos, la rectangular hubiera sido preferible; á juicio de otros hubiera ofrecido mayores inconvenientes; llegándose á decir por los oponentes al proyecto, que el edificio, dada su forma oval y sencillez de ornamentacion, más que un palacio dedicado á la industria parecía un inmenso gasómetro. Como quiera que sea, el resultado de aquella discusion puede encontrarse hoy en el segundo edificio acabado de levantar en el Campo de Marte, en el que, conservándose la distribucion de los objetos con arreglo al sistema de tablas de doble registro, se ha dado á la planta una forma, á nuestro modo de ver, en extremo satisfactoria. Esto dicho pasaremos á describir ligeramente el grandioso proyecto del ingeniero M. Krantz.

Como hemos dicho, emplazóse en la parte central del Campo de Marte. La forma de la planta fué la de dos semicírculos de unos 190 metros de ancho unidos por un rectángulo de 380 metros de base por 110 de altura; la parte del centro de esta figura se destinó á un jardin, de forma tambien oval y de una longitud de 151 metros por 110 de ancho; la gran zona ó espacio anular restante, de una área de unos 144.000 metros cuadrados, dividióse en ocho galerías concéntricas, destinándose cada una á la exposicion de objetos similares en el órden siguiente: la más interior, contigua á un paseo cubierto que rodeaba el jardin, á la historia del trabajo; la siguiente, á la exposicion de objetos de arte; la tercera, á las artes liberales; la cuarta, al mobiliario; la quinta, al vestuario; la sexta, á las materias primas; la sétima, á las máquinas, y la octava, con acceso por la parte exterior y sin comunicacion directa con el interior del edificio, destinóse al establecimiento de restaurants, cafés, salones de descanso y sitios excusados. A cada nacion se le señaló una seccion transversal ó radial, correspondiendo á la Francia casi la mitad del

total espacio en sentido de la longitud. A cada una correspondía una cubierta de una luz, altura y sistema de construcción diferente, con excepción de las correspondientes al vestuario y al mobiliario que eran iguales; la correspondiente á la galería de las máquinas medía una luz de 33 metros por 25 de altura y era 17 metros más alta que las restantes; las correspondientes á la historia del trabajo y á los objetos de arte descansaban sobre espesos muros de mampostería, las intermedias sobre columnas de hierro, los cuchillos de todas ellas eran de hierro, el material de las cubiertas de zinc y de plancha de hierro acanalada.

Coste del edificio.—Superficie cubierta.—Materiales de demolición.—El coste del edificio se elevó á unos 11.783.000 pesetas. La total superficie cubierta resultó ser de 153.138 metros cuadrados. El importe de los materiales de demolición fué de un millón de pesetas.

Materiales empleados.—Duración de los trabajos.—Contándose en el edificio 12.300 metros cúbicos de alcantarillas y galerías de ventilación, los principales totales de los materiales empleados fueron los siguientes: obras de mampostería, 50.000 metros cúbicos; 14.000 toneladas de fundición y de hierro; 58.900 metros cuadrados de plancha de zinc, y 67.350 metros cuadrados de cristales. Los trabajos empezaron á últimos de Octubre de 1865, dándose por concluidos trece meses después.

Parque: número de construcciones adicionales.—La parte restante del Campo de Marte, de una área de 293.524 metros cuadrados, convirtióse en parque y jardín cerrado, distribuyéndose, la parte de parque, entre las diversas naciones concurrentes: el número de construcciones que se levantaron en él, unas destinadas á la exposición de determinadas industrias, motores, máquinas y aparatos, y otras á representar las construcciones, usos y costumbres de diversas nacionalidades, ascendió á 303, que con más el gran pabellón erigido en el centro del jardín interior del palacio y destinado á una exposición internacional de pesos y medidas, dió el gran total de 304 construcciones adicionales.

Superficie ocupada por la Exposición.—La superficie ocupada por la Exposición fuera y dentro del Campo de Marte, puede descomponerse como sigue: superficie del Palacio de la Industria y sus dependencias, comprendido el jardín central, 65.816 metros cuadrados; superficie del parque, 245.174; del jardín destinado á la exposición de horticultura, 48.350; en el gran terraplen contiguo y en comunicación directa con el Campo de Marte, construido á lo largo del muelle d'Orsay, sobre el cual se levantaron los edificios destinados á la exposición de máquinas hidráulicas, marítimas, etc., 8.395 metros cuadrados; que con los 220.100 que comprendió la exposición de agricultura de Billancourt, distante unos cuatro kilómetros del emplazamiento del Palacio de la Industria, elevaron el total general ocupado por la Exposición á 687.835 metros cuadrados.

Número de visitantes.—Precios de entrada.—Duracion de la Exposicion.—El número de visitantes ascendió á unos 10 millones. Los precios de entrada fueron los siguientes: dia de la apertura, 20 pesetas; los seis dias restantes, 5; entrada durante el resto de la Exposicion una peseta. Abonos: de semana, 6 pesetas; por todo el tiempo de la Exposicion, 100 para caballeros y 60 pesetas para señoras. La Exposicion permaneció abierta desde el 1.º de Abril hasta el 3 de Noviembre.

Coste de la Exposicion.—A continuacion damos un extracto del balance de ingresos y gastos en 31 de Julio de 1869.

INGRESOS.

	<i>Pesetas.</i>
Subvencion del Estado.....	6.000.000
Id. del ayuntamiento de Paris.....	6.000.000
Importe de las entradas.....	10.765.419 50
Restaurants, catálogo, materiales de demolicion, etc.....	3.379.242 59
	<u>26.144.662 09</u>

GASTOS.

	<i>Pesetas.</i>
Construccion del palacio.....	11.783.024 93
Instalacion de las máquinas.....	1.347.557 80
Parque.....	2.879.621.52
Medallas de recompensa, administracion, etc.....	7.003.613 25
Excedente de los ingresos sobre los gastos.....	3.130.844 09
	<u>26.144.662 09</u>

Clasificacion.—Aun cuando demasiado larga para incluirla en un trabajo de esta clase, lo hacemos no obstante por el notable progreso que revela sobre las adoptadas en 1851 y 55. Como se ve, sus principales divisiones responden á las necesidades generales de la vida: la alimentacion, el vestuario, el hogar, el cultivo de la inteligencia y de la imaginacion, el aprovechamiento de los productos naturales, y su transformacion por medio de las máquinas. Y siendo uno de los principales objetos de las exposiciones universales el manifestar hasta qué punto provee la sociedad á sus necesidades morales, intelectuales y materiales, parécenos en extremo fundado el criterio á que obedece esta clasificacion.

GRUPO 1.º (5 clases).

Obras de arte.

1. Pinturas al óleo.
2. Pinturas diversas, dibujo.
3. Escultura y grabados sobre medallas.
4. Dibujos y modelos arquitectónicos.
5. Grabados y litografías.

GRUPO 2.º (8 clases).

Material y aplicacion de las artes liberales.

6. Impresion y publicacion.
7. Papelería ; libros rayados; material de dibujo y de pintura.
8. Aplicacion del dibujo y de las artes plásticas á las usuales.
9. Pruebas y aparatos fotográficos.
10. Instrumentos de música.
11. Instrumentos y aparatos de medicina y cirugia.
12. Instrumentos de precision y material de la enseñanza científica.
13. Mapas y aparatos de geografía y cosmografía.

GRUPO 3.º (13 clases).

Muebles y otros objetos destinados á la habitacion.

14. Muebles de lujo.
15. Trabajos del tapicero y del decorador.
16. Cristalería.
17. Cerámica.
18. Tapices y alfombras.
19. Papeles pintados.
20. Cuchillería.
21. Platería.
22. Bronces de arte , fundicion de arte y trabajos de metales vaciados.
23. Relojería.
24. Aparatos y procedimientos de calefaccion y de alumbrado.
25. Perfumería.
26. Objetos de sobremesa y de tocador.

GRUPO 4.º (13 clases).

Vestuario (incluidos hilados y tejidos) y otros objetos de uso personal.

27. Hilados y tejidos de algodón.
28. » de lino y de cáñamo.
29. » de lana peinada.
30. » de lana cardada.
31. » de seda.
32. Chales.
33. Tejidos de punto, encajes, bordados y pasamanería.
34. Botones y objetos accesorios del vestido.
35. Ropa hecha.
36. Joyería y bisutería.
37. Armas portátiles.
38. Objetos de viaje y de campaña.
39. Juguetes.

GRUPO 5.º (7 clases).

Productos (elaborados y en bruto) de las industrias extractivas.

40. Productos de la explotación de las minas y metalurgia.
41. Productos de las industrias forestales.
42. Productos de la caza y de la pesca, y productos obtenidos sin cultura.
43. Productos agrícolas (no alimenticios) de fácil conservación.
44. Productos químicos y farmacéuticos.
45. Muestrarios de blanqueo, tintorería, impresión y aprestos.
46. Cueros y pieles.

GRUPO 6.º (20 clases).

Instrumentos y procedimientos de las artes usuales.

47. Material y procedimientos de la explotación de las minas y de la metalurgia.
48. Material y procedimientos de las explotaciones rurales y forestales.
49. Aparatos é instrumentos de caza, pesca y usados en la recolección de los productos sin cultura.
50. Material y procedimientos de las industrias agrícolas y de las alimenticias.
51. Material de las artes químicas, de la farmacia y de las tenerías.

52. Motores, generador y aparatos mecánicos empleados en el servicio de la Exposición.
53. Máquinas y aparatos de mecánica general.
54. Máquinas útiles.
55. Material y procedimientos del arte de hilar y de la cordería.
56. Material y procedimientos del arte de tejer.
57. Material y procedimientos usados en la confección de vestidos.
58. Material y procedimientos usados en la ebanistería y en el decorado interior de las habitaciones.
59. Material y procedimientos usados en la industria del papel, en la tintorería y en el arte de imprimir.
60. Máquinas, instrumentos y procedimientos usados en diversos trabajos.
61. Construcción de carruajes y carros.
62. Talabartería.
63. Material de los caminos de hierro.
64. Material y procedimientos de la telegrafía.
65. Material y procedimientos empleados en las construcciones civiles y arquitectónicas.
66. Arte naval.

GRUPO 7.º (7 clases).

Alimentos (frescos y conservados) en diverso grado de preparación.

67. Cereales y otros productos farináceos comestibles.
68. Panadería y pastelería.
69. Productos grasos alimenticios; leche y huevos.
70. Viandas y pescados.
71. Legumbres y frutas.
72. Especias; azúcar y sus derivados.
73. Bebidas fermentadas.

GRUPO 8.º (9 clases).

Animales vivos: arquitectura rural: material agrícola.

74. Tipos de construcciones rurales y de establecimientos industriales agrícolas.
75. Ganado caballar.
76. Ganado vacuno.
77. Ganado lanar.
78. Ganado de cerda.
79. Aves de corral.

- 80. Perros de caza, mastines, de presa.
- 81. Insectos útiles.
- 82. Pescados, crustáceos y moluscos.

GRUPO 9.º (6 clases).

Horticultura.

- 83. Invernáculos, estufas, etc.
- 84. Flores y plantas de adorno.
- 85. Hortalizas.
- 86. Frutas y árboles frutales.
- 87. Plantas forestales.
- 88. Plantas de invernáculo y de estufa.

GRUPO 10 (7 clases).

Objetos destinados al mejoramiento moral y físico de la población.

- 89. Material y métodos de la enseñanza primaria.
- 90. Biblioteca y material de la enseñanza dada á los adultos en la familia, en el taller y en los establecimientos públicos.
- 91. Muebles, vestuario y alimentos de toda clase que á sus cualidades útiles reúnan una gran baratura.
- 92. Trajes nacionales.
- 93. Tipos de casas de obreros.
- 94. Productos de toda clase de la pequeña industria.
- 95. Instrumentos y procedimientos de la pequeña industria.

Jurado y sistema de recompensas.—La circunstancia de haberse decidido por la Comision imperial el hacer por medio de los miembros del Jurado un estudio destinado á la publicacion de los diferentes ramos que comprendía el certámen; las resoluciones tomadas en el mismo sentido por algunas de las comisiones extranjeras; el interes que despertaron entre los hombres de estudio las colecciones arqueológicas y de arte retrospectivo que iban á verse reunidas en la galería de la historia del trabajo; el interes que motivara la coleccion internacional de pesos y medidas comprendida en el programa del concurso, y los congresos científicos citados para el período de la Exposicion, ocasionaron el que se reunieran en Paris, en 1867, muchos y preeminentes hombres en las ciencias, en las artes y en la industria; debiéndose á esto que el Jurado internacional revistiera una extraordinaria autoridad, y motivando á su vez estas circunstancias reunidas el que la desproporcion que se nota entre la enseñanza que ofrecen las exposiciones universales y la utilidad que de ellos se obtiene resultara considerablemente disminuida. Y

no hay para qué decir que debido á la competencia de los testigos de la Exposición de 1867 la crítica que sobre ella pesara fuera mucho mayor que la que alcanzaran sus inferiores en muchos conceptos las de 1851, 55 y 62. La misma Comisión imperial, en cuyo seno figuraban nombres como los del economista Chevalier, Dumas y Elie de Beaumont secretarios perpetuos de la Academia de Ciencias y el distinguido miembro del Instituto M. Du Puy de Lome mostróse descontento de su misma obra, deduciendo de su analítico estudio, que en lo futuro convendría reemplazar los concursos universales de carácter provisional por exposiciones permanentes ó museos generales ó comerciales. Formulando á su vez los comisarios de Inglaterra, Austria, Prusia, Rusia, Italia y Estados-Unidos las proposiciones que á continuación insertamos, en una reunión que celebraron ántes de la clausura del certámen. A saber: 1.º Que la utilidad de las exposiciones universales dependía, más que de sus proporciones, de la calidad y elección de los productos que se expusieran. 2.º Que sería conveniente se celebraran por votación, en diferentes capitales. 3.º Que era de desear que el país en el cual tuvieran lugar costeara y ofreciera un edificio completamente apropiado y provisto de los más mínimos accesorios. 4.º Que ántes de promulgarse el reglamento general convenía que se sometiera á la deliberación de los representantes de todas las naciones exponentes. 5.º Que el sistema de distribución de los objetos por clases similares era preferible al de distribución geográfica. 6.º Que por ningún concepto debía permitirse la venta de los objetos expuestos. 7.º Que convenía se introdujeran mayores subdivisiones en la clasificación. 8.º Que se creía conveniente la abolición de las medallas y que en su lugar se publicaran por el Jurado informes parciales sobre cada una de las clases, y que importaba que tales informes salieran á luz durante la Exposición y lo más inmediatamente posible á su apertura. Y 9.º Que á este efecto cada país representado en el concurso podría enviar un jurado por cada una de las clases en que figurara como expositor. Tales fueron, en resúmen, las conclusiones á que dió lugar aquel gran certámen. ¿Hasta qué punto las Exposiciones que se han celebrado posteriormente, han respondido á esa tendencia y se han organizado bajo los principios acabados de exponer?... Pero observamos que nos separamos con mucho del carácter meramente narrativo que tratamos de dar á estos artículos. Volviendo, pues, á nuestro propósito, vamos á dar á continuación un extracto de la organización del Jurado y sistema de premios seguido en el primer gran concurso universal del Campo de Marte.

Reglamento del mismo.—Los puntos más esenciales fueron los siguientes: Destinóse una suma de 800.000 pesetas á costear las medallas y proveer á las recompensas metálicas que se acordaran; el número de jurados se fijó en 600, repartiéndose entre las diferentes naciones en proporción al espacio ocupado por cada una; los jurados

nacionales fueron nombrados por la Comision imperial; los extranjeros se designaron por las respectivas comisiones acreditadas, resolviéndose que el exámen y calificacion de los objetos tuvieran lugar del 1.º de Abril al 14 de Mayo, con excepcion de las clases 52, 67, 88 y 95 en las que se autorizaba la continuacion de los trabajos durante todo el tiempo de la Exposicion; la distribucion de las recompensas se fijó para el 1.º de Julio.—El número y clases de recompensas acordadas para la seccion de obras de arte fueron las siguientes:

17	grandes premios de un valor cada uno de	2.000 pesetas.
32	premios de 1. ^a clase de un valor cada uno de	800 »
44	» de 2. ^a clase	500 »
46	» de 3. ^a clase	400 »
<hr/>		
139	premios.	

Cuatro jurados especiales, sumando entre todos 63 miembros, tuvieron á su cargo el exámen y calificacion de este primer grupo; constituyendo los cuatro jurados reunidos, bajo la presidencia de un miembro de la Comision imperial, un cuerpo superior ó consultivo.—El número y clases de recompensas acordadas para los productos agrícolas é industriales fueron como sigue:

Grandes premios y recompensas metálicas de un		
valor total de.....		250.000 pesetas.
100 medallas de oro de un valor cada una de		1.000 »
1.000 » de plata.		
3.000 » de bronce.		
5.000 menciones honoríficas.		

Los grandes premios de esta seccion agrícola é industrial se reservaron para las invenciones ó modificaciones de gran utilidad, interviniendo en la concesion de sus grandes premios, recompensas y medallas los *jurados de clase*, los *jurados de grupo* y el *Consejo Superior*; los presidentes y ponentes de los *jurados de clase* constituían el personal de los *jurados de grupo*, y á su vez los presidentes y vicepresidentes de estos últimos los miembros del *Consejo Superior*, y á los primeros correspondía el derecho de propuesta, á los segundos el de revision y el de fijar el número y naturaleza de los premios para cada clase, correspondiendo al Consejo Superior, además de la decision en todos los casos, el distribuir el número total de recompensas entre los grupos comprendidos en la seccion agrícola é industrial.

La adjudicacion del nuevo órden de recompensas creada en favor de las personas, establecimientos ó corporaciones que, por medio de instituciones ú organizaciones especiales, hubiesen promovido el

desarrollo de la buena armonía entre los individuos de una misma clase, profesion ó industria, ó hubiesen contribuido al bienestar moral, material é intelectual de la clase obrera, se confió á un jurado especial compuesto de 28 miembros y presidido por el vicepresidente de la Comision imperial; los premios acordados para esta seccion fueron los siguientes (1):

Un gran premio de 100.000 pesetas.

Diez premios de un valor total de 100.000 id.

Como se ve, la organizacion de Jurado internacional comprendió tres organizaciones independientes: la de objetos de arte, la de industria y agricultura, y la del nuevo órden de recompensas. Esta division, el haberse redactado por los miembros del Jurado un informe ó estudio general de la Exposicion; el haberse fijado previamente el número y clases de recompensas que debían repartirse, y la creacion del nuevo órden de premios, constituyen los recargos distintivos de la organizacion del Jurado de la Exposicion de 1867. Debiendo añadir que si bien se fijó el número de recompensas de todas clases, hubo de autorizarse al *Consejo Superior* para proponer á la Comision imperial un aumento de ellas, cuyo importe empero en ningun concepto debía exceder de 50.000 pesetas.

A continuacion damos un estado expresivo del número de expositores y del de recompensas, de diferente grado, por países. En la columna *Fuera de Concurso* se incluyen las colecciones oficiales y los objetos pertenecientes á miembros del Jurado internacional, que si bien resultaron ser dignas de recompensa, no se sujetaron á clasificacion alguna de mérito; en las columnas encabezadas *Medallas de oro, de plata y de bronce*, se incluyen respectivamente los *primeros, segundos y terceros* premios de la seccion de obras de arte, ó séase del primer grupo.

NOTA. No se incluyen los premios concedidos por el Jurado especial del nuevo órden de recompensas. Las naciones entre las cuales se repartieron los 12 primeros premios fueron las siguientes: Francia, 4; Bélgica, 1; Prusia y Alemania del Norte, 1; Wurtemberg, 1; Austria, 1; Suecia y Noruega, 1; Italia, 1; Estados-Unidos de América, 1; Brasil, 1.

(1) El gran premio no llegó á concederse; los 10 primeros premios se elevaron á 12, á peticion del Jurado; el número de las menciones honoríficas á 24.

PAISES.	NÚMERO DE EXPOSITORES	FUERA DE CONCURSO	GRANDES PREMIOS	MEDALLAS DE ORO	MEDALLAS DE PLATA	MEDALLAS DE BRONCE	MENCIONES HONORÍFICAS	TOTALES DE RECOMPENSAS
Francia.....	15.969	165	41	675	2.490	3.796	2.936	10.103
Países-Bajos.....	591	4	»	7	39	81	71	202
Bélgica.....	1.918	9	2	36	213	381	340	981
Prusia y Alemania del Norte.....	2.489	42	7	70	259	448	348	1.174
Hesse.....	245	1	»	3	27	39	38	108
Baden.....	204	»	»	5	24	32	43	104
Wurtemberg.....	265	7	»	9	40	85	46	187
Baviera.....	407	3	1	14	27	85	56	186
Austria.....	2.044	26	2	60	268	385	320	1.061
Suiza.....	1.006	5	1	22	82	126	120	356
España.....	2.648	12	»	22	83	204	200	521
Portugal.....	1.883	2	»	15	29	102	122	270
Grecia.....	482	1	»	1	9	31	35	77
Dinamarca.....	203	3	»	1	21	60	49	134
Suecia y Noruega.....	1.083	6	»	9	53	125	136	329
Rusia.....	1.414	28	2	22	95	214	150	511
Italia.....	4.140	6	5	26	118	265	381	801
Estados Pontificios.....	186	»	1	1	12	23	14	51
Estados Danuvianos.....	1.061	»	»	3	9	39	38	89
Turquía.....	4.946	»	1	8	11	46	68	134
Egipto.....	93	4	1	3	5	19	8	40
Persia.....	27	»	»	4	2	1	1	8
China y Japon.....	87	1	1	1	18	10	4	35
Siam, Annam y Cambodge.....	145	»	»	3	»	»	3	6
Túnez.....	29	2	»	2	4	6	6	20
Marruecos.....	41	1	»	1	2	5	2	11
Estados-Unidos de América.....	75	3	»	18	76	99	94	294
Brasil.....	705	3	4	2	16	38	40	100
República de la América Central y Meridional	1.339	2	1	15	14	55	42	129
Reino Kawaien.....	455	»	»	1	1	3	2	7
Gran Bretaña é Irlanda.....	53	45	12	117	408	631	534	1.747
TOTALES.....	52.200	381	83	1.176	4.455	7.434	6.247	19.776

Tales fueron en conjunto los principales rasgos de la segunda y notabilísima Exposición universal francesa; notabilísima por las grandes proporciones que revistiera, por la extensión y perfección de su programa, por la gran concurrencia que atrajo, por su carácter eminentemente internacional y por la gran enseñanza que de su minucioso estudio han obtenido las ciencias, las artes y la industria. Ninguna como ella puede gloriarse de haber sido objeto de una tan irresistible y universal atracción, pues sobre resultar de un cálculo aproximado por defecto que 200.300 extranjeros visitaron á París durante el período de la Exposición, contáronse entre sus testigos, además del personal eminentemente científico á que hemos hecho referencia, más de 67.000 obreros delegados de casi todas las naciones y casi todos los soberanos de Europa.

Y cábenos la satisfacción de decir que nuestra representación, sobre haber sido mucho más extensa que en los anteriores concursos universales, evidenció, por medio de un notable trabajo oficial preparado al efecto, el grande progreso realizado en nuestras obras públicas. Verdad que no obtuvimos ninguno de los primeros premios instituidos para recompensar los esfuerzos hechos en bien de la clase trabajadora, pero ménos mal que consiguiéramos una mención honorífica dada á favor de D. Vicente Lassala, propietario de la colonia agrícola de la María de la Mar, en la provincia de Valencia; y decimos ménos mal, no porque creamos que la condición de la clase obrera en nuestro país sea más desvalida que en otras naciones, sino porque esa mención honorífica, y cien más que pudieran haberse dado, parecía como protestas del lunar que afea la gloria inmensa que nos cabe en el descubrimiento y civilización de las Américas.



Madrid 15 de Agosto de 1878.

Propietarios gerentes: PEROJO HERMANOS.

TIPOGRAFÍA ESTEREOTIPIA PEROJO

Mendizabal, 64.